

gabriel

katz

la clase

de

piano

[Redacted]

[Redacted]

gabriel

[Redacted]

katz

[Redacted]

[Redacted]

[Redacted]

la clase

[Redacted]

de

[Redacted]

piano

[Redacted]

Gabriel Katz

La clase de piano

Novela adaptada de la película de Ludovic Bernard

Traducción de Martín Schifino
y Sofía Tros de Ilarduya



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleer



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Para Julia

El ascensor está roto. El ascensor sigue roto. Como si no hubiera funcionado nunca, o tal vez hace mucho tiempo. De tanto subir las escaleras hasta el séptimo, acabas por domarlas, por conocer todos sus rincones y grietas. Hay ciento cuarenta escalones. Veinte por piso. Si cierras los ojos, si dejas correr el dedo índice por la pared, incluso puedes llegar a la puerta de tu casa sin cometer errores, sin encender la luz, con solo contar los pasos. Ciento cuarenta pasos. Al son de los ruidos superpuestos, las cadenas de televisión mezcladas, los gritos de la loca del cuarto, el chisporroteo de las sartenes. Y un olor a lejía, polvillo, cocina grasienta y moho, tan familiar que terminas por no percibirlo.

Pero hay algo más.

Un sonido.

Un sonido que te hace abrir los ojos en el número cien, perder la noción de los pasos. Un sonido que no pertenece a este edificio, que se cuela como un ladrón entre los demás, los ahoga, los eclipsa y, sin embargo, es suave y claro como el canto de un pájaro.

El niño se ha quedado inmobilizado en el rellano con paredes amarillas donde han arrancado el número cinco, cuya sombra ha quedado marcada en el yeso. Nunca se detiene en ese piso. Ni en otra parte. Sube como se escala una montaña, como Spiderman trepa una fachada, como un avión al despegar. Sube tan resuelto como los grandes exploradores. Se abre camino a las tierras septentrionales, los desiertos arenosos, los mundos desconocidos. Y, bajo los vivas de un público invisible, gana a diario la prueba de la ascensión al séptimo, porque ya es mayor, porque es un hombre, porque tiene siete años, porque no tiene miedo.

Esta vez, se ha detenido en el quinto. Sin saber por qué. Delante de una puerta marrón con la pintura descascarillada, llena de grafitis y arañazos. Una puerta como cualquier otra, pero no del todo, porque la atraviesan notas musicales, como si estuviera hecha de viento. La música es algo que se oye todos los días, con bajos que hacen temblar la tierra y rugidos de personas muy enfadadas. Uno se menea con los mayores, hace poses, se pone gorras demasiado amplias en la cabeza y trata de entonar la letra sin saltarse la mitad. Eso es música. No las notas que se deslizan por debajo de esta puerta y dan vueltas en la cabeza como gotas de agua. Al cerrar los ojos, se ven cositas que bailan. Formas. Colores. Uno se siente triste, y también un poco alegre. Intenta pensar, pero no funciona, así que se deja llevar por la corriente que sube, baja, se arremolina, y al escapar las notas se enroscan como un banco de peces a contraluz. Parece Nemo. O el cielo, con estrellas multicolores.

En algún lugar del mundo real, una scooter acelera a fondo, con un ruido estridente que taladra los oídos. Ese ruido se cuela entre las notas, dispersa el banco de peces, ahuyenta las estrellas que se esparcen en el cielo. Entonces el niño se acerca, vacila, contiene la respiración y al cabo apoya la oreja en la puerta.

No me gusta el gentío. Nunca me ha gustado. No soy de los que se amontonan en los estadios o se aprietan en terrazas para asarse al sol entre el olor del sudor y los tubos de escape. Ni de los que se condenan a pasar por la Gare du Nord a la peor hora del día, aun cuando no siempre pueda evitarse. París es una ciudad rara, que oscila sin cesar entre el paraíso y el infierno, y, si le pillas un poco el truco, te las apañas bastante bien. Tienes que conocer los desvíos, los pasajes, los callejones. Evitar la multitud. Escapar de las avenidas. Estar atento al reloj. No aceptar que el terapeuta te dé cita a la hora en que los residentes de los suburbios se lanzan en masa a los trenes vespertinos. Y encima para que un freudiano con las piernas cruzadas, impasible como un bonzo, apruebe mis observaciones sobre el fracaso con un asentimiento de cabeza. La verdad, no sé por qué pierdo el tiempo con ese tipo.

En cuanto a coger un taxi, es la mejor manera de pasar una hora en un atasco por cincuenta euros, con la emisora Nostalgie de fondo. Excede mis fuerzas. Prefiero el metro: veinte minutos de lucha por el oxígeno entre alientos con olor a cigarrillo frío.

Una masa gris, informe y disonante se empuja en los andenes, se mira y se pisotea. Me meto entre ella. Uso los codos. Sin prestar atención a las caras que se mezclan. Como todos los parisinos, miro a la gente sin verla. Solo somos obstáculos en un decorado en movimiento, donde cada cual acelera para escapar de los demás.

Tres militares patrullan con miradas sombrías y se vuelven hacia mí como si llevara una bomba. Por lo visto tengo pinta de terrorista, con mis gafas de concha de tortuga, mi abrigo gris entallado, mi cartera en bandolera de cuero crudo y mis zapatos recién lustrados. Siempre me he preguntado por qué les hacen ponerse un mono de camuflaje con los colores de la selva si van a caminar de un lado a otro por el andén de una estación.

Un comienzo de vértigo me obliga a detenerme un momento para recobrar el aliento. Me pesan la fatiga, el insomnio, los hombros. Cierro los ojos. La gente me adelanta y me empuja, mientras tiro de mis reservas para luchar contra el cansancio. Al amparo de mis párpados cerrados, me aíso en medio de la multitud. Y el ruido dantesco de la estación me invade, resuena en mi interior como un terremoto. El chirrido metálico de los trenes se mezcla con el zumbido de la muchedumbre, los pitidos de los teléfonos, los gritos, las risas, los empujones, el anuncio que indica a los pasajeros del tren con destino a Lille que se dirijan al andén 17. Luego una nota. Y otra. Y otra más. Una voz tan familiar que parece estar en mi interior. Es como si me reencontrara con un viejo amigo, y no es solo una impresión, porque empecé a frecuentar a Bach antes de saber escribir. *Preludio y fuga n° 2 en do menor.*

Abro los ojos.

Las notas se suceden fluidas, suaves y firmes como el correr de un río, y ya no oigo nada más. Empiezo a rastrearlas, a contracorriente de la multitud. Y me digo que no, no puede ser, será una

grabación. Que nadie puede tocar así en un piano de estación. He estado aquí cientos de veces, para escuchar a los virtuosos de poca monta tocar a Michel Berger con dos dedos. He escuchado a docenas de estudiantes desfigurar esta pieza sin encontrar nunca la luz. He visto a músicos profesionales martillando las teclas como un yunque al tocarla.

Es un chico de unos veinte años, vestido con una sudadera con capucha; ha dejado una mochila a sus pies. Un rubito con el pelo revuelto, los ojos cerrados, cuyos dedos corren por el teclado con una facilidad aérea. Sin partitura. Me quedo ahí parado, mirándolo sin poder creerlo, sin entender cómo hace para no errar en los pedales con sus zapatillas enormes. Y empiezo a buscar. Por instinto. Busco el error, la pifia, la nota en falso, la torpeza. No, no toca a la perfección. Lo cierto es que no. No en sentido técnico. Pero me lleva, me impide filtrar, juzgar, poner palabras a sus notas. Al cerrar yo también los ojos, solo veo un arroyo en la montaña, nubes corriendo a toda velocidad en un cielo tormentoso, y siento una emoción que me oprime la garganta.

De pronto, el río se detiene. Una nota suspendida, la continuación que no llega, el bullicio de la estación que vuelve a imponerse. Una voz grita: «¡Eh, tú!», y el chico se levanta de un salto, con la mochila en la mano. Me echa una mirada furtiva. Luego se larga, al tiempo que tres policías atraviesan la multitud.

—¡Abren paso! ¡Policía!

Sin moverme un palmo, los miro perseguirlo, mientras el chico desaparece entre la masa humana. Por unos instantes, sigo viendo su pelo rubio y su mochila gris, luego corre escaleras abajo hacia el metro, casi saltando por encima de los pasajeros. Dos policías le siguen el paso, mientras el tercero se detiene para gritar algo en su *walkie-talkie*.

Me parece haber soñado.

—¿Qué ha hecho? —pregunta una señora mayor, aferrando su bolso.

—No lo sé, señora.

—¿Le robó algo?

—No.

La mujer suspira.

—Qué le vamos a hacer... Ya no hay seguridad en ninguna parte.

Los curiosos retoman su camino, la vieja se aleja echando pestes contra nuestra triste época y yo me quedo allí parado, con la mirada fija en el sitio donde desapareció el chaval. Como si fuese a regresar, a tocar las últimas notas de su pieza inacabada. Dos adolescentes se han sentado al piano, apoyando media nalga cada una en el taburete, para tocar a cuatro manos una versión espantosa de *Let It Be*. Si la policía les cayera encima, nadie se preguntaría el motivo.

—¿Me estás escuchando?

No, Mathilde no me escucha. Hace tiempo que no me escucha, lo cierto es que no, o solo a medias. Su mirada, perdida entre dos cojines, parece clavada en las arrugas del sofá.

—Disculpa. ¿Qué decías?

—Nada... Hace un rato vi a un pequeño prodigio en la estación.

—Ah.

—Una sensibilidad extraordinaria. Fuera de lo común.

Ella sacude la cabeza, haciendo todo lo posible por disimular su indiferencia, pero la conozco demasiado bien. Lo bastante como para ahorrarle la continuación de mi historia, que no le interesa. Nuestras conversaciones se han vuelto cotidianas hasta la desesperación, hasta el punto

de no existir fuera de lo utilitario. Pensar en pagarle a la asistenta. Cambiar la bombilla halógena. Devolver a los vecinos el permiso para aparcar que nos prestaron. Todo lo que nos habíamos jurado que no nos ocurriría. No a nosotros. No así.

Como todas las noches, el apartamento me resulta demasiado grande, demasiado frío, demasiado vacío. Apenas puedo creer que, no hace tanto tiempo, hayamos sido felices en este decorado teatral donde todo está en su sitio. Los sofás, las mesas de centro, las lámparas con pie de cobre, las sillas Eiffel, el piano. Todo en tonos tenues. Ratón. Topo. Y la biblioteca, claro. Una adecuada mezcla de clásicos y actualidad, obras antiguas, algunos libros hermosos, un poco de lo imprescindible, lo polémico. Ahora que es solo un envoltorio vacío, el apartamento me parece tan falso y hueco como un expositor de Ikea. Con la diferencia de que los muebles no tienen nombres impronunciables, sino que provienen de The Conran Shop, Le Louvre des antiquaires o la casa de mi padre. Durante mucho tiempo pensé que mi hogar se parecía a mí. No se me parece. O a lo mejor soy yo el que está cambiado.

—¿Tienes hambre?

Hago la pregunta por principio, aun sabiendo la respuesta, para retrasar el día en que deje de hacerla.

—No. Ya cenaré más tarde.

Me levanto, dejándola contemplar las arrugas del sofá, para ir por mi cuenta a la cocina, que está tan limpia y laqueada que mi reflejo me sigue hasta la nevera. Está casi vacía: sobras de cordero, dos lonchas de jamón de pavo. Las pongo sobre la encimera de metal bruñido donde nos zampábamos enormes tablas de queso al volver del teatro. Otros recuerdos me vienen a la memoria, no sé por qué hoy, quizás por el pianista anónimo que ha vuelto a despertar emociones enterradas... Esta mesa ha conocido placeres distintos de la cuchara metida en el queso Vacherin, abrazos que hoy me parecen tan lejanos como si tuviera cien años. Aquí mismo hemos follado con verdadera avidez. Nos hemos desnudado, febril y violentamente, entre los añicos de un plato roto. Nos hemos devorado el uno al otro.

De esa época solo queda la bodega, de la que a diario subo botellas que reservábamos para ocasiones especiales. Ocasiones especiales ya no hay, así que bebo solo, para acorrallar el poco placer que me queda, para que las botellas de Nuit-Saint-George no se pasen la vida esperando a que las descorchen. Poco importa que Mathilde solo beba agua mineral. Esta noche, los restos de un Vosne-Romanée acompañarán el jamón de pavo Fleury Michon metido entre dos rebanadas de pan de molde blandengue. Lo mejor para apurar lo peor.

—Tal vez podríamos volver a pintar el salón. ¿Qué opinas?

Levanto la vista, con la boca llena de esas lonchas con gusto a plástico que se empecinan en llamar jamón. Mathilde se detiene en el marco de la puerta, con la mirada perdida, y lucho contra el impulso de decirle que no opino nada.

—Puede ser.

—Para que combine con las cortinas nuevas.

—Sin duda.

—Pensaba en un color claro, quizás un amarillo pálido. O incluso un azul pastel.

—Buena idea.

—Te importa un bledo.

—No, para nada.

Hablamos un poco de colores. Y de muebles. Como si el destino de mi sillón de lectura pudiese alterar en cierto modo nuestra caída libre. Como si un comedor nuevo fuese a impulsarnos a

recibir gente otra vez. Por un instante, siento casi ganas de levantarme, cruzar los dos metros que nos separan y tomarla suavemente en mis brazos, pero es demasiado tarde, ya no estamos en ese punto. O quizá no tengo la fuerza necesaria.

Hoy he vuelto a sentir un soplo de vida.

Pero no aquí.

Tengo que volver a ver a ese chico.

La verdad, empieza a tocarme las pelotas con el caballito. Ya van diez veces que pasa delante de nuestras narices montado en su YZ, que hace más ruido que un Rafale al despegar. Por no hablar del olor a gasolina, los neumáticos chamuscados en el asfalto, el humo. El olor de la shisha se me sube a la cabeza, y su sabor a manzana empieza a darme ganas de potar. Cuando me llega el turno, paso.

—¿No quieres más?

—No.

Driss le pasa la boquilla a Kévin, y me da la impresión de que ya he vivido esta escena. A lo mejor, porque ya la viví ayer y antes de ayer y todos los días de la semana. Estoy tan acostumbrado a sentarme aquí, en el respaldo de este banco, que ya ni siquiera se me clava en las nalgas. A la izquierda tengo a Kévin, como siempre, con su camiseta del París Saint-Germain, y a la derecha a Driss, con un chándal lo bastante grande como para que entren dos como él. Formamos parte del decorado. Somos como buitres posados delante del bloque B, mirando pasar la gente, los coches, la moto de aquel imbécil.

—Pero bueno, ¿y esas zapas?

He aquí algo que no estaba ayer: las Air Max rojo fuego en los pies de Driss. Ciento setenta pavos el par. Kévin no se lo cree, y yo tampoco, porque la última vez que a Driss le pagaron un sueldo fue hace más de un año, en la cantina del colegio Pablo Neruda; y encima lo echaron a los tres días, por dar de fumar a los chavales.

—¿Son auténticas? —pregunta Kévin.

—Claro que son auténticas. Recién llegadas de Los Ángeles.

—¡No!

—Sí. Me las consiguió mi primo.

Me parto de la risa. Conocemos de sobra al primo de Driss. O, mejor dicho, no lo conocemos, por la buena razón de que solo existe en su cabeza. Durante años, creímos en aquel tío del barrio que se había ido a probar suerte a California. Se había abierto camino en el rap, había vendido Ferraris, ropa, iPhones y armas, había ganado campeonatos de surf, boxeo tailandés, artes marciales mixtas, se había acostado con modelos y había abierto un bar de mojitos en la playa. Después crecimos, nos pusimos a buscarlo en Facebook, Instagram, Snapchat, y, obviamente, no estaba, porque no estaba en ninguna parte. El primo de Driss es Driss, en sus sueños de adolescente.

A mí me da igual, sé que es demasiado tarde para hacerle decir la verdad, pero Kévin no se rinde.

—Venga, vale ya con tu primo. ¿De dónde las sacaste?

—Joder, os digo que me las ha enviado mi primo.

—¿Porque ahora existe?

Desconecto para mirar la hora, mientras Kévin intenta quitarle una zapatilla a Driss. Solo faltaría que perdiera el tren; esta semana ya van dos veces que llego tarde.

—Joder, ya me parecía —grita Kévin triunfal, alzando una Air Max roja—. ¡Made in China! ¡Hasta el logo se lo han puesto al revés!

—Chorradas —protesta Driss.

Cojo la mochila, doy una última y asquerosa calada a la shisha —ni siquiera sé por qué— y echo a andar hacia la estación. Los otros me siguen el paso, me toman como testigo, me ponen la zapatilla en las narices para que zanje la cuestión.

—¿Es auténtica o no?

—Yo qué sé. Me da igual, llego tarde.

Kévin me da una palmadita en el hombro, con cara de sentir muchísima lástima.

—Pero a ver, ¿no estás harto de ese curro de mierda?

—Para nada. Es la pasión de mi vida.

—No, dime... ¿Hasta cuándo vas a seguir con semejante coñazo?

—Hasta que tú me pagues el sueldo.

Sonríe torcido, con el aire misterioso de quien trama un asunto turbio. La última vez era conseguir por cuarenta euros el último Samsung robado de un camión. Lo sigo esperando, el Samsung.

—A lo mejor no es imposible...

—¿Qué, que me pagues para quedarme sentado en un banco?

—No, pero estoy planeando un buen golpe. Si da resultado, te puedo decir que ya no vas a necesitar ese curro de mierda.

—Déjalo. Ya hemos visto tus planes.

—Este no.

Me encojo de hombros, pero Driss, que ha mordido el anzuelo, se imagina ya en una azotea de Los Ángeles.

—Venga, ¿y de qué va?

—Por ahora no puedo decir nada. Pero seréis los primeros en saberlo.

—¿Es de los grandes?

—Lo bastante para comprarte un par de Nikes *auténticas*. Y toda la tienda de deportes.

—Pero venga, dinos qué es, ¡joder!

Como siempre, Driss tardará una hora en sonsacarle algo, y después tendremos una semana entera de fantasías. A mí me la trae floja, no le sigo el juego, no tengo cuarenta euros para gastarme en un teléfono imaginario, ni la intención de volver a meterme en asuntos sospechosos que acabarán recayendo sobre mi madre. Si me hubieran dado cien pavos por cada vez que la han llamado para que fuera a la comisaría, estaría forrado. Justo la semana pasada birlé un iPad que asomaba de una maleta de la estación, fue una idiotez, fue peligroso, y solo saqué un billete de cincuenta. Es hora de dejarse de estupideces.

Pasillo 13, ubicación B3. Dos toques de palanca, una marcha atrás. Los brazos de la carretilla elevadora se meten bajo el palé y lo levantan casi sin esfuerzo. Y suben. Muy por encima de mi cabeza, con un ligero temblor, pero la caja resiste y entra en su sitio. Como las demás. Como las treinta y cuatro que la precedieron esta tarde, con una etiqueta de «frágil» que me recuerda que un

descuido me puede costar el bono. Los primeros días me ponía nervioso; me sudaban las manos. Ahora me da igual, lo controlo. Mi trabajo es como un Lego gigante, que consiste en apilar unas cajas encima de otras, en un almacén más grande que una puta ciudad. Es simple, es mecánico, es idiota, vacía la cabeza y sacas mil pavos a fin de mes, menos la comisión de la agencia de empleo temporal. Comparado con las cocinas de McDonald's, es un regalo del cielo: mi ropa no apesta, no me da ganas de potar y nadie me grita. Solo tengo que hacer como que no me paso la vida en estos callejones grises, tan largos que a veces casi parecen llevar a alguna parte.

Acelero.

A fondo.

Me doy el gusto de remontar el almacén a toda pastilla, mientras la Fenwick vibra por todas partes, hasta la zona de carga de camiones.

—¡Ey, Malinski! ¿Dónde crees que estás? ¿En el Gran Premio de Mónaco?

Desacelero.

Qué ganas de joder, siempre llamándome al orden por cualquier bobada, como si fuera a romper algo. Nunca he roto nada, excepto las pelotas del jefe de área, que lo odia todo: si aceleras, si desaceleras o si te tomas dos minutos de descanso. Entonces lo callo metiéndome los auriculares en los oídos y dándole al play. Y subiendo el volumen. Hasta que el *Preludio* de Bach llena el almacén hasta el techo. Al cerrar los ojos, casi me da la sensación de que tengo los dedos en el teclado, que toco al ritmo de la Fenwick, que avanzo sobre las notas. Los engranajes, los chasquidos, las vibraciones se mezclan con la música y me llevan como si condujera en una nube. La marcha atrás suena en re menor. El rechinar de los palés marca el tempo. Y la música me llega a la punta de los dedos, en el volante que vibra, se ajusta a los latidos de mi corazón y ya no pienso en nada, ni en el almacén, ni en las cajas, ni en la voz gritando algo por el altavoz, nada. Soy uno con la carretilla roja, me fundo con el metal, soy una lluvia de notas y la carretilla también.

De repente, un timbre estridente. Agudo. Interminable.

Fin de la jornada.

Como en la escuela.

—¡Mathieu! ¿Estás sordo o qué?

No, no estoy sordo, ni mucho menos, pero no me gusta cortar una pieza de música en la mitad, me da la sensación de cerrar la tapa del teclado sobre los dedos del pianista.

Un grupo de empleados de almacén vestidos con monos grises se dirigen hacia los vestuarios, mientras me sumo a los que van al garaje para aparcar la Fenwick como es debido, en la plaza 7. Aquí todo está en su sitio. Excepto yo.

—¿Qué escuchas? —pregunta el gordo Marco, que me espera para ir al vestuario.

—Nada. La radio.

Asiente con la cabeza, mecánicamente, porque en el fondo le da igual qué escucho. La gente habla por hablar, para llenar su soledad, y de todos modos no hay ninguna posibilidad de que conozca el *Preludio* de Bach. Nadie conoce el *Preludio* de Bach. Marco es fan de Johnny Hallyday, hasta se hizo tatuar su retrato en el brazo, con una Harley detrás y *Quelque chose de Tennessee* en letras góticas.

En el camino de regreso sigo escuchando el preludio, para acelerar el rato en el tren, como si aún estuviera conduciendo solo entre los callejones vacíos. Hace un tiempo raro, ni bueno ni malo, con nubes tan bajas que ocultan el horizonte. No es que haya gran cosa que ver, pero, en fin, si encima el paisaje desaparece, el viaje se me hace más largo. Hay demasiada gente. Demasiado

ruido. No quiero estar en este sitio. Tampoco quiero volver a casa para prepararle la cena a mi hermano antes de desplomarme delante del televisor, o acabar la noche abajo con los otros, hablando de todo un poco y sobre todo de nada, hasta las dos de la madrugada. Al menos en algo tiene razón Kévin: mil pavos no es mucho por una vida de mierda.

En la Gare du Nord, todo el mundo se empuja para bajar, precipitarse a las escaleras mecánicas, echar a correr para coger el tren que se dirige al extrarradio. Me coloco a la derecha. La oleada de los acelerados que suben los escalones corriendo se me adelanta y me zarandea, y me quedo viendo cómo se alejan un par de nalgas metidas en unos vaqueros muy apretados. Un niño me sonríe, un ejecutivo manda SMS, dos turistas se pelean a gritos. Me gusta observar a la gente: es como robarles trozos de vida.

Al llegar a los andenes, procuro mantener la vista al frente.

Las pantallas, los horarios.

Hacer caso omiso del piano.

Pero está libre. No hay manera. Esperaba que estuviera ocupado, que hubiera un grupo de personas reunidas alrededor, pero no, me espera, sin nadie, con el asiento vacío y las teclas huérfanas. Como si me echara de menos. Como si me llamara en silencio. Todos los días el mismo cantar, la misma tentación, y sé muy bien que es una idiotez, porque los maderos me siguen desde hace un rato.

Por suerte, corro deprisa.

Vacilo una vez más, por costumbre. Sé muy bien cómo acabará la cosa. A continuación, me subo la capucha —no, no es más discreto, y sí, parezco un macarra— para luego sentarme. Rozo las teclas con los dedos, amoldo los pies a los pedales. Inspiro. Lentamente. Para regular la respiración. Para aliviar el estrés. Hay que saborear el momento, como un fumador que da una primera calada. Es mi bocanada de aire cotidiana. La única. Dentro de un instante ya no veré nada, no oiré nada y me olvidaré de mi vida.

Preludio y fuga n° 2 en do menor. Como la primera vez. Con la misma facilidad aérea, la misma energía, la misma soltura. Cada nota cae donde la espero, en su debido lugar, dentro de una armonía invisible que cualquier torpeza podría desbaratar. Una pieza musical es como un castillo de naipes, con un soplido basta. Me acerco lentamente, por miedo a que el momento se esfume, a que el chico al que rastree como a Cenicienta vuelva a desaparecer. Llevo una semana viviendo con este recuerdo, rondando la Gare du Nord siempre a la misma hora, con la esperanza de volver a verlo. Sé lo que parezco, y no me importa. Casi hubiera preferido equivocarme, darme cuenta de que su preludio solo es un laborioso ejercicio disfrazado de genialidad, pero no, sus dedos corren por el teclado con una facilidad desconcertante.

Entre el gentío que se multiplica al final del día, los viajeros se apresuran, rodean el piano, golpean el taburete con sus maletas de rueditas. Por lo visto ninguno se deja seducir por la música, y sin embargo... Es curioso: algunos de ellos pagarían mucho dinero por una butaca en primera fila para escuchar esta interpretación de la obra de Bach en la sala Pleyel. Con cautela, doy un paso más, sin distinguir realmente los rasgos del chico bajo su capucha. Todo su cuerpo oscila al son de las notas, como si lo meciera una ola, y sus zapatillas enormes empujan los pedales con una violencia contenida.

A solo diez metros, patrullan dos agentes de policía.

Miran para este lado.

Contengo la respiración.

Dudo en tocarle el hombro al chico, sacarlo de su trance, pero los policías se alejan y respiro, porque no tengo ninguna intención de dejarlo escapar por segunda vez. Cuando me acerco, le veo la cara y me doy cuenta de que toca con los ojos cerrados. Sin vacilar, sin errar una sola nota. Con los ojos cerrados.

Tengo que hablarle.

—Disculpe, joven...

Las palabras lo sobresaltan como un silbato. Sale del preludio como si se cayera de la cama, me mira sin comprender, con los ojos celestes relucientes de inquietud. Se levanta. Coge su mochila. Y echa a andar, derecho, sin volverse.

—Espere, no se vaya...

El chico acelera y yo aprieto el paso, con el corazón a tope. Agachando la cabeza, se ajusta la mochila y se abre paso entre la multitud con la facilidad de su edad, de sus zapatillas, de quien sabe moverse en la hora punta. Tengo cuarenta y ocho años, botas con suelas resbaladizas, y hace mucho tiempo que no piso el gimnasio.

—¡Solo quiero hablar con usted!

Se da la vuelta furtivamente, con una mirada de animal perseguido.

—Yo no he hecho nada.

—Pues sí que ha hecho algo: ha tocado el *Preludio en do menor* mejor que nadie que yo haya visto.

Tras echar una mirada rápida alrededor, me recompensa con una media sonrisa teñida de ironía.

—¿Y qué quiere? ¿Una foto autografiada?

—Solo quiero un minuto de su tiempo.

—¿Para?

—Para hablar. Es la segunda vez que le oigo tocar y...

Y nada. Vuelve a salir disparado entre la multitud, aún más aprisa, lo que casi me obliga a correr detrás.

—Espere un segundo, joven... Me llamo Pierre Geithner. Trabajo en el CSMP. Sin duda lo conoce.

Sin disminuir la velocidad, sin volverse, como si yo le hablara a una capucha, me responde con hosquedad.

—¿Trabaja dónde?

—En el Conservatorio Superior de Música de París. Dirijo el departamento de música.

Se para en seco, con una postura desafiante que lo vuelve casi irreconocible.

—No sé qué quiere usted, pero tengo que tomar el tren. Así que sea bueno y déjeme tranquilo.

Busco con desesperación, en el bolsillo interior de mi chaqueta, una tarjeta que, espero, lo tranquilice en cuanto a mis intenciones. Y como él echa a andar una vez más, me abro camino a codazos en la marea humana que se amontona en el andén.

—Venga a verme al Conservatorio —le digo dándole la tarjeta—. Podemos hablar de proyectos, de su carrera...

—Vale, genial —responde sin aceptarla.

Insisto. A estas alturas, mi orgullo ya no tiene mucho que perder, y no me gustaría pensar que no lo he intentado todo.

—Cójala, sin compromisos... Por favor.

Ya tiene una zapatilla en el estribo del tren cuando se da la vuelta por última vez, con un aire de fastidio mezclado de curiosidad. Con la mano todavía extendida, me siento incómodo, como si fuera un testigo de Jehová que intenta colarle una Biblia a un ateo.

—Joder, usted no se da por vencido.

—No cuando vale la pena.

Tras vacilar un momento, acepta la tarjeta sin mirarla y se la mete en el bolsillo posterior de los vaqueros. Una señal acústica anuncia el cierre de puertas, los últimos viajeros se amontonan a bordo y el chico desaparece después de cerciorarse de que sigo en el andén. Y aquí sigo. Sin saber qué pensar. Con la cabeza llena de sentimientos encontrados. Y de notas. Mi teclado interior sigue vibrando al ritmo del preludio, el fragmento inacabado cuyo final quizá nunca llegue a oír.

El cigarrillo es como una cicatriz vieja: nunca desaparece del todo. Hace cinco años que fumé el último, quizá más, pero por momentos me vuelven las ganas, por oleadas, hasta el punto de que imagino el calor entre los dedos. Y el paquete negro, feo, lleno de fotos de pulmones estropeados, me atrae como un amante.

—¿Te apetece uno...?

—No, gracias. No quiero empezar de nuevo.

—Ya lo sé, pero...

Pero tengo motivos de sobra para hacerlo. Ressigeac lo sabe, como todo el mundo, y continúa mostrándome una sonrisa tranquilizadora que encaja tan bien como una sonata en las manos de un alumno de primer año. Le conozco bien. Sé que busca las palabras exactas para endulzar lo que temo oír desde hace meses.

Cruza los dedos, apoya los codos en la mesa, inspira hondo. Siempre le he encontrado la catadura falsa de un político, con su pelo canoso, sus camisas celestes, sus chaquetas impecables y la decoración convencional de su despacho, en el que nada desentona. Gran escritorio de cristal sin la menor marca de dedos, silla de director, partitura enmarcada y fotos de orquestas colgadas en la pared: en blanco y negro, como se estila. Por no olvidar el busto de Mozart, un horrendo bronce del siglo xix que sirve de pisapapeles y al que solo le falta la etiqueta «souvenir de Salzburgo». Es su pequeño atentado contra el buen gusto, el detalle que lo delata. A Ressigeac nunca le ha gustado la nueva sede del Conservatorio, que es demasiado moderna, espaciosa y luminosa, como si la sombra de sus mayores lo atrajera hacia el polvo. De haber tenido elección, habría dirigido esta venerable institución desde un despacho de cuero y madera oscura, situado en un edificio estilo Segundo Imperio cerca del parque Monceau, habría mantenido a las bailarinas y habría reemplazado los Marlboro light por habanos.

—No voy a irme por las ramas, Pierre. Hablé con el ministerio, y lo mínimo que puede decirse es que no están contentos. Quieren reducir las subvenciones.

—No es nada nuevo —digo, encogiéndome de hombros.

—Las inscripciones bajaron un veinte por ciento en el último trimestre, no seré yo quien te dé las noticias.

No me da las noticias; me las recuerda. En el tono al mismo tiempo agrio y meloso que solo le pertenece a él.

—Conozco las cifras, André. Es un mal momento, es igual para todos.

—No en todos los departamentos. El tuyo está en caída libre... Al ritmo que vamos, voy a tener que despedir profesores.

Con la punta del dedo índice, empujo el paquete de cigarrillos, que me hace ojitos como una sirena desde una roca.

—¿Qué quieres que te diga?

—Nada. Entiendo que ya no tienes el fuego sagrado... Nadie lo tendría, en tu lugar. Pero ponte tú en el mío. Rechazas invitaciones, no se te ve en los estrenos...

—No es lo esencial. Siempre he hecho mi trabajo.

—La representación forma parte de ello, Pierre. No puedes darle la espalda a todo y esperar que tu departamento se mantenga a flote.

A falta de argumentos, respondo alzando una ceja, con la intención de recordarle los muchos años de sacrificio que me han llevado hasta mi posición actual. La gente olvida rápido. Las horas que acumulé, las vacaciones que no me tomé, la pasión que puse en este departamento que hoy anda de capa caída.

—Deberías tomarte un tiempo —dice con una sonrisa paternal que no engaña a nadie, ni siquiera a sí mismo—. Necesitas reencontrarte con Mathilde... Darte un respiro, viajar... Dicho sea de paso, ¿ella cómo está?

—Bien, gracias.

De buen grado habría añadido «te manda saludos», pero con ironía no solucionaríamos nada.

—Por cierto —continúa—, me preguntaba si no te tentaría un puesto más tranquilo... Un conservatorio de barrio, por ejemplo. Te permitiría respirar un poco, y te lo puedo conseguir con una llamada.

—Qué amable.

—Piénsatelo: podría ser una buena solución, mientras te recuperas.

—En otros términos, me estás despidiendo —replico con una risa fría.

—No digas tonterías, Pierre. Solo quiero lo mejor para ti, y lo sabes.

Me levanto sin responder. Ya he oído bastante y no me apetece ser el espectador de mi propia ejecución.

—Hay otra posibilidad —añade Ressigeac, levantándose a su vez—. ¿Conoces a Alexandre Delaunay?

Esa pregunta, que no es tal, me hiela la sangre. Claro que conozco a Alexandre Delaunay, un arribista pequeñajo y ambicioso, director del Conservatorio de Burdeos, flor y nata de los últimos alumnos de Boulez, que frecuenta tantos estrenos y convites que bien podría vivir de canapés. Un tiburón de la nueva generación, criado con socios y patrocinadores, que acabará por hacer grabar logos en la madera de los Stradivarius. Todo el mundo conoce a Alexandre Delaunay. Y todo el mundo sabe que tiene desde siempre París en el punto de mira.

—Es una persona interesante, con ideas nuevas —prosigue Ressigeac, en un tono que pretende ser tranquilizador—. Me encuentro con él la semana que viene, y he estado pensando que a lo mejor tiene algunas propuestas para el departamento... Podría echarte una mano, ayudarte a identificar oportunidades.

—No necesito su ayuda. Ni la de nadie más.

Su sonrisa, dubitativa, condescendiente, se parece a una bofetada.

—Si tú lo dices. Pero me parece que, cuando te estás yendo a pique, es peligroso rechazar una boya.

La tentación de decirle lo que realmente pienso casi es más fuerte que la del cigarrillo, pero no pienso ceder. No puedo permitirme perder el trabajo, es lo único que me queda, es mi razón de vivir. Así que decido implorarlo, en detrimento de mi amor propio, mientras siento que estoy quemando mi último cartucho.

—Confía en mí, André... ¡Me conoces! Voy a corregir el rumbo, y te juro que encontraré una solución.

—Si solo dependiera de mí...

—Dame un poco de tiempo. Solo un poco. Es todo lo que te pido.

Magnánimo, el rey Salomón me pone una mano en el hombro.

—Vale —me concede con una sonrisa—. Pero cuento con que redobles esfuerzos.

—Y haces bien.

Salgo de su despacho como un niño que acaba de prometer que no desobedecerá nunca más, para apoyarme contra la pared del pasillo, donde por fin respiro. Y sonrío. De alivio, vergüenza, ira, la verdad es que no sé bien por qué. Hace diez años, levanté este departamento con mis propias manos, con todos los elogios y los honores. Tanto esfuerzo para acabar de este modo, mendigando mi propio puesto, en un naufragio que me atrae irresistiblemente al fondo. Y lo más gracioso —si cabe la palabra— es que estoy casi seguro de hundirme.

Desde que incendiaron unos coches delante, la cancha de baloncesto se parece a Siria, con la diferencia de que hace un tiempo de mierda. Las paredes están llenas de grafitis, las marcas del suelo se han borrado, los aros no tienen redes y la vista de los edificios es para pegarse un tiro. Habré jugado allí una o dos veces, cuando Driss necesitaba un compañero para convertirse en el nuevo Tony Parker. El intento no duró mucho, menos que su plan de aprender surf haciendo equilibrio sobre una tabla, con un tutorial de YouTube. Sin el mar, por cierto, era un poco ambicioso. Entretanto, vengo todos los días a este terreno devastado para recoger a mi hermano pequeño, que se desvive por el baloncesto. Me hace gracia lo seguro que está de triunfar en la NBA de mayor, como si no viera a todos los chicos que aparcan los sueños para servir McNuggets entre olores de fritanga. Es genial tener nueve años.

—¡David!

Lo llamo tres veces, tres veces me responde solo con un gesto y echa a correr. Como todos los días. Es el punto culminante del partido, el tiro del año, y tengo que discutir para sacarlo de la cancha, como si me divirtiera ocuparme de sus deberes. A veces creo que he cuidado lo suficiente de mi hermano como para no tener hijos nunca.

—¡David, joder!

Una vuelta final de palmadas y felicitaciones —ni que se marchara para siempre— y por fin llega, sin aliento, sudando, pero contento de haber marcado una última canasta.

—¡Les hemos dado por culo!

—Sé bueno y no digas esas cosas, que después me regañan a mí.

Se ríe, con su carita de crío que se las da de grande.

—Pero es que es verdad, ¡les hemos dado por culo! ¿Cómo quieres que lo diga?

—No sé, como mejor te salga, pero eso de «dar por culo» no. O te las arreglas con mamá tú solito.

—Vale... Les ganamos.

—Ya ves que cuando quieres...

Le pongo una mano en el hombro, mientras escucho a medias su cháchara sobre el juego. Los chicos del bloque E, inclinados sobre una *scooter* desmontada, levantan la vista cuando pasamos, y uno de ellos le sonrío a David, que le responde con un gesto. En el baloncesto no todo es bueno. Es también el terreno donde mi hermano se cruza con esos tíos, con la impresión engañosa de que lo tratan como a un adulto. La verdad es que lo tratan como a un futuro recluta para sus trapicheos de mierda, y, por mucho que lo ponga sobre aviso, eso acabará por caerles encima. Por suerte, mi hermano todavía teme las broncas de mamá, que se pone a gritar en polaco a las primeras de cambio. Cuando ella ya no lo haga, tendré que tomar yo el relevo.

Como si yo fuera un ejemplo.

—¿Qué hay de comer?

—Picadillo de carne.

—¿De nuevo?

—Sí, de nuevo. Si prefieres otra cosa, puedes cocinar, ¿eh?

Resopla de la risa, porque ni siquiera sabe freírse un huevo, y deja la mochila en el pasillo antes de correr a su habitación, de donde tendré que sacarlo a rastras para que haga los deberes de mates. Me desplomo en el sofá, lo bastante lejos del mando como para renunciar a encender la tele. Da igual. A esta hora solo ponen mierdas. Juegos, programas de entrevistas idiotas y el noticiario de France 3.

El piso es una leonera, como siempre, con mis cosas tiradas por todas partes, balones de David y la vieja PS3 desmontada que nunca pude hacer funcionar: otros cincuenta pavos bien invertidos. Al principio, mi madre se puso como loca, pero al final lo dejó. Demasiado cansancio. Demasiada falta de sueño. El turno de noche del hospital la ha desgastado hasta dejarla transparente, pero aun así sigue cocinándonos comida de nuestra tierra, como dice ella, que calienta en el microondas. No tengo ningún recuerdo del país que abandonamos a mis dos años y al que ella todavía cree que algún día volveremos.

Mientras el picadillo gira en el microondas, abro la nevera distraído y noto que está llena de yogures. Naturales. Y lo de llena no es un decir: debe de haber unos ocho packs. Que, por supuesto, han caducado, como todo lo que trae mi madre del hospital. Al menos sabemos lo que vamos a comer de postre.

—¡David! ¡A comer!

—Ya voy.

Como en la cancha de baloncesto, tendré que repetírselo diez veces para que salga de su habitación, y esta noche no tengo ganas. Ni de perseguirlo, ni de llenarle la cabeza con las tablas de multiplicar. Las mates no sirven para nada. Solo para aprobar el bachillerato, que no sirve para nada. Si calculara cuántas horas pasará David hasta los dieciocho años repasando cosas inútiles, casi me entrarían ganas de decirle que se quedara jugando con su consola.

—¡Vamos que se enfría!

Está tan caliente que me he quemado el paladar al probarlo, pero sé que va a tardar un buen rato, así que me doy margen y aprovecho los pocos minutos de soledad para llevar mi mochila a mi habitación. Para quitarme los zapatos. Ponerme la sudadera grande que me queda más cómoda. Y lamentar el desorden de mi dormitorio: a su lado, el salón parece un piso piloto. Hay cosas por todas partes: ropa, cables de ordenador, latas vacías y las cajas de dudosa procedencia que me pidió que le guardara Kévin. Me siento en la cama y pienso que podría ordenar de vez en cuando, aunque solo fuese para traer una chica, si la encuentro.

Pero no, nunca voy a traer a una chica a casa.

Es un sitio horrendo.

Y además está el piano. No quiero que me hagan preguntas sobre este piano.

Tapado por ropa y papeles, mi viejo piano vertical se ha vuelto casi invisible, como si se hubiera resignado. Me acerco a él con una mezcla de repulsión y ternura: así debe de sentirse la gente que ya no se quiere y sigue viviendo junta. No, ya no toco. Aquí ya no. Ya no toco en esta habitación infantil que no ha envejecido al mismo tiempo que yo, porque no me he preocupado por cambiar la decoración.

Al otro lado de la pared, David me inflige los berridos agudos de Maître Gims, y eso me hace sonreír, porque me da la impresión de que es la venganza del piano. Así se cobra el silencio. La

desmotivación. Como un chucho al que hubiera abandonado y que volviera para morderme. Con el revés de la mano, barro la ropa apilada sobre la tapa y descubro el teclado, que me parece aún más amarillo que la última vez que lo abrí. Lo rozo con los dedos, demorándome en el mi bemol, que ya no suena. Un papel cae a mis pies, me agacho de manera automática, pero no es un papel, es un sobre cerrado del que casi me había olvidado. Joder, ¿cuánto hace que no abro el piano?

Lo recojo.

Lo miro.

Se me encoge el corazón.

Y vuelvo a dejarlo sobre el teclado, antes de cerrar definitivamente la tapa. No pienso abrir nunca ese sobre.

En el quinto piso, la luz se ha apagado. De golpe. Como para dejar que la música gire sobre sí misma, se estire, caiga en cascada. El niño se ha detenido, con el dedo en el interruptor, cuyo pequeño halo naranja titila en la oscuridad. Su corazón late un poco más aprisa, pero él se resiste a encender. Cuando las notas salen volando como un pájaro de una jaula recién abierta, la oscuridad se vuelve una capa. Lo protege, guía sus pasos, lo alienta suavemente a seguir la música. La escalera ha desaparecido, dejando solo unos contornos fantasmales, la sensación de flotar sobre los escalones, de subir al ritmo de su corazón. Es un camino en movimiento, una nube invisible. Un río. Las notas brincan en la oscuridad, salpican los escalones, como si pudieran tocarse con el dedo.

Y, de pronto, el silencio.

De pie frente a la puerta muda, el niño aguarda. Contiene la respiración. La música volverá, siempre vuelve, basta con esperar. Y, cuando no lo hace, debes atraerla como a un animalillo, haciendo como que te alejas, subiendo uno o dos peldaños. Tarde o temprano, las notas volverán a sonar, traviesas, para deslizarse por debajo de la puerta y dejarse amaestrar en la oscuridad.

Pega suavemente la oreja, atento al más mínimo crujido, pero no oye nada. O, mejor dicho, sí, pasos sigilosos, un ruido de llaves. Y la puerta se abre, tan rápido que no tiene tiempo de levantar la vista. El interior aparece iluminado, muy distinto a cómo lo imaginaba. No, no es un bosque encantado, ni un laberinto de cristal, ni una sala inmensa con paredes blancas, llena de instrumentos musicales. Es un apartamento cualquiera, con el papel descolorido a medio desprenderse. Un pasillito iluminado por una bombilla desnuda, con una moqueta marrón que se ha despegado en los zócalos. Un poco más allá, fotos viejas colgadas en la pared. Y un olor extraño, de cera para muebles y caramelo.

El niño duda en sonreír, pero su mamá le tiene prohibido hablar con desconocidos, porque es peligroso, así que da un paso atrás. De todos modos, sonríe. El hombre que vive con la música ya no es joven, y su cráneo casi liso refleja la luz. Tiene los brazos cortos, los dedos velludos. El vientre le sobresale por encima del cinturón, como a un ogro. Pero despide algo indefinible, una apacible dulzura de abuelo, y le brillan los ojos. No, no está enfadado. Al contrario. Sabe por qué el niño escucha delante de la puerta, hizo lo mismo a su edad, hace mucho, en una época en que la gente no tenía gran cosa para comer. Él también siguió el rastro de la música, hasta el piano que se ve en el salón: pertenecía a su padre, el hombre de bigote de la foto, con traje severo. El piano es hermoso, todo negro, liso, con pedales de cobre y lleno de notas ocultas en su interior.

Parece fácil.

El niño se ha instalado al teclado, como quien abre un juguete nuevo. Está un poco

intimidado, y también impaciente. Sus dedos recorren las teclas, una blanca, una negra, otra blanca y otra más, la música se dibuja entre sus manos, es algo mágico. Y fácil. Increíblemente fácil. Lo único que tiene que hacer es sentarse en el taburete un poco elevado, observar, escuchar y repetirlo. Sin cometer un error. Una tecla. Luego dos. Luego cuatro. Dejar que cada nota flote sobre la tecla que la representa. Allí se quedan, traviesas, suspendidas en el aire, escritas en el viento, esperando que un dedo las libere. Y, cuando las sueltas, una tras otra, se convierten en música y salen volando para siempre por la ventana abierta, hacia los edificios blancos que tapan el horizonte.

La sonrisa del niño se ensancha.

También algo en su interior ha salido volando.

Ya no tendrá que escuchar a escondidas.

Me cago en la puta mierda de la puerta!

En las películas, forzar una cerradura es cosa de dos minutos. En la vida real, dura una eternidad, y siento que me corre el sudor por la espalda. Me molestan los guantes, me ahogo bajo el pasamontañas. Se suponía que iba a ser un golpe fácil, una puerta de servicio sin siquiera blindar, en una escalera oscura, al fondo de un patio.

No sé cómo se me ocurrió aceptar este plan descabellado.

—¡Venga, empuja! —susurra Driss.

—¿Qué crees que estoy haciendo?

Me hace gracia eso de darme ánimos al oído, como si me encontrara pariendo. Lo que se dice empujar, empujo, hasta el punto de que mi destornillador empieza a torcerse, pero la cerradura se resiste a moverse de su caja. Vestido con un mono negro demasiado grande, Driss intenta levantar la puerta con una barra de hierro que se engancha, rechina, raya el parqué. Con nuestra pinta de ninjas desaliñados, nos sentimos menos orgullosos que hace diez minutos, y de solo pensar en que salga alguien se me revuelven las tripas.

Sabía que no debía fiarme: los planes de Kévin siempre han sido un disparate, y aunque la llave magnética de los carteros nos ha permitido entrar en la finca sin problemas, la puta puerta de servicio acabará por delatarnos. No estamos precisamente en La Courneuve. La rue de Prony es un nido de edificios burgueses, pequeñas fincas que parecen castillos, con filas de cochazos aparcados fuera, de los cuales el menos caro debe de costar más dinero que mi apartamento. No es un sitio donde duden en acudir los maderos.

La cerradura acaba por ceder.

Con las manos temblorosas, Driss le escribe un SMS a Kévin, que se ha quedado vigilando en el coche. Según las estadísticas, tenemos diez minutos. De acuerdo con las informaciones —en teoría fiables— de la asistenta, el apartamento es la cueva de Alí Babá: metálico, joyas, equipo de sonido, y todo sin caja fuerte ni alarma. Barra libre.

Enciendo mi linterna frontal con la impresión de estar en *Ocean's Eleven*, pero el corazón me late un pelín demasiado fuerte y siento náuseas. Hay que darse prisa. Mucha prisa. Sin detenerse en la inmensa cocina, donde todo está tan nuevo que se diría que el apartamento se encuentra deshabitado. El haz de luz se desliza sobre la isla central, los taburetes metálicos de diseño, la nevera de dos metros, y después viene un cuarto lleno de lavadoras donde huele a colada, y una puerta que se abre a un pasillo sin fin. La linterna de Driss ya está lejos, en una habitación en la que suelta chillidos de asombro.

—¡Es flipante, coño! ¡Ven a ver la cama!

No tengo intención de ir a ver nada, porque el cronómetro corre, y, ya en el primer cajón de la cómoda de la entrada, una vieja lata de galletas escupe fajos de billetes de cincuenta. Una tarjeta

de aparcamiento. Y la llave de un BMW. La asistenta no mentía, esto es un autoservicio, y me resisto al deseo de revolverlo todo, aunque sea para ver lo que la gente como esta puede guardar en los armarios. El haz de la linterna se desliza por un decorado de museo: mármol, chimeneas, lámparas de araña, molduras y sillones delicados, tan frágiles que no están realmente hechos para sentarse encima. Algo es seguro: los dueños de este palacete no son obesos.

Por fin Driss sale de la habitación, con un MacBook en una mano y un cargador en la otra; el imbécil ha encontrado tiempo de echarse una estola de piel blanca sobre los hombros.

—¿Cómo me queda?

—Muévete, Driss. Tenemos que irnos.

Se echa a reír.

—Tranquilo, tío. Encontré un montón de cosas para mi vieja.

Le brillan los ojos, como si hubiera bebido, y maldigo cada vez más que no me tocara en suerte hacer de vigilante en el coche. De la tensión, se me cierra la garganta. El apartamento es demasiado grande: tres salones seguidos (¡tres!), biblioteca, escritorio, cuartos de baño, armarios, muchas puertas, muchos pasillos. Empiezo a marearme.

—Mira ese cuadro —se ríe Driss mientras descuelga una tela pequeña—. Es horrible, pero seguro que cuesta un pastón.

Los diez minutos pasaron hace rato, y acabo de pisar el contenido de un cajón vaciado en el parque. Algo, quizá pedacitos de vidrio, rechina bajo las suelas de mis zapatillas.

—Hay que largarse —digo, enjugándome el sudor bajo el pasamontañas, pero Driss ha vuelto a ponerse a vagar por el apartamento.

Vacilo. Ya tengo la mochila llena, con cada minuto que pasa nos pueden pillar, pero Driss lleva razón, no hemos visitado ni una cuarta parte del piso, y no estoy seguro de haberme metido en la bolsa gran cosa que merezca la pena.

En una mesita de noche, mi linterna revela un anillo entre una botellita de Evian y un blíster de pastillas. Lo examino bajo la luz para ver la piedra centelleante, como si supiera algo del tema, y me lo meto en el bolsillo, pensando que nadie lo echará de menos. Son ricos, les da igual, ya comprarán otro. Y, si el anillo les importara, se lo pondrían.

Al lado está la habitación del hijo, que tendrá la edad de David y adora el fútbol. Carteles, fotos, incluso una camiseta de la selección francesa enmarcada en la pared. Debe de ser una pasada crecer en un piso así, con una habitación de treinta metros cuadrados, una lámpara en forma de Estrella de la Muerte y una tele gigante. Me tienta llevarme sus muñequitos de Marvel, pero es sobre todo la PlayStation lo que hará la felicidad de mi hermano. La desenchufo. Tiro de los mandos. Los cables están enredados detrás del mueble, y el enchufe está tan lejos que tengo que echarme al suelo. Ya casi. Está justo allí. No veo nada, pero lo rozo con los dedos, y entonces se me para el corazón.

Sirenas.

Sirenas de policía.

Me levanto tan rápido que me enredo los pies en los putos cables. Tropiezo, aumentan las náuseas, mi linterna empieza a titilar de manera intermitente. Mi mochila se ha atascado en alguna parte, pero no quiero dejarla, así que tiro de la correa hasta que oigo un crujido.

—¡La poli! —grita Driss en el pasillo—. ¡Vámonos!

Lo intento. Pero mi linterna parpadea, la sangre se me sube a la cabeza, me cuesta respirar bajo el pasamontañas. El haz de luz ilumina para cualquier lado, de cualquier manera, por rachas, hasta que llego a la puerta de un baño que no había visto. Estoy al final del pasillo, he corrido en la

dirección equivocada, soy un imbécil.

Cruzo el apartamento en la dirección opuesta.

A la carrera.

Sin respirar.

Por una cortina entreabierta veo un pedazo de calle iluminado por faros giratorios. Una patrulla de policías atravesada en la calle, otra que está llegando, cuatro puertas que se abren. Entonces echo a correr, sin tratar de coger la mochila cuando se me cae, sin pensar en nada salvo la cocina, la puta cocina por la que aún tengo la oportunidad de escapar. Cruzo el cuarto de las lavadoras, me llevo por delante la nevera enorme, echo al suelo un taburete, solo para oír voces al pie de las escaleras de servicio. Y el chisporroteo de un *walkie-talkie*.

Media vuelta.

La entrada.

La puerta principal.

Pero está cerrada, me cago en diez, con una cerradura de tres puntos y un blindaje de caja fuerte. Corro hasta la ventana, por reflejo, sabiendo muy bien que estamos en el tercero, que la calle es un hervidero de policías y que saltar es la muerte. Me dan ganas de reír, de llorar, de sentarme en el suelo y taparme la cara con las manos. Quisiera desaparecer, salir volando, despertar en mi cama después de una pesadilla, pero me quedo quieto, con mi ridícula ropa de ninja, el corazón en la boca, oyendo las voces que se acercan a la cocina. Luego me quito el pasamontañas, me paso la mano por el pelo mojado y me siento en una silla floreada, cuyas patas finas crujen bajo mi peso. Y respiro.

La luz baila en el fondo de mi vaso. Es blanca, dorada, esquiva, más borrosa que los cubitos que se derriten, y empiezo a marearme.

—Otro. Por favor.

Detrás de la barra que se bambolea, el muñeco con camisa blanca parece vacilar. Tiene miedo, me doy cuenta de que tiene miedo, de mí, de los demás y del escándalo, del momento en que el vodka rompa las inhibiciones que me quedan y comience a gritar enfrente de todo el mundo que la noche está en pañales.

—Ya vamos a cerrar, señor.

No me digas. Como si no viniera lo bastante a menudo a este sitio para saber que me queda una hora, sesenta minutos de reloj, para beber otra copa o dos o tres, o incluso diez si se me antoja. Si fuese precavido, reservaría una habitación para acabar la velada en el hotel, en una enorme cama impersonal, mirando el techo que da vueltas, como el horizonte en medio de la tempestad.

—Si le preocupa, no estoy borracho.

—Lo sé, señor.

No es fácil ser condescendiente y servil al mismo tiempo, pero se le da muy bien, es su oficio. El cual, a fin de cuentas, no es peor que cualquier otro: poner copas en un decorado de madera noble, bajo lámparas de araña con mil facetas. Seguro que al terminar su turno vuelve a casa contento, que va derecho a reencontrarse con su mujer y sus hijos, que nunca hace un alto para quedarse mirando cómo tres cubitos mueren entre las emanaciones del vodka. No me gusta el vodka, no mucho, y por eso lo bebo, para frenar el placer, para limitar los daños, para no ahogarme en armañac a una hora en que debería estar dormido.

El salón está vacío, o casi: dos chinos de corbata que charlan en voz baja, una chica sentada a la barra que me mira y me sonrío, y un pianista, cuyo talento es un insulto al soberbio piano de media cola en el que se empeña en tocar *La Vie en rose*.

—Un vodka, ¿no?

No la he visto llegar: se diría que la chica salió volando desde la otra punta del bar para venir a posarse justo a mi lado, en un taburete que hace que se le suba la falda. Pero le sonrío, porque me tiende el vaso que el barman me ha negado, cuyos cubitos tintinean como una promesa.

—Gracias.

—De nada —responde con una sonrisita y un acento eslavo—. ¿Me invita a una copa?

Tal vez dentro de un vodka o dos le encuentre un aire de turista, pero, de momento, su proposición no deja casi ningún lugar a dudas en cuanto a su profesión.

—Esta noche no —le digo haciéndole señas al barman para que ponga su copa en mi cuenta.

Su sonrisa pícaro revela dientes tan blancos que parecen falsos.

—Se equivoca. Parece que soy muy buena compañía. Sobre todo, en las malas noches.

—¿Y quién le ha dicho que esta es una mala noche?

Sin responder, la chica me lanza una mirada cómplice y regresa a sentarse junto a su bolso de Vuitton. A mi pesar, la miro alejarse. Con un sentimiento que no puedo nombrar, pero que flota en la superficie de mi copa, entre los vapores blancos del alcohol. Algo amargo, potente, sordo, que se parece al deseo o quizá a la tristeza. Pienso en mí, en nosotros, en Mathilde que debe de estar durmiendo, noqueada por los somníferos, en la cama que he acabado temiendo tanto como el presidio. Unos pensamientos confusos recorren mis venas, vacilan y al cabo estallan en mi cabeza como un fuego de artificio. El neón blanco de la barra me hace daño en los ojos, el vodka me quema los labios, traza en mi garganta largos surcos de calor. Y miro a la chica, esta vez directo a los ojos, diciéndome que no, que no la deseo, no deseo ese cuerpo de veinte años, que no soy yo, es cosa del alcohol.

Me levanto.

Y noto entonces que la chica ha dejado una tarjeta con un dibujo cursi, una rosa con tallo negro, y su nombre, Irina no sé cuántos, por si me arrepiento o siento deseos o necesidades inconfesables. La cojo sin pensarlo. Rápido. Muy rápido. Cerciorándome con la mirada de que nadie me observa, ni el barman, ni los chinos, ni siquiera ella, como si me metiera en el bolsillo la tarjeta del diablo. Me da vergüenza, me mareo y el decorado se inclina sin tregua.

Mi teléfono empieza a vibrar en mi bolsillo, miro como un idiota a la chica, pero no, no es ella, es un número desconocido, un 07 y algo, que oscila delante de mis ojos sin estabilizarse.

Vuelvo a sentarme. Inspiro. Lo cojo. Del otro lado, una tos, un silencio y luego una voz desconocida.

—Buenas noches, soy el pianista de la estación. ¿Se acuerda de mí?

Hay días en los que podría creer en Dios. Como mi madre, que se ha hecho la señal de la cruz cuando me leyeron el veredicto hace un rato: seis meses de trabajos comunitarios. Recoger latitas en los parques, limpiar grafitis de los muros. Sin contar la pena en suspenso, por un robo con allanamiento es casi un milagro. Si no hubiera encontrado en el bolsillo trasero de mis vaqueros la tarjeta del tío ese —el del nombre impronunciable—, la detención preventiva habría terminado en el talego. Habría desperdiciado la llamada en avisar a mi madre, ella me habría gritado en polaco y un abogado de oficio me habría propuesto denunciar a mis cómplices para obtener la clemencia del tribunal. Como si yo fuera a mandar a mis amigos de infancia a la cárcel.

No puedo creer que me salvara, coño.

Tengo la impresión de haberme quitado una mochila de cien kilos.

—¿Es él? —pregunta mi madre, al levantarse por décima vez.

—No.

Vuelve a sentarse, con la cara seria, sin mirarme siquiera de reojo. Y yo, como soy libre, aprovecho para observar el salón de los pasos perdidos, que el estrés me había impedido evaluar al llegar. Es enorme, es grandioso, una verdadera catedral... Los abogados con toga negra, los acusados que pasan entre dos polis, el eco de los pasos bajo los arcos, se diría que estamos en una serie. David bosteza, repantingado sobre un banco de piedra con los cordones desatados. Vaya idea traerlo al tribunal, se supone que para que le sirva de ejemplo, como si ver a su hermano delante de un juez fuese a impedirle hacer tonterías cuando le llegue el momento. Lo único que ve es que voy a limpiar grafitis en el horario en el que por lo general conduzco una Fenwick.

—Tampoco es ese —digo al ver que se acerca un tipo gordo con camisa blanca.

Llevamos un cuarto de hora de plantón esperando la llegada de mi benefactor, y cada vez que pasa un tipo mi madre se levanta y coge su bolsito azul, con tal cara de agobio que se diría que fue ella quien robó un apartamento en un barrio caro. Se ha puesto el traje de las grandes ocasiones y una camisa blanca cerrada hasta el cuello. Incluso fue a la peluquería, para dar buena impresión delante del señor juez. Como si fuéramos inferiores a esta gente, como si tuviéramos la obligación de emperifollarnos antes de que nos manden al trullo. Adoro a mi madre, pero a veces me da vergüenza.

Lo cierto es que tuve la idea del siglo. Nunca supe qué quería de mí, el señor Pierre no sé cuántos, con sus camelos y su tarjeta del Conservatorio, a lo mejor tirarse a un jovencito, pero me da igual, pronto caerá en la cuenta de que el burlado es él. Por cierto, allí está, con un abogado al que llama por su nombre de pila, y cómo te lo agradezco, y tendrías que venir a cenar. Se saludan con dos besos —hasta me parece posible que le haya salido gratis— y luego se acerca, con aspecto sobrio y solemne, vestido con un abrigo gris y zapatos bien lustrados.

—Es él, mamá.

Bajo la vista. Hay que darle algo por su dinero, y además mi madre me vigila por el rabillo del ojo. Apretón de manos, agradecimientos, frases de cortesía. Incluso David hace el papel de niño bueno, respondiendo con timidez a sus preguntas: su nombre, su edad, su curso. Por poco no le piden que recite un poema.

—No sé cómo agradeceré, señor Geithner —dice mi madre, que ya se lo ha agradecido quince veces.

—No se preocupe. Todos cometemos alguna tontería en la vida.

Pues sí, se ve que a mi edad él hizo un montón, como contestarle mal a su padre, o volver tarde a casa un sábado por la noche.

—Es un buen chico, ¿sabe? Trabajador, serio, me ayuda mucho en casa. No sé cómo se le ocurrió hacer algo así, no lo entiendo. Es la mala influencia de los vagos con los que se junta.

Mi madre me fulmina con la mirada —sé que la popularidad de Kévin y Driss está en su punto más bajo en años—, mientras Pierre no sé cuántos me dirige una sonrisa paternal.

—Se le pasará. Mientras tanto, hizo bien en llamarme: francamente, seis meses de trabajos comunitarios en el Conservatorio no es como ir a prisión.

—No se da cuenta de lo afortunado que es.

—Claro que se da cuenta.

Le doy la razón con un asentimiento de cabeza, avergonzado, mientras explica que un chico con mis dotes ya encontrará su camino, que es cuestión de tiempo, y muchas otras pamplinas condescendientes. No es fácil para nadie, señora mía, en estos tiempos... Si el tipo no me hubiera salvado de la cárcel, no me privaría de decirle que su numerito —Su Majestad le tiende la mano al pueblo— no engaña a nadie: es un viejo con un anillo, que no duda en seguir a jovencitos por la estación para entregarles su tarjeta. Luis XIV es muy amable, pero no creo que pueda darme ninguna lección.

—Debo irme —concluye después de echarle un vistazo al móvil—. Mathieu, nos vemos el lunes en el Conservatorio. ¡No llegue tarde!

—Por supuesto, señor. Y gracias de nuevo.

Una última sonrisa, una despedida cortés, y se marcha con paso decidido, dejando a nuestra familia en un ambiente de entierro. Me quedo callado. Es lo mejor cuando se ve venir la tormenta, pero, curiosamente, mi madre ni siquiera me mira. Yo habría apostado sin vacilar a que me caería un discurso moralizante trufado de lamentaciones, y habría perdido, porque hacemos el camino de vuelta en silencio, oyendo solo sus tacones que martillan el suelo. En ese silencio flotan muchas cosas, la fatiga que la desgasta, el coste de este día perdido y de todos los demás, cuando yo ya no reciba un sueldo, cuando sea necesario apretarse un cinturón que ya está cerca del último agujero. Esta vez, mis disculpas no serán suficientes. Es un patinazo excesivo, un deshonor, una traición. Y se me parte el corazón porque la entiendo, porque me culpo, porque traicioné su confianza por una fantasía estúpida de conseguir dinero fácil. A mi vida le falta un botón de rebobinado.

—¿O sea que no vas a ir a la cárcel? —pregunta David, con los ojos bien abiertos de la inquietud.

—No, no te preocupes.

—Y, entonces, ¿adónde vas?

—A ninguna parte. Voy a trabajar en el Conservatorio y a volver a casa todas las noches para hacerte la vida imposible con las mates. Aún no te has librado de mí.

Con una sonrisa que casi me da ganas de llorar, me toma de la mano, aun cuando odia que lo traten como a un crío.

—¿Qué es un conservatorio?

—Un lugar donde la gente aprende música.

—¿Y qué vas a hacer tú allí?

Me vuelvo por última vez hacia el salón de los pasos perdidos, con la esperanza de no volver a verlo nunca.

—La limpieza.

Lo peor no es pasar la fregona; es pasar por imbécil. A manera de uniforme de limpieza no han encontrado nada mejor que un mono amarillo mostaza, con una gorra que hace juego, y la palabra «Mantenimiento» escrita con letras rojas en la espalda. Por si quedaran dudas. Por si alguien pensara que estoy de visita.

Y el cubo ya está sucio.

Me imaginaba el Conservatorio como un sitio viejuno, lleno de recovecos y escaleras, dividido en pequeñas salas donde unos alumnos de uniforme tocaban el arpa delante de viejos profesores con gafas. A saber por qué. Estaba seguro. Lo habría apostado. Y, una vez más, habría perdido. Es un edificio enorme, luminoso, acristalado, supermoderno, con pasillos inmensos donde no se acaba nunca de pasar la fregona. Delante de los despachos abiertos y las salas de ensayo bañadas de luz, pienso que, si no tuviera que limpiar, todo me parecería magnífico.

A las siete de la mañana, la cosa todavía iba bien; estaba solo con mi uniforme y mis pensamientos. Pero, al cabo de un rato, los pasillos se llenaron de gente. Comenzó el día, los niños ricos llegaron en bandadas y me apresuré a terminar las últimas baldosas al pie de la escalera. Me rodean a mí y a mi carrito como si fuera un mueble. Aminoran la marcha para no patinar en el suelo mojado, se dan la vuelta para quejarse de que resbala. Siempre sin verme, porque no existo.

Un grupito de chicos, todos guapos, con mechoncitos y jerséis con cuello de pico, avanza por el pasillo, estuches de violín en mano. Hablan de una película, o una serie, que claramente les parece graciosa, y uno de ellos jura que en su vida se ha reído tanto. Me alegro mucho por él. Pero la que destaca es la chica que los acompaña. Y no solo porque es la única negra. Esbelta, delicada, con ojazos almendrados y una sonrisa para morir, lleva puestos unos vaqueros muy ceñidos, deportivas Stan Smith y un suéter de cuello alto que realza perfectamente sus formas. La enorme funda de contrabajo que carga a la espalda parece pesar una tonelada, pero ni uno solo de los burguesitos supuestamente bien educados hace el intento de llevársela.

La sigo con la mirada, tratando de no pensar en el espectáculo que doy, hasta la máquina de café, donde se detiene. Busca en su cartera, cuenta las monedas. Sonrío, porque la máquina está rota, y en diez segundos caerá en la cuenta de ello como yo hace dos horas. Y pienso que, si quiero hablarle, es ahora o nunca.

—Olvidalo, no funciona. Hace un rato perdí un euro.

La chica se da la vuelta, sorprendida, como si se preguntara si el tipo disfrazado de frasco de mostaza se está dirigiendo a ella.

—¿Cómo?

—La máquina, está rota. Y comparto el disgusto porque a mí también me hacía mucha falta un café.

De cerca, su mirada es tan intensa que tengo que hacer un esfuerzo para disimular mi incomodidad. Me sonrío cortésmente, me da las gracias y se apresura a recoger su estuche enorme

para alcanzar al grupo de amiguetes que la espera a unos metros. Como no sé qué más decir, le suelto una pregunta idiota.

—¿Es un contrabajo?

Con el ceño fruncido, se toma unos instantes para comprender que sigo allí parado y le hablo a ella.

—Un violonchelo.

—Qué faena trajinar con él de un lado para otro.

—Más o menos.

Cuanto más segundos pasan, más ridículo me siento, pero me da igual, no soy George Clooney, no hay café y hago lo que puedo.

—Te ayudo a cargarlo, si quieres. Parece pesado...

—No, gracias... Muy amable.

A pocos metros, los violinistas me miran como si viniera del espacio. Supongo que no todos los días se dirigirá a ellos el personal de mantenimiento, o a lo mejor nos les convence mi cara.

—¿Estás segura? No me molesta.

—Totalmente segura, gracias.

Su airecillo de condescendencia me enfría un poco, aunque admito que mi táctica no es un modelo de seducción. Ligar es un talento, y en ese sentido no puede decirse que las hadas se hayan asomado a mi cuna. En mi descargo, las chicas del barrio no se inclinan por los grandes discursos, y nunca he entrado en los cálculos de las parisinas, porque no llevo el uniforme adecuado.

—Vale. Y respecto al café, que no cunda el pánico, en un rato vienen a arreglar la máquina.

Su única respuesta, una sonrisa cortésmente crispada, hunde la confianza que me quedaba. El mensaje es claro: no soy de su categoría, soy el tipo de la limpieza, no debo pasarme. No importa. La tontita esta me la trae al paio, con su actitud de princesa. Y más aún su pequeño séquito, que me lanza miradas alegres. Aquí es fácil darse grandes aires, protegidos del mundo. Ya quisiera verlos en La Courneuve, contando los minutos que les quedan de vida al ver el primer pitbull que pasa.

Entretanto, me quedan dos escaleras por limpiar.

Y además los aseos.

He vuelto a coger la fregona, con la que me descargo al ensañarme con unas baldosas que no me han hecho nada. Seis meses. No será la cárcel, pero parece que va a hacerse largo. Y evito mirar escaleras arriba, donde acaba de aparecer Pierre no sé cuántos, rodeado de alumnos que se beben sus palabras. El señor director. Va acompañado de una mujer como él, tiesa, elegante y glacial, vestida con un traje gris. Tendrá unos cincuenta años, o un poco menos, y su cara impenetrable parece una máscara de cera. Los alumnos se dispersan, pero ella se queda en su sitio, en lo alto de la escalera, mirándome con desprecio y desconfianza, mientras él le cuenta algo en voz baja. Voy a tener que decirle que, francamente, los tríos con viejos no son lo mío.

Al verlos bajar, me apresuro a quitar de en medio el carrito, pero es demasiado tarde, ya lo tengo encima, con su cara estreñida de papá severo.

—Mañana por la mañana, Mathieu, venga a verme a la sala B36. A las seis en punto. Justo antes de empezar el turno.

—¿Para?

Se encoge de hombros, como si le hubiera hecho la pregunta más estúpida del mundo.

—¿Realmente cree que lo saqué de apuros para pedirle que hiciera la limpieza?

Las primeras notas las capté al azar, como un susurro en los oídos. Después se convirtieron en un camino, un sendero luminoso en un corredor oscuro, y las seguí por instinto, con una sensación de plenitud, o quizá de sosiego. Por supuesto, podría nombrarlas, escribirlas, prever sus movimientos y vacilaciones, pero, una vez más, no me apetece. Liszt pasea por el edificio vacío, con una libertad rayana en la embriaguez, durante las horas robadas en que nadie lo habita. Por más que los restos de alcohol me sigan martillando el cráneo, siento que su rapsodia húngara florece sin restricciones, bajo los dedos de un muchacho que ni siquiera tiene conciencia de su talento.

Son las siete, el día comienza, llego tarde y tengo náuseas.

La sala B36 no fue una elección inocente. Nada menos que el gran auditorio del Conservatorio, a fin de crear ambiente para mi pequeño prodigio. Una verdadera sala de conciertos, lujosa e impresionante, donde destaca un magnífico Steinway, que deja las cosas claras: no más Gare du Nord. Esto es otro mundo, el otro lado del espejo, un santuario donde la música ya no es clandestina sino reina.

Con su uniforme amarillo y la gorra sobre los ojos, Mathieu Malinski no parece gran cosa, pero se funde con el piano y ondea al son de las notas como una caña al viento. Miro sus dedos deslizarse, correr, golpear, acariciar, con una soltura pasmosa, a veces olvidando el compás. Los ojos cerrados. Las zapatillas grandes. Y me digo que he hecho lo correcto. Que sus antecedentes penales no pesan mucho en la balanza, frente a lo que puedo hacer con él.

Un instinto animal lo hace salir de su trance, como si pudiera sentir mi presencia.

—Continúe —le digo mientras me siento en primera fila.

Se levanta, se ajusta la gorra y me mira con media sonrisa sarcástica.

—Así que a las seis *en punto*...

—Le he dado tiempo de situarse —respondo señalando el piano—. Pensé que le vendría bien un poco de tiempo a solas con el instrumento.

Cuando asiente con la cabeza, concluyo que se cree el cuento, más convincente que la verdad: el vodka es el enemigo del despertar.

—Tal vez, pero tengo que ir a trabajar. Se me hace tarde.

—Todavía no.

—No quiero hacer horas extras...

—Y no las hará.

Me acerco, le indico que vuelva a sentarse y le pongo una partitura delante de los ojos. Un lied de Schubert, que debería ser una formalidad en vista de lo que acaba de interpretar.

—Toque esto.

Un destello de desconfianza, inexplicable pero tenaz, se enciende en su mirada.

—¿Para qué?

—Para ver.

—No tiene ningún interés.

El pequeño prodigio me fastidia un poco, así que golpeo la partitura con un deje de impaciencia.

—Tóquelo, Mathieu. No me haga repetir quince veces lo mismo.

Se sienta, entrecierra los ojos, sonrío. Sus manos, menos seguras que hace un minuto, parecen buscar la posición en el teclado, dudando si posarse en las teclas. Cuando surgen las primeras notas, torpes, laboriosas, casi me parece que me está tomando el pelo. Pero no, descifra lo mejor que puede, con una ardua concentración, desfigurando el comienzo de la pieza. Un momento después se rinde y me muestra las manos abiertas en señal de impotencia.

—No puedo. Es demasiado difícil.

—Mucho menos que lo que acaba de tocar.

—¡Pero esta pieza no la conozco!

Su protesta espontánea, casi infantil, tiene algo de esquizofrénica. Hace cinco minutos, el chico se deslizaba por la rapsodia húngara sin siquiera abrir los ojos.

—¿Qué se lo impide, Mathieu?

—No lo sé. Hay demasiadas...

Me muestra con los dedos los símbolos que no sabe nombrar, pero que sin embargo maneja de maravilla.

—¿Alteraciones?

—Debe de ser eso.

Mirándolo con el rabillo del ojo, toco los primeros compases. Escucha. Asiente con la cabeza. Y reproduce, nota a nota, el sendero que le he abierto entre la niebla.

—Oído absoluto —digo con una sonrisa—. No me lo había dicho.

—No me ha preguntado nada.

—Pues le pregunto: ¿dónde aprendió a tocar? ¿Tomó clases?

—Más o menos.

—¿Con quién?

—Con nadie.

Al oír su respuesta, irritante como la de un adolescente, me entran ganas de sacudirlo. Pero lo siento más volátil que un explosivo, capaz de escurrírseme entre los dedos al primer enfrentamiento.

—¿Se da cuenta de que tiene oro en la punta de los dedos, Mathieu?

—Más o menos...

—Pero habrá que recomenzar, integrar las bases. Solfeo, armonía... Sin saber leer una partitura, no llegará a ninguna parte.

—Y sería una pena —responde con ironía.

—Estamos de acuerdo. Mañana comienza el curso.

Por toda respuesta, se levanta y se acomoda la gorra.

—Tiene suerte —continúo sin arrancarle una mirada—. Tendrá la mejor profesora del Conservatorio: la señorita de Courcelles. La Condesa. Pocos disfrutan de ese privilegio.

—¿La Condesa?

—Así la llama todo el mundo.

—No tengo con qué pagarme el curso.

—Nadie ha hablado de pagar. Tiene un potencial enorme, y vamos a ayudarlo a desarrollarlo.

Cruzando los brazos con el aire desafiante que no lo ha abandonado desde el primer minuto, me lanza una mirada inquisidora.

—¿Es eso lo que quiere?

La pregunta me deja perplejo, pero ya no me asombra tanto.

—¿Qué cree que quiero? ¿Un muchacho para la limpieza?

—Pues no tengo ni idea. Y gracias por el ofrecimiento, pero la verdad es que no me interesa. Yo toco por placer, no tengo ganas de amargarme la vida con cuestiones teóricas.

—El placer pasa por el dominio, Mathieu.

De nuevo, me dan ganas de abofetearlo al ver su sonrisa sarcástica.

—Si usted lo dice.

Me vuelve la espalda, cruza la sala y coge su carrito, donde lo esperan los instrumentos — trapos, escoba, fregona— que habrían podido volverse su día a día si no nos hubiéramos cruzado.

—No me ha comprendido bien, Mathieu. Su presencia en este sitio es un contrato. O bien lo cumple dando muestras de buena voluntad, o le mando por donde vino.

—En dos palabras, las clases o el talego —me lanza con acidez.

Es mi turno de sonreír, de solo pensar que algunos músicos aficionados matarían por semejante oportunidad. Es necesario que la genialidad anide en el caos.

—Una de las opciones es más suave que la otra. Pero, si tanto le pesa, la puerta está abierta de par en par.

Soy un héroe. Le he dado por culo al sistema, la cárcel, la burguesía, he vuelto contra sí misma la máquina que nos aplasta. Sin denunciar. Sin comprometerme. Sin control judicial. Nadie creía que fuese posible, y sin embargo aquí me tienen. Libre como el viento. Y todo el mundo quiere verme, cerciorarse con sus propios ojos de que he vuelto. De milagro, soy el tío al que la brigada anticrimen pilló en delito flagrante y que puede contarle fuera de la cárcel de Fleury-Mérogis. Casi me tienta embellecer la historia, adornarla con un buen relato de evasión, pero me da demasiado miedo que la cosa llegue a oídos de mi madre, que no dudaría en echarme por la ventana.

Delante del bloque B, ofrezco un triunfo modesto y una sonrisa misteriosa a las miradas de una multitud deslumbrada (vale, son solo seis). Entre dos caladas a la shisha, explico y vuelvo a explicar hasta qué punto es fácil engañar a los jueces, apostar por la cara de bueno y hacerse el arrepentido. Al grupo se han sumado dos chicas, una de las cuales es la hermana de ya no me acuerdo quién, y sus miradas de admiración casi me hacen olvidar que mi historia es un bulo total. Kévin me guiña un ojo, se enorgullece de ser mi compi de aquella noche, de haber compartido conmigo esa gran aventura que, día a día, se va convirtiendo en una saga. Driss ha agregado una intervención de una unidad de élite, de la cual se habría escapado trepando a los cubos de basura al vuelo, como un ninja. Al ritmo que vamos, dentro de seis meses nuestro descabellado plan acabará convertido en el robo del siglo.

—Coño, cuando vi a los maderos —interviene Driss, golpeándome la espalda—, ¡creí que te iban a pegar un tiro!

Acompañando con gestos la acción, hace como que carga una escopeta y suelta un ruido por la boca que supuestamente imita una detonación. No sé hasta qué punto se cree sus propias chorradas, pero ese detalle reaviva el interés de los presentes, que me acosan con preguntas. ¿Me encañonaron los polis? ¿Es cierto que entraron por las ventanas bajando en rápel? ¿Que me neutralizaron con un taser después de arrojar una granada de humo?

Me hago el tonto.

Y de repente se interesan por mis trabajos comunitarios.

—¿Qué tienes que hacer? —pregunta una de las chicas—. ¿Limpiar los grafitis de los trenes?

—No, me cayó el servicio de mantenimiento en el Conservatorio de música, en el distrito 19.

—Bueno, está bastante guay.

—Bastante, sí.

Cuanto menos digo, más interés despierta, sobre todo a Kévin, que se imagina ya como Al Capone, con una fiel banda de pistoleros dispuestos a todo. Por lo visto, aún no ha comprendido que no pienso arriesgarme nunca más a acabar en prisión incondicional por un anillo de porquería y una PlayStation 4.

—Debe de estar lleno de ricachones, el lugar ese —dice con aire pensativo—. Seguro que hay un montón de pasta.

—Mogollón —agrega Driss, haciéndose el duro.

Antes de que realmente se crean lo que no son, les recuerdo el motivo por el que paso la escoba en los pasillos del Conservatorio. Por muy bien que los conozca me cuesta imaginar que me aconsejen en serio vaciarles los bolsillos a los alumnos de buena familia.

—En tu lugar, no lo dudaría —me asegura Kévin.

—Es que tú eres gilipollas, tío.

Me arroja el final de su cigarrillo, que esquivo y se pierde en el césped, un cementerio de colillas más numerosas que las hojas de hierba. Un día acabarán por prenderse fuego.

—Deja —interviene Driss, con una carcajada—. ¡Defiende a sus nuevos compis! Lo mismo ya tiene una chavalita de Neuilly.

Ahora es mi turno de arrojarle lo que tengo en la mano, es decir, mi gorra: la buena, no la de la limpieza.

—Sí, claro, tendrías que ver a las tías de allá.

—Ya quisiera... ¿Cómo son?

Delante de un público ganado, improviso una imitación bastante fiel de la chica que me dio calabazas, con su airecito amablemente despectivo. Me hace bien, como si ella pudiera verme, y además le arranca carcajadas a todo el mundo.

—¿Y los tíos? —pregunta la hermana de ya no sé quién.

Sin darme tiempo a responder, Driss se despacha con una caricatura de burgués, no muy realista, pero lo bastante expresiva como para que todo el mundo le siga la corriente. Desfilan delante del banco con caras de aristócratas y compiten para ver quién parece más estirado. ¿Cómo está usted, Charles-Hubert? Muy bien, gracias, Marie-Charlotte. Es una gilipollez, pero nos partimos de risa. Y Kévin, que ha tardado un poco en sumarse, imita a un pianista afeminado, que toca con dos dedos al tiempo que suelta unos gritos. Gran éxito, incluso hay quien lo graba, pero yo me siento un poco culpable de reírme así. Imagino la cara que pondrían si supieran que llevo partituras en la mochila: de Schubert, de Chopin. Hojas llenas de música, que intentaré descifrar una vez encerrado en mi habitación. Porque mañana, en la pausa del mediodía, tengo mi primera clase de solfeo con la Condesa. Y, francamente, pagaría por comerme un bocadillo sentado en un banco, con los auriculares en los oídos, sin que nadie me fastidie.

Es una sala enorme bañada de luz, que te hace mal a la vista de tan blanca, vidriada como un acuario. La mayoría de las salas del Conservatorio tienen pocos muebles, pero esta las supera a todas: lo único que llena el vacío es un piano de cola, situado justo en el medio como una pieza de museo.

La Condesa me espera, de brazos cruzados, con la mirada fija y fría, en una postura de Supernanny. Por el lado del *look*, no es para tirar cohetes: traje gris, camisa gris y zapatos grises sin tacón, como bailarinas. Con su tez pálida, ojos azules y cara perfectamente inmóvil, da la impresión de haber sido tallada en un bloque de hormigón.

Presiento que nos vamos a divertir un montón.

—Buenos días. Soy Mathieu Malinski. Venía a..., a la clase.

—Llega tarde.

Le echo una mirada a mi teléfono: en efecto, llevo un retraso de tres minutos. Ahora cuatro. Se

ve que no fue ella quien se cambió a toda prisa para ir a comprarse un kebab enfrente, antes de regresar a la carrera sin perder ni una patata frita.

Me echa una mirada de la cabeza a los pies con una especie de desprecio, para detenerse en mi sándwich que rebosa de salsa blanca. Cuando cae una gota, mira el suelo y vuelve a clavarme los ojos.

—Si buscaba la cafetería, se ha equivocado de puerta —me lanza en tono glacial.

Limpio la salsa con la servilleta demasiado lisa del kebab, que no absorbe. No pasa nada; de todos modos, soy yo el que friega.

—Perdón, aún no he almorzado.

—Problema suyo. Esto no es una fonda; es una sala de clases.

—Vale, vale.

La Condesa frunce la nariz para dejar bien claro que el olor le disgusta, y se equivoca, porque este kebab es la leche: ayer comí lo mismo.

—Vaya a tirar eso y vuelva después de lavarse las manos.

—¿En serio?

—¿Le parece que hablo en broma?

Durante algunos segundos, nos medimos sin decir nada, mirándonos directamente a los ojos, como dos boxeadores antes del primer asalto. Solo que no hay árbitro. Ni público. Algo es seguro: no seré yo quien baje primero la vista.

—No juegue con mi paciencia, señor Malinski. Nunca le ha dado buenos resultados a nadie.

Con mi sonrisa más irónica, asiento con la cabeza antes de salir, lenta, muy lentamente, arrastrando los pies. Y, como empezamos en tono amistoso, le doy un buen bocado al kebab antes de cerrar la puerta.

Me cago en la puta madre de esta burguesa estirada, estoy muerto de hambre.

Me zampo un segundo bocado, después un puñado de patatas, y tiro el sándwich de mala gana en el cubo que vacié hace un rato. Me limpio las manos en los vaqueros y vuelvo a llamar a la puerta, con unas ganas locas de mandarlo todo a la mierda.

—Vaya a lavarse las manos —me dice Supernanny, que mira hacia fuera sin volverse.

Juro que ha cronometrado el tiempo que me habría llevado ir y volver de los aseos. La mejor profesora del Conservatorio, sí, claro; me han mandado a una psicópata.

—También puedo darme una ducha, si quiere.

—En cinco minutos, señor Malinski, consideraré terminada la clase. Y no habrá otras.

Una vez más, salgo corriendo por los pasillos de este Conservatorio de los cojones, forzándome a hacerlo porque no tengo ganas de acabar en prisión.

De vuelta en el acuario, intento distender la atmósfera con un esbozo de sonrisa, pero es demasiado tarde. Si Supernanny pudiera pegarme un tiro, lo haría en ese mismo momento sin dudar. Es normal. Todos los burgueses sometidos que se arrastran delante de ella le han inculcado malas costumbres.

Me indica que me siente al piano, y me hace sonreír para mis adentros, porque la voy a dejar de piedra como a su jefe.

Tengo un don, eso lo sé.

Si no fuera así, no estaría aquí.

—Toque una escala. Tres octavas en los dos sentidos.

Le toco la escala, con calma, con una sonrisita que anuncia el tono: aún no me ha ganado la partida.

—Suba por terceras.

Subo.

—Por cuartas.

Lo mismo.

—Por quintas. Más rápido.

¿Más rápido? Me dan ganas de decirle que no he venido para aprender a tocar sino a leer, que ya corro más rápido de lo que ella lo hará nunca, pero guardo silencio y acelero. Mirándola fijamente, porque hace ya mucho tiempo que no tengo necesidad de mirar las teclas. Y ella prosigue. Me doy cuenta de que busca la pifia, la nota en falso, que intenta conducirme contra un muro, pero no pienso darle el gusto.

—Escalas desplazadas: primero entra la mano izquierda, la derecha tres notas más tarde.

Yo le sigo el ritmo, y eso la saca de quicio, así que añade más cosas, sin ni siquiera tomar aliento, sin dejarme recuperar el mío, una venganza por un kebab.

—Ascendente. Descendente. Fa mayor la mano derecha. Re bemol la mano izquierda.

Su cara es magnífica; casi me dan ganas de sacarle una foto.

—Ahora cromática.

Por primera vez, me detengo, con las manos suspendidas sobre el teclado, e intento comprender lo que me pide. Tenía que pasar.

—No sabe lo que es —concluye ella con ironía—. Es lo que hizo al principio, mire usted.

Me indica que me aparte, como si al rozarme pudiera mancharse, para luego mostrarme qué es una jodida escala cromática. Claro. Es solo una cuestión de vocabulario. Le puedo hacer esa escala con los ojos cerrados, cuando quiera, y lo sabe.

La cosa no acaba ahí.

Ahora que ha ganado el primer asalto, la Condesa me pone un metrónomo en las narices, ajusta el tempo a 200 y me pide que lo siga en terceras mayores. Cosa que hago, pero a mi ritmo, porque vamos a paso de tortuga, y puedo tocar mucho más deprisa de lo que ella cree. Siento las notas escapar de mis manos, un verdadero torrente, pero las domino, las aferro, hago lo que quiero y me hace bien. ¿Quieren una demostración? Pues ahí la tienen. Supernanny me mira mal, grita: «¡El tempo!», pero me la trae al paio, continuo. Como si no oyera sus protestas —fa la do, mi sol si —, dejo salir las escalas como cuando toco una pieza, por instinto, de oído, a chorros. Pero su voz acaba por desbaratar las notas, sus gritos me hacen perder el hilo y, de repente, cae la tapa: apenas tengo tiempo de retirar las manos.

No me lo creo, esta imbécil casi me aplasta los dedos.

—Pero ¡qué pasa, coño!

—¿Dónde cree que está, Malinski? ¡Esto es una clase, no un número de circo!

Dos, tres, cuatro segundos de silencio, mirándonos a los ojos, con las mandíbulas apretadas. Tercer asalto. Me haría falta muy poco para saltarle al cuello, pero me levanto sin decir palabra, mientras ella recupera su semblante de mármol.

—Mañana a la misma hora —dice con más calma—. Y no llegue tarde si quiere recibir la clase.

Con un esfuerzo sobrehumano, me contengo de decirle que casi preferiría Fleury-Mérogis. Y ella no ha terminado de darme lecciones.

—Si cree que puede controlar la música, Malinski, se equivoca. O bien la sigue, o bien se cae por el camino, y ella sigue sin usted. Estaba aquí antes que usted, y lo seguirá estando después. Escúchela. Respétela. O no irá a ninguna parte.

Farfullo una especie de aprobación y luego me dirijo a la puerta, donde cree oportuno darme un último *uppercut*.

—En todo caso, no conmigo.

El piano se ha convertido en un amigo. Es una presencia familiar, cariñosa y relajante, que se cierra como una burbuja cuando se sienta delante de él. Es un olor difuso a madera y cera, el reflejo del sol en el barniz agrietado. Es una caja mágica, un cofre sin fondo donde miles de notas esperan, suspendidas, alegres. Un pozo de música, un juguete con formas que cambian, del que solo tienen la clave los que saben. Para los demás, solo es una cosa vieja inanimada, pero, cuando alguien le levanta la tapa, sonríe de oreja a oreja enseñando todos sus dientes de color marfil.

Casi todos los días, al volver del colegio, el niño se detiene en el quinto y llama a la puerta; sabe que el piano lo espera. El hombre que vive con la música ya tiene un nombre, se llama Jacques, o, mejor dicho, señor Jacques, porque costó mucho no llamarlo señor. Es un poco viejo, pero realmente no tiene edad, como si se pudiera dejar de envejecer, quedarse siempre igual, con una gran barriga y calvo, una especie de abuelo eterno. Es bueno saber que est  ahí, dispuesto a explicarlo todo, en voz baja, el mundo, las estrellas, la felicidad, la tristeza y la música. El señor Jacques lo sabe todo y hace hablar al piano como cuando alguien se dirige a un amigo, sin nunca meterle prisa, porque hay que imbuirle confianza. Hace falta paciencia. Y amor también. Hay que aprender a hablarle, jugar con él, convencerlo de que deje escapar sus notas. Es divertido y, a veces, un poco difícil, pero el niño pone en ello toda su alma, porque eso es lo que se hace cuando se tiene un amigo. El niño no sabe muy bien cuándo el piano empezó a sonreírle, pero ahora es mayor, ya tiene nueve años, y toca como un auténtico m sico.

El niño se siente orgulloso.

Más orgulloso aún que de las buenas notas del colegio.

A veces, por la noche, antes de dormirse, el niño piensa que el piano est  ahí, dos plantas más abajo, y que ahí seguir  estando mañana y pasado mañana y todo el resto de los días de su vida y se duerme tranquilo, lo mece el recuerdo de las notas que tocó. Casi se olvida de los gritos de fuera, de la gente que da vueltas en moto, de los pitidos, las sirenas y los insultos. Se olvida de que el mundo es malo, de que nunca debe subirse en el coche de un desconocido, ni comerse un caramelo que le hayan dado. De que ha jurado volver directamente del colegio y no hablar con los mayores que andan por la calle. Se olvida del niño al que dieron una paliza en el hueco de la escalera, de su cara magullada y sus ojos despavoridos. O de los perros sin raza, con hocicos enormes, que ladran y enseñan los colmillos. Sabe que, si cierra muy fuerte los ojos, solo ver  notas, las notas que salen de un piano viejo de madera, por entre la luz muy tenue que atraviesa los visillos.

Y se duerme con una sonrisa.

Porque el piano nunca será un enemigo.

Nunca.

La Condesa sentada a la mesa de un restaurante, eso casi se merece una foto. Desde que la trato —y eso ya empieza a remontarse en el tiempo—, solo la he visto con ensaladitas para llevar, tres rodajas de pepino y un dedal de feta. Come como vive, con una especie de austeridad germánica que explica su delgadez y la desesperación de su exmarido. La he visto comportarse cuando sale a cenar fuera y comentar la selección de vinos como si fuera una hedonista, pero sé que, en el fondo, solo le da importancia a las cosas esenciales. Y la comida no es una de ellas. Sin embargo, no encuentro otra manera de darle las gracias, además ya hace tiempo que no estamos juntos, fuera del despacho.

Pero a la Condesa no le apetece hablar de literatura.

Ni del tiempo.

Ni de política.

—Hace un rato estuve con tu protegido —me suelta como un reproche.

—Lo sé y te lo agradezco. Con lo ocupada que estás...

—Era la tercera clase, Pierre.

—Y... ¿qué tal fue?

Apenas me atrevo a mirarla a la cara, mientras hago esa estúpida pregunta, pero intento mantener el tipo. No puedo decirle que sé perfectamente cómo fue. Que la primera vez que Mathieu pasó media hora con ella, entró a toda prisa en mi despacho vociferando: «Coño, esa tipa está pirada». Que me suplicó que, si no quería que aquello acabara en desgracia, le buscara otra profesora. Sé que la partida va a ser difícil. Pero se jugará con la Condesa o no se jugará.

—No se puede sacar nada de ese chico. Y no me digas que eso te sorprende.

—Qué dura eres, Élisabeth. Es cierto que no es muy maleable, pero...

—¿No es muy maleable? —La expresión, lo reconozco, está bastante mal elegida—. Es un gallito pagado de sí mismo, incapaz de soportar la más mínima autoridad —continúa la Condesa, al tiempo que recorre la carta con el rabillo del ojo—. No pinta nada en el Conservatorio.

—Tiene un gran talento... ¿Te das cuenta de que nunca ha recibido formación académica?

—¡Uy!, me doy perfecta cuenta —responde la Condesa con una fría sonrisa—. No respeta a nadie, cree que lo sabe todo y no quiere aprender nada.

El camarero nos interrumpe y me proporciona unos instantes para preparar mi defensa. Mientras echo una ojeada a la carta, me doy cuenta de que aquí han cambiado mucho las cosas. Las mollejas de ternera han desaparecido. El risotto con colmenillas también. Y ha hecho su aparición un entrecot al que llaman XXL —parece que estuviéramos en un restaurante de autopista—, además del arenque con patatas en aceite, «al estilo de la abuela». No sé qué quieren decir con eso. La verdad es que me importa un bledo. Pensaba que me vendría bien para recuperar el apetito, pero igual me habría dado tragarme un croque-monsieur por ocho euros en el café de

enfrente.

Definitivamente me he pasado al otro lado.

Así que tomaré un tartar cortado a cuchillo y Élisabeth una ensalada de Las Landas, que no debería alterar sus costumbres, sobre todo porque la ha pedido «sin mollejas». Todo esto con una botella grande de San Pellegrino, porque el ambiente no está como para descryptar la bonita carta de borgoñas. Excepto por la decoración del siglo xix, los manteles blancos y los cobres, esta comida podría haber transcurrido en cualquier sitio, mi despacho incluido.

Y ya lo remato definitivamente cuando inundo mi plato con salsa Worcester, porque el tapón estaba mal cerrado.

Hay días así.

—Estoy de acuerdo contigo, Élisabeth. Mathieu es un alumno difícil, pero en treinta años de carrera no he visto a muchos como él.

—¡Afortunadamente!

—Sabes muy bien lo que quiero decir. Ese chico tiene talento, casi hasta genialidad. Por eso te pedí que te ocuparas tú.

La Condesa, despacio, muy despacio, revuelve la ensalada, como para afinar sus argumentos.

—Pierre, estás entusiasmado. Tiene oído absoluto, lo acepto, y habilidades innegables. De eso a pensar que es Mozart...

—Hay trabajo que hacer, no lo niego.

—Si solo fuera trabajo, no habría ningún problema. ¡No quiere aprender!

—Pues claro que sí. Solo está un poco perdido. Tiene un lado salvaje, pero, cuando se encarrile, puede llegar lejos, muy lejos. —Un reflejo de incompreensión pasa por los ojos de la Condesa y no seré yo quien lance la primera piedra, porque yo en su lugar tampoco querría a Mathieu Malinski. Necesitaré más argumentos—. Voy a explicarte de dónde procede... Con veintiún años, trabaja para una empresa porque su madre no consigue llegar a fin de mes...

La Condesa me detiene con un gesto el retrato de Oliver Twist, que no parece enternecerla.

—Hemos tenido alumnos desfavorecidos —grita la Condesa, casi perdiendo su flema—. Becarios, chavales de servicios sociales... Nunca ninguno de ellos ha mostrado tan mala voluntad frente a la oportunidad de su vida. ¡Al contrario!

—Se habituará.

—¿Arrastrando los pies como lo hace? Lo dudo mucho. Lo único que le interesa es hacerse el marisabidillo, demostrar todo lo que puede hacer sin una pizca de educación. Las frases, los matices, los planos sonoros... El señor está por encima de eso. —Al quedarme sin argumentos, le lleno el vaso y una tormenta de burbujas se arremolina en la mayor anarquía—. No entiendo por qué te empeñas —continúa la Condesa—. El mundo está lleno de personas motivadas y tú inicias una cruzada por el único que no quiere.

—Es mi lado samaritano.

—No lo cambiarás, Pierre. Lo único que conseguirás es agotarte mientras lo intentas.

Dejo lo que me queda de tartar, demasiado amargo —no es lo único—, mientras maldigo contra ese pobre imbécil, cuya mayor hazaña ha sido sacar de quicio a una de las profesoras con más prestigio de Europa. ¡Ya te tiene que gustar pasar la fregona!

—Si quieres abandonar —digo suspirando—, lo entiendo. Ya has tenido la paciencia de una santa.

De pronto, mi desaliento hace vacilar su rabia. La conozco lo suficiente como para darme

cuenta de que se despierta en ella una oleada de dudas que, poco a poco, engulle sus convencimientos. Y una sonrisita, rara, imperceptible, enigmática, le ilumina furtivamente la mirada. Nunca se ha merecido tanto su nombre como en este instante, con los dedos cruzados sobre la mesa y el porte de una bailarina de ballet.

—No dejaré colgada a una persona que me invita a una ensalada de Las Landas —dice simplemente.

Le devuelvo una sonrisa, sin demostrarle lo muy aliviado que me siento, porque ella lo sabe.

—Sin mollejas.

—Ni tocino. Pero no será siempre así, Pierre. Si tu pequeño prodigio no hace un mínimo esfuerzo que justifique los míos, ya podrás invitarme a todas las ensaladas del mundo.

Leggiero, ¡anda ya! Solo me apetece una cosa, martillear ese maldito piano hasta que me sangren los dedos. Estoy hasta las narices de Brahms, de sus ejercicios, de su ritmo armónico de blanca y de los cambios de pedal, y de la espalda recta y los hombros y de mis cuatro dedos que no siguen porque, parece ser, no son bastante ligeros. Pues mira quién fue a hablar de ligereza, Supernanny. Me suelta las instrucciones, más tiesa que el palo de una escoba, como si me escupiera a la jeta, y yo las aguanto sin decir nada, casi la sonrío. Eso es lo que ella quiere. Eso es lo que ellos quieren. Un soldadito disciplinado, sumiso, agradecido, un chucho que baje la cabeza ante su dueño, por miedo a ganarse una buena. Ese es el precio a pagar por no volver al fondo del agujero que yo mismo he cavado y, pensándolo bien, no es muy alto. Basta con apretar los dientes y pensar en otra cosa, con esforzarme al máximo para tocar como ellos quieren. Según las reglas. *Leggiero*. Olvidar mi instinto, mis gustos, todo lo que he aprendido, todo lo que sé hacer, descifrar pacientemente los garabatos de Brahms y demás, sin desviarme jamás, sin pasarme nunca de la raya.

No han entendido nada, pero a mí me la trae al paio.

Y la Condesa cierra los ojos, porque en este momento, por una vez, toco como a ella le gusta.

—Eso está mejor... Déjese llevar... Imagínese un clarinete en la mano derecha y una trompa en la mano izquierda.

¡Anda ya! Y por qué no una guitarra eléctrica en el pie derecho.

—¡Sol, si, fa, re!

Ya lo sé, gracias.

—¡Si, re, fa, si!

También lo sé. Lo tengo escrito debajo de las narices.

—¡Malinski, pierde el ritmo! ¡Siga concentrado! —Como si fuera tan fácil con todos esos berridos—. ¡Esos cuatro dedos! Están más tiesos que un palo. —No me atrevo a decirle por dónde puede meterse mis cuatro dedos, porque parece que valora mi esfuerzo. Como tampoco le diría que su jefe me ha dejado las cosas muy claras esta mañana: me ha recordado que, si no entro en el juego, pasará de mí como de la mierda. Quieren que me someta, pues lo haré—. Empiece otra vez desde el principio. Le falta corazón. —Empiezo otra vez—. Deje de repentizar, ahora ya debería estar cómodo con este ejercicio. —A saber lo que quiere. Hace un instante, me ha echado la bronca por cerrar los ojos—. Así está mejor... —Su majestad es demasiado buena—. Déjelo ya, basta por hoy. —Yo respondo: «Sí, señora», con un tono de pelota que le hace fruncir el ceño. Podría no haberlo hecho, pero me ha salido solo y, además, ya he ganado bastantes puntos en una hora: nunca había pronunciado tanto la palabra «mejor», y hasta creo que ha dicho una vez «bien»—. Mañana a la misma hora —dice la Condesa, mientras recoge las partituras—. Y no tema repasar esta noche, lo necesitará para dar el siguiente paso.

—Vale.

—Insista en los cuatro dedos.

—Vale.

—Y en los cambios de pedales.

—OK.

Sé que mis lacónicas respuestas la ponen nerviosa, pero ya está demasiado irritada como para reparar en esa pequeña insolencia. La hora ha pasado relativamente deprisa —es raro—. Y la Condesa no tiene ganas de tirar por tierra mi gran esfuerzo hinchándome las pelotas con mi forma de comportarme. Ya he venido vestido de calle, sin el uniforme amarillo. Ando derecho. Toco a Brahms. Y estoy seguro de que va a salir corriendo al despacho de su jefe para darle la buena noticia: su protegido ha entrado en vereda, aprenderá a leer una partitura. Qué guay.

—Adiós, hasta mañana —digo, con una sonrisa hipócrita.

—Hasta mañana, señor Malinski. —Anda, ahora me he convertido en «señor», eso acaba de tranquilizarme. Con dos clases más, me meteré a la Condesa en el bolsillo—. Una última cosa —me suelta cuando estoy a punto de salir por la puerta.

—¿Sí?

—Si quiere que estas clases le sirvan de algo, tendrá que ponerle corazón. —Yo respondo con una mueca dubitativa, porque no sé qué me está reprochando—. Señor Malinski, usted ahorra energía. Se esfuerza por ser lo más plano y difícil posible y, por un motivo que se me escapa, está orgulloso de eso. Si lo que ambiciona es convertirse en un intérprete sin alma, con bastante técnica como para tocar en una orquesta de bodas, va por el buen camino.

Con la sensación de haber recibido un garrotazo, me esfuerzo por reír. Pero no tiene nada de gracia y se me hace un nudo en la garganta hasta casi dolerme. Es una mezcla rara, de tensión y desánimo, la sensación de mierda que me angustia desde que entro por la puerta de ese despacho.

Y doy un portazo como para hacer saltar los goznes.

Estamos frente a frente, como dos tontos, sin decirnos nada. Yo porque ella sigue siendo igual de guapa, ella porque mi cara le suena. ¡Pues claro! Sin el mono de color mostaza, tengo algo de Clark Kent: ese tío que te suena vagamente, aunque no puedas decir que es Superman. Hay que ser poco fisonomista, o que te traigan sin cuidado los limpiadores... No hace ni una semana estuvimos hablando, en este mismo pasillo, cerca de una máquina de café averiada.

¡Pero coño, vaya ojos!

—Nos conocemos, ¿no?

La miro de arriba abajo, como si, yo también, intentara reconocerla. Como si no hubiera repetido en bucle la conversación de la máquina de café, como si no hubiera repasado cada respuesta preguntándome en qué momento la había cagado. Está aún más irresistible que la primera vez, con el suéter negro, el afro y esa tremenda sonrisa, que le hace hoyuelos en las mejillas.

Pero no olvido lo que pasó.

Es gracioso ver que un pantalón vaquero y unas deportivas hacen que, de pronto, existas.

—Sí, nos conocemos —respondo, con una ironía subrayada.

—¡Ay, claro! ¡La máquina de café!

Me suelta eso sin abochornarse, quizá ha olvidado el desprecio que me hizo la última vez.

—Eso es.

—Pero... ¿Estudias aquí? Creía que eras...

—¿Que era qué?

—Que trabajabas aquí.

No está mal, la fórmula diplomática, que le evita decir «limpiador». Los burgueses están tan acostumbrados a adornar las cosas que se vuelve natural en ellos.

—Sí, eso es lo que intentaba decirte, sí, soy del servicio de limpieza.

La chica no lo entiende. Desde luego. De pronto, me mira esperando que se lo aclare; pues ya puede esperar. Si quiere saber solo tiene que preguntar.

—¿Y también estudias aquí?

Me sé de una que escuchó el final de mi conversación con la Condesa y que intenta comprender qué empuja a un tipo vestido con un mono de color mostaza a recibir clases de la profesora más solicitada del Conservatorio. Realmente, ni siquiera yo lo sé, pero ver sus grandes ojos encima de mí es una bonita venganza. Aunque yo hubiera preferido que no hubiera oído la perorata final de Supernanny, que me hace quedar como el último de los perdedores.

—Sí.

—Es increíble. ¿En qué curso estás?

Sin responder a su pregunta —incómoda—, la miro fijamente con la mayor frialdad posible, porque es muy amable al dignarse a dirigirme la palabra, en ese momento, cuando ya me he incorporado a su mundillo de burgueses bien educados.

—¿Ahora te interesas por mí?

—No —responde la chica, humillada—. Solo me preguntaba dónde nos habíamos visto.

—Estoy seguro de que te habrías preguntado lo mismo si estuviera vestido con el mono de trabajo.

—¿Qué quiere decir eso?

—Eso quiere decir que eres una princesita que no se mezcla con el pueblo.

Un reflejo de rabia hace que le arda la mirada; inspira profundamente, busca las palabras, luego me da la espalda y se aleja a grandes zancadas. Sin darse la vuelta. Un poco más y soy yo el que queda como un tonto.

Al pie de la escalera, un chico con gafas la detiene, le da un beso en la mejilla, pero la chica parece tan enfadada que apenas lo escucha y eso me halaga. No hace falta oírlos para saber que el chico le pregunta qué pasa, que ella le responde que nada y que, por supuesto, él no la cree. Pero ese sentimiento de victoria no dura mucho, porque el chico no está mal. Barbita incipiente bien recortada, pelo estudiadamente descuidado, bufanda gris y abrigo negro. No me gustan sus gestos demasiado seguros, ni sus aires de suficiencia. Y menos aún la mano que le pone en el hombro para asegurarse de que no, que no pasa nada, y luego empujarla hacia la máquina de café. Empiezo a pensar que he hecho una gilipollez.

Ella es la que se ha acercado a hablarme, coño.

Si me lo hubieran dicho, no lo habría creído.

Se ha acercado a hablarme y la he mandado a tomar viento.

Mostrarse arrogante con una tía así, soy único haciendo eso. Y todo para ganar qué, dos minutos de satisfacción, una pobre venganza que la chica habrá olvidado en una hora. Ella ya sonrío con una taza de café en la mano y el otro gilipollas monta un numerito poniendo poses de tío bueno. Hay veces que pienso que soy el mayor de los imbéciles.

Y no será la Condesa quien diga lo contrario.

Una página doble en *Le Monde*, la consagración. Casi me cuesta reconocermé, en blanco y negro, claroscuro, mirando de reojo, envuelto en las volutas algo ligeras de un Marlboro. Esa foto debe de tener diez años. Recuerdo muy bien el día en que me la hicieron, en un café de Saint-Germain-des-Près, para ilustrar un artículo sobre mi ascenso a la jefatura del departamento. En aquel entonces fue solo un pequeño recuadro, pero se propagó a mi alrededor como la pólvora. Me sonaba el teléfono continuamente, me felicitaban como si hubiera ganado el Goncourt. Yo era Michael Jackson para mis amigos y el Mesías para mi madre, que aún vivía. Y hoy no es un recuadrillo sino una doble página, central, que impacta la vista. Imagino la repercusión que tendrá en mi vida dentro de una hora, dos horas, dos días. Sobre todo por el título:

«Pierre Geithner: la caída».

He leído tres veces el artículo con una especie de fatalismo, como si ya estuviera muerto. Están bien informados en *Le Monde*. Incluso un poco de más. Un alma caritativa probablemente habrá soplado, a ese nido de víboras, la inminente suspensión de las subvenciones públicas y lo presentan como un asunto de Estado porque necesitan sensacionalismo.

La puerta se abre estruendosamente y deja paso a un trágico Ressigeac.

—¿Has visto el artículo? ¡Es un desastre!

—No exageremos. Ponen el grito en el cielo, pero el ministerio aún no ha tomado una decisión definitiva.

—Todo el mundo sabe cómo va a terminar esto, Pierre. No es un secreto para nadie...

Le muestro una sonrisa amarga, mientras pienso que quizá, deliberadamente o no, él es el origen de la filtración.

—La realidad es que la información circula muy bien.

—¿Qué insinúas? ¡No seas paranoico!

—Que los periodistas no se han sacado la información de la chistera. Y mucho menos del ministerio. Sale de aquí.

—La gente habla —admite Ressigeac, encogiéndose de hombros—. Es un círculo pequeño.

Ressigeac se sienta en la mesa, se apodera del periódico y se pasa nerviosamente la mano por el pelo. No, no es él quien ha puesto en guardia a la prensa. Aunque ya hace tiempo que preferiría verme fuera. Esa doble página también es un desastre para su proyecto profesional, el aperitivo de un pequeño Watergate que podría muy bien arruinar sus ambiciones.

—Hay que desmentirlo —murmura Ressigeac, al tiempo que deja el periódico.

—Mala idea. Eso lo único que haría sería alentar los rumores.

Su suspiro de desaliento, que rompe el corazón, casi haría olvidar que soy yo el que aparece en una doble página de *Le Monde*.

—Tienes razón. Además, un desmentido a lo mejor son dos líneas a pie de página que no leerá

nadie.

—Y eso sin tener en cuenta que si la información se confirma...

—Haríamos el ridículo, ya lo sé. —En el silencio mortal que se instala, Ressigeac empieza a caminar de arriba abajo y yo desvío mi atención hacia otra parte, hacia el otro lado de la cristalera, donde un sol de otoño dibuja un reborde a las nubes. Imposible pensar, razonar, solo siento cansancio. Amargura. Un poso de tristeza. Y pienso si, en el fondo, no paso un poco de todo esto y de la doble página de *Le Monde*—. Nuestra última esperanza es el Gran Premio a la Excelencia —continúa Ressigeac, que renace bruscamente de sus cenizas.

No es momento de sonreír, así que asiento con la cabeza, pero el Premio a la Excelencia me da risa. Todos los años nos quedamos con un palmo de narices, se lo llevan los stajanovistas de la música, rusos o chinos, que tocan hasta olvidarse de vivir. Y nos aferramos a nuestros recuerdos como náufragos a una tabla vieja: Marine Dornier, 2007. Félix de Raignac, 2008. Triunfos que se materializan de año en año, que celebramos con la mano en el corazón, para olvidar que ya no somos más que los valedores de una nueva generación.

La excelencia es más que talento.

Es trabajo, ganas, tenacidad, instinto.

—Eso intentamos —respondo, esforzándome un poco.

—¡Por favor, Pierre! Pon algo de entusiasmo, porque, así, no lo conseguiremos nunca.

—Te he dicho que lo intentamos.

—¡No es eso lo que quiero oír! Lo que espero que me digas es: sí, vamos a hacer todo lo posible, sí, vamos a conseguirlo, ¡vamos a levantar ese jodido trofeo y a mostrar al resto del mundo que no hemos dicho la última palabra!

—Eso es lo que quería decir... Un poco menos grandilocuamente.

Ressigeac levanta la mirada al techo y a todas luces se contiene para no echarme en cara lo que lleva dentro; luego vuelve a la carga, porque no tiene ganas de que me rinda. No ahora.

—Bueno, enséñame los currículos... Tenemos buenos candidatos, ¿no? —Pasa la mirada por las hojas que le entrego y las separa en dos montones encima de la mesa, mientras masculla comentarios que realmente no oigo. Pasan las fotos una tras otra, sonrientes, congeladas. Algunas de ellas le intrigan, otras le dejan indiferente, las que se ganan su favor las deja en el montón de la izquierda, donde deposita sus esperanzas. Ressigeac siempre ha tendido a creer que conocía los dosieres pero lo único que le interesa de verdad cabe en la suma de las celdas de su Excel—. ¿Agnelli?

—No. Ha hecho un curso muy decepcionante.

—Ah. ¿Y esa chica belga..., Maud Pieters? Tiene talento.

—No tanto como para el Gran Premio. Aún es demasiado académica.

Y ahí va, reanuda la exploración hasta que me pasa triunfalmente una hoja por las narices.

—¡Sébastien Michelet! Tiene talento, es un currante, a menudo toca con la orquesta del Conservatorio y la Condesa habla maravillas de él. Es un futuro solista, todo el mundo está de acuerdo en eso, y, además, está habituado a los escenarios... Será perfecto.

—Pues vaya.

—¿Cómo que pues vaya? ¿Tienes una propuesta mejor?

—Quizá. Deja que lo piense.

Su aspecto receloso, que disimula cada vez peor, dice mucho sobre lo que le queda de consideración respecto a mis capacidades.

—No parece que calibres lo que está en juego... Si apuestas por caballo perdedor, este año se

nos volverá a escapar el Gran Premio y eso será el adiós definitivo al departamento, al Conservatorio y a nuestros futuros presupuestos.

—Ya lo sé.

—Y tu adiós también. Después de eso, nadie querrá contar contigo, ni yo ni nadie más. Te lo digo como amigo.

—Soy completamente consciente.

—Pues no parece que te quite el sueño. —Sin responder a esa última pulla, recojo los currículos y los agrupo en un solo montón, para demostrarle qué hago con su clasificación—. Te dejo que hagas una selección —continúa Ressigeac, harto de pelear—. Hablaremos como muy tarde pasado mañana, en una reunión con los profesores afectados. ¿Te parece?

—Muy bien.

Lo miro atravesar la puerta, dejando tras de sí un rastro de estrés y de olor a tabaco, con la espalda encorvada como si llevara el Conservatorio sobre los hombros. Todo a su debido tiempo. Y necesito tiempo. No para revisar los dosieres que me sé de memoria, sino para encontrar un buen enfoque, un buen argumento y un razonamiento irrefutable que me permita venderle al candidato más invendible del mundo.

Sentado al piano, en el escenario del gran auditorio, Mathieu Malinski espera. En un círculo de luz, espera, con esa pinta de ceñudo adolescente, para entender qué hace ahí. Vestido de calle, sin la fregona, sin cita, sin partitura y a solas conmigo en una sala vacía.

Yo miro el reloj, porque el próximo ensayo no tardará.

—¿Qué siente al ver este piano, Mathieu?

Descuidado, indolente, el pobre imbécil se desordena el flequillo rubio y luego lanza una mirada sin expresión al Steinway. No sé hasta cuándo piensa mantener conmigo esa actitud infantil, pero yo ya no tengo tiempo que perder.

—Nada —responde Malinski, desganado.

—¿Absolutamente nada?

—Nada.

Me acerco sin dejar de mirarlo.

—Es un Steinway, el Rolls-Royce de los pianos, y me dice que le deja indiferente.

—Ajá.

—No sé a quién intenta engañar, si a usted mismo o a mí...

—Ni a uno ni a otro. Rolls o Twingo, me la trae al paio, no me gustan los coches.

Una vez más, pienso que solo he soñado la luz en este abismo de mediocridad, pero sé que, en cuanto plante los dedos en el piano, acabarán las tinieblas. Al menos eso espero, porque nos lo jugamos todo, tanto él como yo.

—Mathieu, dígame por qué toca el piano.

—Por nada. Me entretiene.

—Solo por eso.

—Pues no es poco, ¿no?

Retiro despacito la tela de terciopelo que protege el teclado y luego toco el do del medio.

—La última vez tocó la *Rapsodia húngara* de Liszt en este piano. Tóquela otra vez.

—¿Para qué?

—Porque yo se lo pido.

—Ya he dado mi clase diaria —farfulla Mathieu, de mala gana.

—Esto no es una clase.

En ese momento aparece el director de orquesta con su cartera en la mano y el abrigo doblado en el antebrazo. Me hace una señal con la cabeza y se dirige a su atril, donde empieza tranquilamente a instalarse. Y unas risotadas resuenan ya en el pasillo. Dentro de pocos minutos, la sala estará llena.

—Llega gente. Necesitarán la sala.

—Razón de más. Toque la *Rapsodia* como la otra vez.

—Quiere ver si hago progresos, ¿es eso? Pues entonces, pásame otra partitura, porque esta pieza la conozco.

—Lo sé.

Un fondo de temor se dibuja tras su cortina de testosterona e ilumina en su mirada algo que se parece a la infancia.

—No, en serio, ¿qué quiere?

—Venga —digo, dando golpecitos en un lado del Steinway—. Cuanto más tarde más gente habrá.

Tres o cuatro músicos acaban de entrar, lanzando miradas furtivas a este pianista vestido con una sudadera con capucha y una cara pretendidamente indiferente que deja escapar alguna señal de nerviosismo. No, Mathieu nunca ha tocado en público. No de verdad. Una estación no cuenta, es un lugar de paso, un baño de indiferencia, una zona gris en la que el interés de la gente anónima que pasa es más volátil que una ráfaga de viento. En ese momento, Mathieu vive una lucha de los latidos de su corazón contra los dedos que se le escapan. Es la sensación espantosa y fascinante de que todas las miradas se fijan en él, de que la luz del proyector le quema y le traspasa los párpados cerrados, como si estuviera desnudo al sol. Entonces, Mathieu inspira profundamente, acaricia las teclas con la punta de los dedos y se lanza. Con cierto valor. Porque a ojos vista la sala se llena de estudiantes que no saben más que juzgar, evaluar, burlarse y despreciar. Un público indiferente, quizá hostil. Una asamblea académica, atiborrada de títulos. Va a tocar para ellos, para esos niños ricos que descubrirán lo que se esconde detrás de la fachada.

No sé por qué, pero me siento seguro.

Salen las primeras notas, firmes, seguras, profundas.

Hay algo de traicionero en los primeros compases de la *Rapsodia*, una tentación belicosa, incluso fúnebre, que puede rápidamente caer en la caricatura. Pero este chaval ya no está ahí desde hace tiempo. Para él las notas son juguetes. Destellos, fuegos fatuos. Las deja ir con una especie de solemnidad etérea y el eco suspendido se encadena en un raudal de dulzura. Todo se ha esfumado en un suspiro: la aprehensión, la rebeldía y las poses. La música se instala en su cuerpo, le pasa por los hombros, se le mete por las venas igual que corre por las mías y, una vez más, siento que me brotan las lágrimas. Quizá solo es cosa mía; mis recuerdos a flor de piel, la vida que me ha dado buenos palos, la emoción que quise enterrar vuelven por la puerta de atrás.

Miro a los otros chicos.

Y veo sus ojos.

Sus conversaciones se han acallado como un enjambre que se aleja y dejan sitio a un silencio catedralicio. Un sentimiento de orgullo me hace un nudo en la garganta, como si este chaval fuera mío, y tengo ganas de gritar que ahí está, eso es por lo que luché. Gritar a todos los que no me entendieron, a todos los que murmuran, a los que se ríen con sarcasmo, a todos los que creen que he perdido el sentido de la realidad.

La *Rapsodia* nos envuelve, nos transporta y si me dejara llevar me daría vértigo.

El silencio ha durado hasta los últimos compases y un poco más, como si despertáramos de un sueño profundo. Malinski sale del trance con los ojos llenos de lágrimas y la respiración entrecortada; por un instante olvida volver a ponerse la máscara. Le deslumbra la luz fría del proyector y casi parece frágil con la sudadera de capucha, ese uniforme no consigue engañar al enemigo. Quizá esta es la primera vez que lo veo de verdad.

Las miradas que pesan no me preocupan y le pongo cordialmente una mano en el hombro.

—Mathieu, recuérdeme por qué toca el piano.

Por una vez, una sonrisita, maliciosa, justo asoma.

—Por nada. Me entretiene.

Siempre he intentado pasar desapercibido. Adquirir el color de las paredes, caminar con la cabeza gacha, no devolver las miradas es el mejor medio para evitar problemas. La gente está ahí para joderte. Cuanto mejor te portas menos te ven. Mucho tendrían que pagarme para que me diera un paseo con los zapatos rojos de Driss.

Coño, todo el mundo se fija en mí.

Y lo peor es que me mola.

Bajo del escenario poniendo cara de que todo me la trae floja, pero siento muy bien existir de pronto para los ojos de esos burguesitos cortados. Se preguntan de dónde salgo. A lo mejor alguno me ha reconocido, el limpiador de la gorra amarilla, el tío que, todos los días, se cuele como un ladrón para ir a clase de solfeo. Esta vez, todo el mundo sabrá que Clark Kent es Superman.

Nunca me hubiera imaginado que tocar en público pudiera ser un chute de adrenalina. Es flipante. Es algo que a cualquiera le empujaría a salir corriendo y al mismo tiempo te da ganas de mostrarlo todo, darlo todo. Nadie ha aplaudido, supongo que eso no se hace, pero es como si lo hubieran hecho, porque todos me lanzan miradas, gestos con la cabeza y alguna palabrilla al pasar: «bravo», «súper», «guay». Pierre no sé cuántos, que se ha quedado en la tarima, me observa con una enorme sonrisa y yo empiezo a pensar que quizá he juzgado a ese tío demasiado pronto.

Aunque lo mejor es que ella está aquí. Con el violonchelo y sus enormes ojos fijos en mí, porque la sorpresa es más fuerte que la rabia. Lo sé, siento que esa chica quiere largarse, no darme esa satisfacción, pero es más fuerte que ella. La adoro. Y aunque ella no tiene ninguna intención de dirigirme la palabra, su tío bueno con gafas me para cuando paso, no se acuerda de que ya nos hemos visto. Estoy seguro de que es pianista, porque parece impresionado y rabioso a la vez. Me tiende la mano con una sonrisa tan falsa que podría presentarse a las elecciones presidenciales.

—Hola. Soy Sébastien Michelet.

—*Hello*.

—¡No ha estado nada mal la interpretación de Liszt!

—Gracias.

Es difícil mantener la atención en él cuando siento la mirada de la chica, pero eso forma parte del juego.

—¿De dónde eres?

—De La Courneuve.

El chico fuerza una sonrisa, como si hubiera dicho algo gracioso.

—En serio, ¿eres de alguna escuela privada?

—No. Doy clases aquí.

—Qué raro, nunca nos hemos visto... ¿En qué curso estás?

—Acabo de llegar.

Otra vez, el chico se ríe, seguro que porque no tengo pinta de principiante.

—Pues vaya, es prometedor para un comienzo. ¿Quién es tu profesor?

—La Condesa.

—Hum... Pues me extraña. La Condesa es profesora de tercer ciclo. ¿Has aprobado los exámenes de ingreso, así sin más, viniendo de la nada?

—Pues eso parece.

Un vistazo a la izquierda y un vistazo a la derecha, para tener a sus colegas de testigos.

—No sabía que fuera posible.

Hay tíos así, basta con mirarlos para tener ganas de soltarles una. Esa especie de tic —atusarse la barba cada diez segundos— es exactamente insoportable, y ya ni hablo de sus poses de tío bueno. Ese gilipollas debe de pasarse horas delante del espejo currándoselas una a una. Pero, según parece, a ella no le impresiona, porque me mira a mí.

—De cualquier modo, mucha suerte... ¿Cómo te llamabas?

—Mathieu.

—¿Y no tienes apellido? Pues eso debe de complicarte mucho la vida.

Vale, ese tío empieza a joderme de verdad con el show que se está montando delante de sus colegas.

—No. Me encontraron en la basura, pero, si quieres, tengo un número.

Tiene la sonrisa tan crispada que se ha convertido en una mueca. Él habría seguido en el mismo tono, pero su instinto lo hace batirse en retirada, como si sintiera que, detrás del pianista que acaba de tocar en el enorme auditorio, hay un tío que podría con toda tranquilidad meterle el guantazo que sus padres debieron darle hace mucho tiempo. Se limita a reír socarronamente y luego él también sube al escenario y se instala delante del piano.

Lo habría apostado.

Los músicos empiezan a afinar sus instrumentos, Pierre no sé cuántos habla con el director de orquesta mientras me mira, me quedan unos segundos para decirle algo a esa tía.

—¿Qué tal?

Por respuesta la chica levanta una ceja enfadada, y me recuerda que soy el peor ligón de la historia.

—Siento lo del otro día —digo sonriendo—. No quería ser desagradable.

—Pues lo haces muy bien.

—La experiencia...

—Y estás orgulloso además.

—No, pero yo no tengo la culpa: en cuanto hay un gilipollas, va a por mí.

La chica, a su pesar, esboza una sonrisa.

—Así que soy una gilipollas.

Coño, si quisiera hacerlo a propósito, no lo conseguiría.

—¡No, claro que no! Hablaba de los gilipollas en general, como tu amigo Sébastien.

Cada vez peor. No sé qué me pasa. Como no tengo nada que perder, sigo echando leña al fuego, solo para saber a qué atenerme.

—Si es tu chico olvida lo que acabo de decir.

—No es mi chico.

—Me parecía. Como se os ve tan unidos...

—Él ya querría, pero ni cuando las ranas críen pelo.

—Eso me tranquiliza. Por ti, lo digo. ¿Es tan gilipollas como parece?

—Más aún.

El famoso Sébastien, como si pudiera oírnos, me echa una mirada asesina —otra pose más que ha debido de ensayar delante del espejo—. Hay que decir que, de pronto, se han invertido los papeles. Me imagino en su lugar, solo en la tarima, mirando a un tío charlar con la chica de mis sueños, y tengo que contenerme para no guiñarle un ojo.

—Ni siquiera nos hemos presentado. Mathieu.

—Lo sé. Anna.

—¿No tienes apellido?

—No, me criaron unos lobos.

Es la primera vez que alguien me hace reír así.

—Hicieron un buen trabajo.

—Adulador.

—¡Te das cuenta de que no siempre soy desagradable!

—Me cuesta creerlo.

—Vale, tienes razón, pero tengo otras muchas cualidades.

—Ya he visto —responde la chica, con su maldita sonrisa—. Ha sido magnífico lo de antes. De verdad. Creo que nunca he oído a nadie tocar así.

Hace falta ser un tremendo idiota para quedarse en blanco justo en el momento en el que me suelta un cumplido, pero así son las cosas, yo no puedo hacer nada. De tanto dudar entre un agradecimiento o una maldita pulla, no me sale nada y alguien la llama porque el ensayo va a empezar.

—Tengo que irme —me dice la chica, como excusándose.

Yo le respondo «vale», aún no he acabado de ser un imbécil, pero, en el momento en el que se dispone a unirse a los otros, el último arrebató del condenado me empuja a pararla.

—¿Nos tomamos un café luego?

—No puedo —responde la chica, haciendo un gestito a los que la esperan—. Tengo que irme pronto, organizo una fiesta por mi cumpleaños... ¡Pero ven si quieres! Habrá un montón de gente maja.

—Vale... ¿Dónde es?

En el momento en el que la chica saca el móvil, se me acelera el corazón. Esta vez, ¡allá vamos!

—Te lo envío todo por SMS. Dame tu número.

Si yo fuera Sébastien, creo que bajaría de la tarima inmediatamente con un bate de béisbol.

Hace mucho tiempo que las farolas se han ido estropeando una a una y a todo el mundo le importa un bledo. Cuanto más tiempo pasa más terreno gana la oscuridad. Se apagó la luz anaranjada que nos hacía caras de cadáveres, dentro de no mucho tiempo nos hundiremos en las tinieblas como vampiros. Yo lo encuentro bastante simbólico, pero a nadie parece preocuparle, aparentemente nos acostumbramos a todo. La gente entra en su casa con la luz del móvil, en una atmósfera apocalíptica, solo faltan los zombis. En verano aún tiene un pase, pero cuando se acortan los días y las farolas se espacian, la noche nos traga poco a poco. Yo nací aquí, me conozco de memoria cada rincón, y, aun así, me ponen un poco nervioso esas zonas oscuras entre dos puntos anaranjados. Cualquiera puede esperarte en una esquina oscura y los coches en el aparcamiento

solo son fantasmas.

Tengo que decirle a David que vuelva antes.

A pesar de eso, nunca hubiera creído que la farola de nuestro banco también acabaría por reventar. Si no fuera por las brasas de sus cigarrillos, Kévin y Driss serían completamente invisibles.

—¡Coño, aquí no se ve nada!

—Mat, ¿eres tú?

—No, soy tu primo el de Los Ángeles.

La risa de Driss me permite situarlo a la derecha.

—Es verdad que no se ve nada de nada. Vamos a tener que cambiar de banco.

—Tú estás chalado —interviene Kévin—. Antes prefiero trepar a esa puta farola y cambiar la bombilla.

—Pues venga, ¡hazlo!

—¿Cuánto me das si lo hago?

Mientras me acerco, acabo por distinguir sus caras y la gorda cadena dorada que Kévin lleva al cuello. La sopeso, es auténtica.

—¿De dónde has sacado eso? ¿Has vendido los chismes de la rue de Prony?

—Ajá. Y tengo tu parte.

Saca del bolsillo un fajo bien enrollado, que rechazo empujando su mano.

—Déjalo, no lo quiero.

—Ey, tío, ¿qué dices?, ¿no lo quieres? ¡Bien que te lo has ganado!

—Es una forma de hablar... Mi madre está completamente paranoica desde el juicio. Si lo encuentra, estoy muerto.

—Ay, qué mono... No quiere darle disgustos a su madre.

—Básicamente, no quiero líos.

Miro la hora en el móvil y hago un rápido cálculo: para no llegar tarde al cumpleaños de Anna, hace tiempo que debería haberme ido a cambiar. Y discretamente, porque si se enteran de que voy a una fiesta no me dejarán en paz.

También Kévin mira su teléfono, que le ilumina la cara de todos los colores.

—Tienes que encontrar algún modo para justificar tus entradas de pasta, tío, porque el próximo golpe va a ser bueno.

—¿Qué próximo golpe? —grita Driss, con los ojos brillantes en la oscuridad—. ¿A mí nunca me avisáis?

—Estaba esperando a Mat.

Supongo que en la oscuridad no se ve, pero la cara que pongo dice mucho sobre las ganas que tengo de seguir con esta conversación. No solo es que no tenga intención de jugar a la ruleta rusa con mi futuro, sino que, además, en este momento, lo único que me importa es saber qué puedo ponerme para el cumpleaños de una chavalita a la que le sale la pasta por las narices. Podría ser el pantalón vaquero negro, si está limpio, y la sudadera de Gucci, que parece auténtica. La única colonia que me queda —David me jodió el final del Acqua di Giò— es una cosa que lleva años dando vueltas por el cuarto de baño en una caja roja y negra, que apesta a dulzón a kilómetros.

—¿Adónde vas? —pregunta impaciente Kévin—. Os tengo que poner al día... Es el plan supremo, un golpe tranquilo, riesgo cero.

—No tengo tiempo, debo ir a dar de comer a mi hermano. Y ya te dije: yo he terminado con esas gilipolces.

—Mat, ¡no iras a rajarte! Currar ocho horas al día por un jornal de mierda, eso es una gilipollez.

—Puede ser, pero eso nunca ha mandado a nadie al talego.

—¡Pero si te estoy diciendo que no hay ningún riesgo! ¡No es en casa de nadie! Es un almacén, en la zona industrial, que ni siquiera tiene vigilancia.

—Vale, pues daros vosotros el gusto. Yo he acabado con todo eso.

Driss se muere de risa sin ningún motivo; generalmente por eso nos damos cuenta de que se ha fumado un peta de más.

—¡Anda, coño, le ha pillado el gusto a la fregona!

—Le vamos a llamar Mister Proper —dice Kévin.

Mister Proper no contesta porque empieza a estar hasta los cojones y no tiene ganas de entrar en ese tipo de discusiones. Pero Driss no tiene ninguna intención de dejar correr el tema. Se baja del banco para ir tras de mí, soplándome su retahíla en la oreja. Bajo la luz anaranjada de la farola más cercana, sus pupilas parecen tan dilatadas que ya no tiene expresión.

—Venga, Mat..., ¡deja de hacer el gilipollas! Necesitas pasta, ¿no?

—No sé si te has enterado, tío, pero estoy con la condicional.

—Y qué coño, ¡no van a cogernos!

—Déjame en paz, Driss.

—Venga, déjale —suelta Kévin, que se ha quedado en el banco—. ¡Desde que se dedica a limpiar los cagaderos de los burgueses, se ha vuelto como ellos!

Sigo caminando sin darme la vuelta, con Driss pegado a los talones.

—Te divierte pasar la fregona, ¿eh? —Empujo la puerta de mi edificio, que tiene otra vez el cristal roto. Seguramente los retrasados del tercero—. Mirándolo bien, es una buena carrera profesional. Sin paro ni necesidad de formación... —Para variar, el ascensor no funciona, y subo por la escalera—. ¿Y cuál es tu especialidad? Fregar suelos o limpiar baños. —Segundo piso y aún me sigue—. Pero no tienes por qué avergonzarte, siempre ha de haber gente que limpie. —Tercero—. ¡Eh, te estoy hablando, Mari Puri! —La sangre fría es como la barra de batería de un videojuego. Mientras te quede aunque solo sea un píxel, puedes encajarlo todo. Pero, en cuanto se pone en rojo, se acabó—. Eh, ¿me estás oyendo? —Me giro, Driss se ha pasado, lo agarro de una manera tan brusca por un costado de la camiseta de fútbol que oigo cómo se le rompen las costuras. Le hago un placaje contra la pared del hueco de la escalera; reconozco todas las asperezas de esa puta pared con la punta de los dedos. Por mucho que sea mi amigo de infancia, tengo que hacer de tripas corazón para no darle una hostia en toda la cara, dos veces, tres, hasta que se ponga a mear sangre. Tengo ganas de gritarle que si dice una palabra más, aunque solo sea una, lo mataré, pero prefiero callarme y apretar los dientes hasta que me duelan las mandíbulas—. Ya basta, ¿no? ¡Estás completamente pirado! —berrea al tiempo que me empuja.

El temporizador apaga la luz, pero me da igual, no sería la primera vez que subo a oscuras y eso me evitará excusas inútiles. No tengo nada que decir, a nadie. Me he levantado a las cinco de la mañana, me he pasado el día limpiando cristales, corrigiendo la separación de los dedos, tocando a Liszt delante de todo el mundo, apretujado en un vagón abarrotado intentando respirar y, ahora, tengo que sacar de mi armario medio vacío algo que se parezca a un conjunto decente para ir a la fiesta de cumpleaños de una tía a la que no puedo ni comprar un ramo de flores porque no tengo dinero.

Sabes lo que decía Cioran de la música?

La pregunta, que realmente no es tal, me saca bruscamente de mis pensamientos que vagabundean por entre los reflejos oscuros de mi vaso de vino. Creo que va dirigida a mí, porque todo el mundo me mira, con la benevolencia alcohólica del final de las comidas refinadas que se eternizan.

Y pensar que aún no hemos llegado al postre.

—Por supuesto que lo sabe —dice, partiéndose de risa, Marion, que se ha pasado una hora hablando de su vida como editora—. ¡Si es de música, él lo sabe todo!

—En cambio de fútbol...

—¡Ay, eso sí, de fútbol roza la incultura! ¿Eh, amigo Pierre?

—No se puede saber de todo.

Efectivamente, me hablan a mí. Todos al mismo tiempo. Y eso me molesta un poco, porque hace ya un rato que desconecté, pese al empeño que he puesto para disfrutar en esta mesa a la vez mundana y amigable. Me esfuerzo. Lo intento. Incluso he participado en la discusión sobre la pertinencia de la peatonalización de las vías rápidas de las márgenes del Sena. Pero las horas pasan y me anestesian la mente, apagan lo poco que he podido reactivar y hacen que lamente haber bebido solo un vaso. Y eso que estamos entre amigos, entre amigos de amigos, gente de la Ópera, un reportero de televisión, un periodista, una editora... Una mesa bonita, con buenos vinos, en la primera planta de un restaurante que me encanta, con vistas al Sena, a dos pasos de mi casa. Y, aun así, me aburro. Me aburro tanto que cuento cada minuto que pasa, sigo las luces de los *bateaux-mouches* y hasta jugueteo con las migas de pan. En esta interminable comida de adultos, tengo la sensación de haber vuelto a los doce años: sé formal, ponte derecho en la silla, responde a mami cuando te hace una pregunta.

Poco importa lo que nos haya llevado hasta Cioran, hago lo que me piden confiando en dar el pego. Con un poco de suerte, la cita me liberará del resto.

—Cioran decía que, en música, lo que no resulta desgarrador es superfluo. Y yo estoy bastante de acuerdo.

Antoine —al que le cuesta mucho hablar de algo que no sea su nuevo programa de arte— me pone una mano en el brazo, con una sonrisa borracha.

—Bonito. Pero yo no estaba pensando en esa cita.

— Tampoco vas a pedirle que lo cite entero —dice Marion, entre risitas.

—Y ¿por qué no? ¡Tú eres la que dice que lo sabe todo!

Tengo la sensación de que hacen todo lo que pueden para sacarme del letargo, porque me conocen, porque saben que es una de las primeras cenas desde el desastre y que la doble página de *Le Monde* me pesa mucho. Son amables. De verdad. Pero me gustaría tanto que se olvidaran de

mí, que no me trataran como a un objeto frágil, como a un niño al que hay que mantener continuamente entretenido.

Si estoy aquí es porque tengo que sobrevivir.

—Bueno, ¿a nadie se le ocurre? —continúa Antoine, dando vueltas al vaso—. Pues es la mejor. «Lo que la música despierta en nosotros es difícil de saber. Lo que sí se sabe con seguridad es que afecta a una zona tan profunda que ni siquiera la locura puede penetrar en ella».

—Estoy segura de que eso se aplica a todos los alumnos de Pierre —dice Marion, divertida.

—No solo la locura no puede penetrar ahí —añade el tipo de la Ópera, del que no recuerdo el nombre.

El haz luminoso de un *bateau-mouche*, frío, resplandeciente, llama otra vez mi atención hacia el exterior. Daría cualquier cosa por estar solo en el muelle, con las manos metidas en los bolsillos del abrigo, remontando el Sena hasta la explanada desierta de Notre-Dame. Me gusta mucho el principio del invierno y necesito respirar.

—Perdonadme —digo, al tiempo que me levanto.

—Ya está, lo tenemos hartos —deduce Antoine, alegre.

Yo le respondo con una sonrisa, dejo la servilleta en la mesa y me dirijo hacia el cuarto de baño lo suficientemente despacio como para disfrutar de cada segundo de soledad. Los oigo reír a mi espalda, soltarme bromas de colegiales, luego el ruido del comedor se impone. Los cubiertos tintinean, las conversaciones se mezclan, los camareros corren con montones de platos y la suavidad de la moqueta debajo de mis suelas me da la sensación de caminar sobre una nube.

Uno recupera fuerzas como puede.

—Al fondo a la izquierda, señor —me dice un camarero que no sabe que, de tantas veces que lo he hecho, podría encontrar el camino en la oscuridad.

La puerta se cierra tras de mí, ahogando el murmullo del comedor, y me veo solo delante de un enorme espejo, falsamente carcomido para que parezca antiguo. El secamanos zumba y el jabón aún gotea en el hueco del lavabo.

Tengo una cara...

Entra una mujer, me sonrío e invade mi último espacio vital. Así que me encierro en el retrete, me siento encima de la tapa de la taza y espero. Espero a que se vaya la mujer, a que pase el tiempo, a que transcurran los cinco o diez minutos que razonablemente puedo pasar aquí. Diez minutos no parecen nada, pero me permiten recargar las pilas. En la medida de lo posible. Con un panorama de mierda —sobra decirlo—, pero cada uno se las apaña con lo que tiene.

Una congestión interior ha sustituido a la calma, una mezcla enmarañada de trabajo, angustia, esperanza y pesadumbre. Los postres no tardarán. Ya no tengo hambre, me arrepiento de haber pedido *crêpes*. Pienso que podemos conseguirlo, que ya hemos ganado el Gran Premio a la Excelencia. Que Mathilde debería haber venido, que se va a volver loca de tanto dar vueltas a las cosas. Y espero que Antoine publique en las redes sociales la foto del grupo que hizo hace un rato, porque tienen que verme. Tienen que saber que aún estoy en activo.

Cuando cierro los ojos me da la sensación de que es peor, pero no he bebido, entonces saco mecánicamente el móvil, y recorro las aplicaciones. Gmail, no gracias, los mails me importan un bledo. La prensa, lo mismo. No tengo la cabeza para noticias, no aquí, en esta taza de váter, además el mundo gira muy bien sin mí. Me detengo un instante en un simulador de piano que durante un tiempo me entretuvo en el metro, pero también estoy hartos del piano. No se puede dar vueltas a lo mismo durante veinticuatro horas al día.

Así que hago una cosa absurda que nunca me hubiera imaginado hacer.

Abro la aplicación de crucigramas, aquí, en un cuarto de baño que huele a citronela química.
Montaña dantesca de diez letras.

Hago lo que puedo. Y francamente queda bien. Pantalón vaquero negro, deportivas negras, cazadora de cuero —falso— y la sudadera de Gucci para parecer un mafioso ruso, con un logo enorme que casi destella. He pensado en mangar la pequeña bandolera de Vuitton a David, pero me ha dado miedo que quedara muy de barrio. Y, además, solo con tocarla se sabe que ha costado veinte pavos en el mercadillo de Saint-Ouen. Tampoco me pongo gorra. Hasta me he peinado, algo que no ocurre nunca, para parecerme un poco a ellos.

Lo único que me preocupa es que la entrada parece vip y un portero vestido con traje negro mira a la gente de arriba abajo. Un portero en un bar, realmente es otro mundo.

Por décima vez, examino mi reflejo en el escaparate de una joyería, hasta tal punto que un tío sentado en una *scooter* me mira de reojo. ¿Qué piensa que voy a hacer ese gilipollas? ¿Romper el escaparate a cabezazos y largarme con una especie de collar de perro de veinte mil euros que destaca en un expositor? Ni aunque me lo encontrara en el suelo conseguiría endilgarlo por diez pavos.

Es un barrio raro, completamente desierto, lleno de tiendas de lujo, pero no he visto ni una panadería, es como para plantearse si esta gente come diamantes para desayunar. Aquí no hay nada, al margen de las verjas cerradas del Jardín de las Tullerías, tiendas de diseñadores y coches que harían llorar a Kévin. Ferrari, Maserati, Lamborghini; siempre que acaben en «i» y cuesten lo mismo que un piso, vendería a su madre sin dudarle. Venga, le hago una foto, para fastidiarlo un poco.

Mierda, el portero me ha visto. Espero que no sea el coche de alguien.

De todos modos, ya basta de perder el tiempo, ha llegado el momento de entrar en ese bar supuestamente agradable, como acaban de hacer tres tipos con americana y mocasines. Esto no va a ser fácil.

—Buenas noches —dice el enorme negro de traje, que me mira como a una mierda pegada en su zapato.

—Buenas.

Hago como que voy a pasar por delante de sus narices, pero me para con un gesto. En vista de la anchura de su espalda, no le llevo la contraria y algo me dice que no le gustaría que le llamase hermano, primo o gordo.

—Esta noche hay un evento privado —sigue, mientras me examina la ropa con el rabillo del ojo—. ¿Estás en la lista?

Imaginaria, la lista, porque no lleva nada en la mano.

Vale, ya conozco la excusa de la fiesta privada, me la han puesto en todas las discotecas de París.

—No, pero la fiesta la organiza una amiga mía, por su cumpleaños.

—¿Cómo se llama esa chica? —pregunta el portero fingiendo mirar el teléfono.

—Anna.

—¿Anna qué más?

Me va a resultar complicado decirle que la criaron unos lobos.

—No lo sé, vamos juntos al Conservatorio... Estoy en su clase.

Como siempre, mientras este gilipollas me toca las pelotas, los otros pasan sin que nadie les pregunte si están en la lista. Entre ellos, dos tíos buenos de treinta y cinco, cuarenta años, con unos vaqueros tan ajustados que están a punto de estallar y unos horribles zapatos marrones. Hablan un extraño idioma, sueco u holandés. Así que, si estos tíos van al cumpleaños de una tipa del Conservatorio, yo soy el Papa.

—Perdona, pero aquí entra todo el mundo. ¿Me pasa algo a mí?

—Están en la lista.

Eso es, estás tomándome el pelo.

—¿Es porque llevo deportivas? El tipo que acaba de pasar llevaba unas Converse.

—Te digo que esta noche el acceso es privado. Así que o llamas a alguien para que te meta o te largas, ¿de acuerdo?

El tío empieza a acercarse peligrosamente, siempre muy educado, sé perfectamente que no dudará en echarme fuera con una sola mano, porque debe de pesar unos ciento veinte kilos. Retrocedo *motu proprio*, bajo los dos escalones porque la acera ya no es del puto bar privado de ese gilipollas y saco el móvil. Por supuesto, Anna no contesta. Debe de estar al fondo de un salón blindado del mundo, con la música, gente gritando, gente bailando, y, a lo mejor, tiene el móvil en el fondo del bolso.

Milagrosamente, llegan dos tías con vestiditos negros y una bolsa de regalo de Zara.

—¡Hola! ¿Venís al cumpleaños de Anna?

—Eh... Sí.

—¿Puedo entrar con vosotras? El gilipollas del portero no me deja pasar y Anna no coge el teléfono.

Las chicas se miran, con desconfianza, como si me dispusiera a entrar con una bomba. Yo entrebro la cazadora, para que se vea bien la doble G de Gucci, pero eso no parece tranquilizarlas.

—Vale. ¿Por lo menos podéis decirle que estoy aquí? Mathieu, del Conservatorio.

Otro intercambio de miradas preocupadas, imagino que ellas también van al Conservatorio y que no me han visto jamás en su vida.

—De acuerdo —dice la más morena de las dos, después de echarle una mirada furtiva al portero—. Se lo diremos.

—Gracias.

Las chicas desaparecen y el perro guardián acaba por bajar los dos escalones para decirme que no puedo quedarme ahí. Tengo ganas de contestarle que él no manda en ese trozo de acera, pero me da miedo empeorar las cosas, así que cruzo y me quedo dando vueltas en la acera de enfrente.

Y espero.

Diez minutos.

Quince.

Si esas dos imbéciles le hubieran dado el recado, Anna ya habría tenido tiempo de venir a buscarme diez veces. O a lo mejor no la han encontrado. O a lo mejor está ocupada apagando las velas de oro en ese bar de ricos, bajo una lluvia de billetes de quinientos. En cualquiera de los

casos, no voy a pasarme la noche aquí, en este barrio de mierda, andando de un lado a otro de la calle, como un perro al que han sacado para que haga pis. Si tuviera interés en verme, habría mirado el móvil. La he llamado cuatro veces, coño. Me he tragado el cercanías y el metro y la humillación, y ese olor dulzón que aún me da náuseas, porque pensé que eso era mejor que ir sin ningún perfume. Me equivoqué. Esta cosa huele espantosamente. Pero, sobre todo, no tendría que haber salido de casa; debería haber visto una peli y haberme quedado en mi sitio, con mis amigos, con los pobres, en un barrio donde no se venden collares de perros por veinte mil pavos.

Nunca he visto un combate de boxeo. Nunca he hecho deportes de contacto, nunca me he enfrentado a nadie más que con palabras. Solo tengo una ligera idea de lo que podría sentir un gladiador antes de salir al circo. Pero seguramente debe de parecerse a lo que siento hoy. Solo me falta la bata con mi nombre bordado a la espalda, el murmullo de la multitud que va en aumento y el olor agrio de los vestuarios.

Bajo los fluorescentes del pasillo, me concentro en la respiración. Uno a uno, una y otra vez, desarrollo mis argumentos. Lo más fríamente posible. Sé lo que voy a oír, conozco sus defensas, habrá que esquivarlas. No permitir que sus emociones me dominen ni me invadan. No decir yo, sino nosotros. No hablar de posibilidades, sino de solución. Aspecto zen. Apaciguado. Inquebrantable. Todo lo que yo no soy, pero tengo que parecer.

Llamo a la puerta.

Entro.

Me doy cuenta de que soy el último.

Para una reunión considerada informal, Ressigeac no ha hecho las cosas a medias. Con el fin de buscar apoyos ha convocado a todos los profesores de música, o casi, y, como a él le encantan las formalidades, ha imprimido sus inevitables «memorandos» y los ha colocado delante de cada silla con una botellita de Evian. Nunca he entendido como ese sujeto acabó en el mundo de la música.

—Buenos días a todos —dice, al tiempo que abre una carpetilla de cartulina—. Antes de pasar al orden del día, tengo una excelente noticia que anunciaros. —Yo saco las gafas. El tema que me interesa, «designación del candidato al Gran Premio a la Excelencia», está en tercer lugar, después de dos tonterías que me darán tiempo para tomar la temperatura a la sala. A juzgar por los intercambios de miradas, o soy un paranoico o están al acecho. Han visto que llego con las manos vacías, por una buena razón, Mathieu Malinski nunca ha tenido un dossier. Mi candidato no solo es invendible sino que ni siquiera existe—. Todos conocéis a Alexandre Delaunay, del Conservatorio de Burdeos —continúa Ressigeac, muy orgulloso—. Va a hacernos el honor de venir a visitarnos el próximo mes. —Todo el mundo me mira. Por supuesto. Se han oído muchas cosas, muchos rumores. Delaunay nunca ha ocultado sus ambiciones parisinas y mi caída anunciada lo atrae como a un buitre. Delaunay seducirá, prometerá, sellará alianzas y copará las cenas sociales. Entrará en el circo. Y no se me olvida que alguien de esta mesa ha iniciado el combate traicionero con la doble página en *Le Monde*—. Cuento con todos vosotros para que hagáis de anfitriones de la casa —prosigue Ressigeac, deteniéndose en mí—. No tengo que deciros que es un personaje en ascenso. Y estoy seguro de que este intercambio será muy enriquecedor, para nosotros y para él. —A modo de respuesta, me quito las gafas con un aire de falsa indiferencia que solo me engaña a mí. No me gusta el modo en que ha empezado la reunión y mi espíritu combativo de gladiador vacila sobre sus débiles cimientos—. Volveremos a hablar de esto —finaliza Ressigeac—.

Mientras tanto, pasemos al orden del día. —A las tonterías. Eso me permite buscar la mirada de la Condesa, que tiene las manos cruzadas encima del currículum de Sébastien Michelet. Mientras la Condesa me dirige una sonrisita, pienso que he sido un cobarde, que tendría que haberle contado mi secreto, para evitar que le caiga de lleno la bomba que me dispongo a soltar. Objetivamente, no tengo nada contra ese alumno, con bastante talento, con un futuro completamente trazado. Pero no está al nivel. Lo aplastarán. Necesitamos savia nueva, energía, alguien que ponga patas arriba los códigos de esta vieja casa. No tengo ninguna duda. Ninguna. Y, aunque la tuviera, sería demasiado tarde—. Así que vamos al tercer punto de esta reunión informal: el Gran Premio a la Excelencia. Los dossieres se entregan un mes antes del concurso, pero nuestro candidato debe estar perfectamente preparado. —Me late el corazón más deprisa, porque los minutos que siguen abrirán, o cerrarán, el camino de Alexandre Delaunay hacia mi sillón—. He pedido a Pierre decidir yo el candidato este año... Y no voy a ocultar que nos jugamos más que nunca.

—Eso sin duda —asiente Pajot, el profesor de violín, que me odia desde que intenté que revisara sus métodos pedagógicos.

Esas tres palabras contienen toda la hostilidad y todas las convicciones que planean por encima de esta mesa.

—En mi opinión —continúa Ressigeac—, nuestra mejor apuesta es indudablemente Sébastien Michelet. Para los que no lo conozcan...

—No será Michelet.

La mirada gris de Élisabeth se oscurece como un cielo tormentoso. Lo sabe. Yo sé que lo sabe.

—Ah, vaya —dice Ressigeac con una mueca—. ¿Quién entonces? No me digas que has vuelto a la pequeña Pieters.

—No. Será Mathieu Malinski.

—Malinski... No he visto su dossier.

—Normal, porque no lo tiene.

El murmullo de indignación que recorre la sala me hace casi sonreír. Sacrilegio. Todo el mundo ha oído hablar del pequeño prodigio que he colocado bajo mi manto y la *Rapsodia húngara* ha recorrido toda la casa. Pero nadie se atrevería a imaginar lo inimaginable, el crimen de lesa majestad.

Se alzan unas exclamaciones horrorizadas, como si hubiera prendido fuego al edificio.

—Espera —dice Ressigeac, al tiempo que levanta un brazo para imponer silencio—. Estamos hablando del chaval que has metido en el servicio de mantenimiento, ¿es eso?

—Eso es.

—¡Bueno, Pierre, es ridículo! ¡No puedes presentar a un alumno sin título al concurso! ¿De verdad crees que es el momento de jugar con fuego?

—Vamos a quedar como unos payasos —añade Pajot, pero nadie lo escucha.

—Resulta que es el alumno con más talento que he tenido en treinta años de carrera. Élisabeth puede atestiguarlo.

Élisabeth se queda alucinada y su mirada asesina me hace presentir lo peor. Sin su apoyo mi golpe de Estado nunca triunfará.

—Tiene talento —admite Élisabeth a regañadientes—. Difícil de manejar pero con talento.

—¿Más que Michelet? —pregunta Ressigeac.

—Sí. Pero el talento no lo es todo.

El jefe se deja caer en la silla, con un suspiro de agotamiento, como el de un padre decepcionado con las notas de su hijo.

—¿Te das cuenta de lo que propones, Pierre?

—Sí, perfectamente. Mathieu Malinski es nuestra única oportunidad, y digo bien, la única, de hacernos con el Gran Premio. Quizá sea menos fácil de preparar que otros, pero tiene una sensibilidad increíble, un inmenso potencial con el que un alumno plano como Michelet jamás podrá soñar.

—Hasta ese punto.

—Sí, hasta ese punto. Todos los que lo han oído tocar te lo dirán.

Cada uno empieza a dar su opinión, con un ruido terrible, lo que me da tiempo para echar una mirada suplicante a Elisabeth. Pero la Condesa se limita a enarcar las cejas, porque no es de esas a las que se les puede imponer las cosas.

—Siempre he confiado en ti, Pierre —dice Ressigeac suspirando—. Pero ahora vamos directos al fracaso.

—Es lo menos que se puede decir —aprueba Pajot.

Dejo que se instale el silencio para permitir que crean en una fácil victoria, pero yo no he dicho mi última palabra. Para convencer a Ressigeac no hay que hablarle de música, igual que no se le recitan poemas a un banquero.

—Tú eres quien decide, André. Pero, ganemos o perdamos, la presencia de Malinski en el Premio a la Excelencia dará que hablar de nosotros más que nunca. Hace años que presentamos candidatos que no despiertan más que indiferencia, me parece que un poco de repercusión no nos haría daño.

—Eso es verdad —admite Ressigeac—. Podría ser la comidilla.

«Comidilla». Ressigeac es único utilizando esa espantosa expresión.

—Los tiempos cambian, la gente está harta de ver siempre las mismas caras. Mathieu Malinski es un perfil atípico, un chaval de barrio que nunca ha ido por la línea recta, que curra desde los dieciséis años, se viste como un adefesio, se expresa como un adolescente y toca como Mozart.

Ese nuevo sacrilegio provoca alaridos de indignación, pero la media sonrisa de Ressigeac me hace entrever la luz al final del túnel.

—Estoy contigo en un punto —acepta—. Con semejante candidato, apareceremos en todas las redes sociales y hasta en la prensa. Es un arma de doble filo, pero buena.

—Pero buena, como tú dices. Merece la pena intentarlo, ¿no? En el peor de los casos será otro fracaso más y todo el mundo sabe que seré yo quien pague los platos rotos.

Sin prestar atención a los gruñidos de los que siguen protestando, Ressigeac asiente, pensando ya en todo el provecho que podrá sacar de mi causa perdida. He ganado. Quizá estoy haciendo la mayor estupidez de mi vida, pero he ganado.

—¿Y quién va a preparar a ese prodigio tuyo?

—Elisabeth. Si ella está de acuerdo, por supuesto. —Imposible interpretar la mirada glacial de la Condesa, pero el tamborileo de su uña en la ficha de Michelet traiciona su conflicto interior. Sabe que si yo caigo, si me arrastran por el barro, mi caída la salpicará durante mucho tiempo—. Nadie lo formará tan bien como ella —digo, esperando que ceda—. Ya ha empezado y ha hecho considerables progresos.

—Salvo que solo tiene tres meses. Tres meses desde hoy, para preparar a un perfecto extraño para el Premio a la Excelencia.

—Será más que suficiente.

Ahora le toca a ella tomar una decisión. Y yo sé que, si no fuera por mí, elegiría a Michelet con los ojos cerrados.

—¿Élisabeth? —pregunta Ressigeac.

—Y por qué no —responde sin mirarme—. Es un reto.

Con una mano un poco febril, destapo la botellita de Evian y esa agua fría me da la sensación de renacer. Ya está, esto es lo que siente un boxeador en el último *round*, cuando el árbitro le levanta el brazo bajo las aclamaciones de la multitud. Una mezcla de alivio y euforia y de lo que le queda de rabia.

Solo falta un detalle: convencer a mi campeón para que él entre en la arena.

Gente, ruido, humo y esta espantosa música. Siempre he odiado este lugar, al contrario que mis alumnos que se amontonan aquí día y noche, pasando de la cafetería del Conservatorio. No sé qué le ven, solo suciedad, pero, después de todo, yo era igual a su edad. También frecuentaba los siniestros bares con maquinitas para jugar, fumando un pitillo tras otro y cambiando el mundo con mis compañeros. Por otra parte, no quería una cita, otro cara a cara en mi despacho. Quería que, por una vez, se sintiera cómodo, en un lugar que nunca ha intimidado a nadie.

—¿El Gran Premio a qué?

—A la Excelencia.

Sumergiendo un cuarto terrón de azúcar en la taza, mi pequeño prodigio me gratifica con una sonrisa divertida.

—¿Y eso qué es?

—Un concurso. El acontecimiento más importante del año, que recompensa a la joven promesa del piano de todas las escuelas.

—Esto va en serio.

—Por supuesto.

Esta vez, el chico se ríe a carcajadas, y lo comprendo, porque, cuanto más tiempo pasa, menos entiende lo que le sucede. Dejo transcurrir unos segundos, lo suficiente para dar un sorbo al café, para que la nueva información se cuele por el campo de minas que lo separa de sus emociones.

—¿Y cuándo me toca el Premio Nobel de Química?

—Empezaremos con el piano.

Un quinto terrón se une a los otros, de una manera tan mecánica que pienso que no los cuenta. Y a duras penas puede detener su mirada, cargada de una inmensa incomprensión, en algún sitio.

—Basta de bromas, hay que parar con esto. Ya se me hacen cuesta arriba las clases de solfeo, no soy capaz de leer una partitura...

—Trabjará. Lo importante es su plus añadido, Mathieu. El talento, la facilidad. El instinto. No es fácil ponerle un nombre, pero puedo decirle que muchos músicos profesionales no tienen ni la mitad de su potencial.

—Guay. Estoy muy contento.

Su ironía, infantil y crispante, prevalece, pero no tengo ninguna intención de dejar que se deslice al otro lado del espejo. La complacencia tiene un tiempo limitado.

—Ahórreme ese tipo de reacciones, Mathieu. Si no le interesa, me lo dice y ya no perderé más tiempo con usted.

—Ah, vale. ¿Esta vez no es esto o la cárcel?

—No. El Gran Premio a la Excelencia es una enorme oportunidad, cinco recitales pagados como broche final y una gran repercusión internacional. ¿No quiere ni oír hablar de eso? Otro participará en su lugar.

El argumento le quita la máscara, porque se da cuenta de que estoy al límite de mi paciencia y de que ya no voy a suplicar. Si este imbécil prefiere entrar a robar en pisos acomodados durante toda su vida, no seré yo quien se lo impida. Por más que me haya jugado mi carrera en este concurso, no sacrificaré el orgullo que me queda.

—Vale, está bien, no hay por qué enfadarse. Póngase en mi lugar: usted aparece aquí con ese concurso...

—Ya sé que esto le viene muy grande, como todo lo demás, pero ya es hora de que comprenda que esta es la oportunidad de su vida, Mathieu.

—¿Pero coño, yo no tengo ese nivel! Todo el mundo se reirá de mí en la cara.

—No si trabaja. Tenemos tres meses por delante; es poco, pero, si echa el resto, ganará ese concurso.

—¿Haciendo qué?

—Preparándose. Asistiendo a clase. Se acabaron los trabajos de servicio a la comunidad, se pasará el día delante del piano. Salvo que de verdad le guste limpiar, pero eso me extrañaría.

Otra vez, la duda oscurece su cara como una visera de metal.

—No entiendo.

—¿Qué es lo que no entiende?

—¿Por qué yo...? ¿Por qué hace esto? ¿Qué gana usted?

—Lo mismo que usted: el Gran Premio a la Excelencia.

Después de un breve titubeo, vuelve a sonreír.

—¿Porque no hay nadie mejor que yo para ganar el concurso? ¿En todo el Conservatorio?

—A usted le toca demostrármelo —digo, al tiempo que me levanto.

Pero, cuando meto un billete debajo del platito, una terrible duda lo fulmina como un rayo.

—¿No será la Condesa la que me dará las clases?

—Sí. Y eso también es una suerte.

Me abrocho el abrigo, con la lana ya impregnada de olor a tabaco. Ahora es él quien me va a dar la respuesta y mi papel consiste en no perder ese aire de indiferencia que funciona admirablemente con Mathieu. Pase lo que pase, he llegado a mi límite en esta atmósfera viciada, con un ruido ambiente que empieza a desgastarme los nervios. La pantalla de la tele encima de nuestras cabezas, el tipo que grita en rumano al teléfono, los tres estudiantes que bromean, ya no puedo más.

—¿Entonces?

—No sé... ¿Puedo pensarlo? ¿O quiere que se lo diga ahora mismo?

Esa respuesta inesperada tiene el valor de ser la respuesta de un adulto.

—Piénselo. Mañana me lo dice. Pero, cualquiera que sea su decisión, será definitiva.

—Por supuesto.

Se levanta, me tiende la mano y, por primera vez desde que corrí detrás de él en el andén de la estación, se libera de su pose de gallito. Pero el momento de gracia solo dura un segundo, porque la guapa violonchelista de tercero acaba de entrar y, como parece que se conocen, Mathieu Malinski vuelve a convertirse en James Dean. El gesto malhumorado, la mirada dura, los hombros encogidos, un auténtico perro ladrador. Espero a salir por la puerta para sonreír, porque es *eso* lo que quiero presentar al Gran Premio a la Excelencia. La sala Gaveau vestida de gala. Espero que acepte, solo por ver la cara de los miembros del jurado.

He tardado un poco en responder al mensaje. Un buen rato. A lo mejor una hora.

¿Estoy soñando o antes, en el bar, estabas enfadado conmigo?

No, nada de eso

¿Estás seguro?

Sí

Pues cómo debe de ser cuando estés enfadado 😊

Ignoro la respuesta y el emoticono sonriente y sigo con un largo silencio, porque la rabia no se ha apagado. Sí, es muy maja con los mensajitos, pero ni siquiera se ha dignado decirme ni una palabra de disculpa por lo de ayer, como si fuera normal, como si le hiciera gracia invitarme a una puta fiesta en la que no dejan entrar a los pobres. Cuando nos cruzamos hace un rato, va y me suelta: «Vaya, ¿al final no fuiste?», y luego se extraña de que no quiera tomar un café con ella. Eso es lo bueno de los ricos, que no dudan de nada.

Tendría que haberle dicho que ella no estaba en mi lista.

Y mientras espero, paso el aspirador. En mi casa. Después de estar todo el día limpiando. Con la espalda fastidiada, el cansancio, la rabia y las manos muy secas de tanto escurrir la fregona. Mira por dónde, eso le haría gracia a Driss. Las manos de pianista de Sébastien Michelet no han debido de mojarse demasiado con productos para la mierda. Pero no voy a dejar que mi madre lo haga todo ella sola, su único día libre, después de haber echado la bronca a David porque ha sacado un 3 en mates. Si yo fuera ella, si yo fuera nosotros, dejaría todo tirado y me pondría a ver la tele con una cerveza, pero ella no deja nada, porque nosotros estamos aquí, porque nunca ha querido tirar la toalla. Un día, mi madre se derrumbará. Me toca las pelotas oírle decir que descanse, a ella que se mata a trabajar, como si fuera normal que vuelva a casa de ese hospital que apesta a éter y muerte, para ponerse a limpiar esta vieja casa con el polvo incrustado. Llega un momento en el que el polvo no se va, forma parte de los muebles. El polvo ennegrece los rincones, pasa en partículas por encima de las puertas. El aspirador se agarra a la moqueta vieja, tan aspirada que ya no le queda color, y las huellas largas que deja detrás parecen arañazos.

Estoy reventado, joder.

Y, cuando estoy reventado, hago chorradas. Como no responder a esa tía que me envía mensajes, a mí, cuando todos los tíos de este mundo darían un riñón por tomarse un café con ella. En el fondo, sé perfectamente que ella no tiene la culpa, que no puede adivinarlo, que nunca ha estado en la piel de un tío al que el portero echa porque no se llama Charles-Antoine.

Así que apago el aspirador y saco el móvil para no volver a perderla otra vez.

Vale, a lo mejor estaba un poco enfadado

Está bien, eso le pasa a todo el mundo

¿Ah sí? 😊

¿Un mal día?

¡Coño, de verdad no sospecha nada!

No, una mala fiesta

Ya ves, itendrías que haber venido a la mía!

¿Lo dices en serio?

Pues claro. Cuando salí vi tus llamadas
No quise llamarte a las 2 de la madrugada
Era un poco tarde 😊

Entonces, las gilipollas de sus amigas no le dijeron nada. No es que eso me extrañe, pero me enfurece.

¿Qué excusa tienes? 😊

Odio esta clase de momentos, los callejones sin salida en los que te encierras tú mismo, cuando todas las vías de escape son malas. Tengo que elegir entre mentir, fingir que pasé la noche en otra fiesta, que no me hace falta la suya, ni ella, ni nadie o quedar en ridículo diciendo la verdad.

Estuve en tu fiesta
No pude entrar
El pitbull de la entrada me echó
No estaba en la lista
Pero fue divertido
Estuve mirando escaparates
Ví un supercollar de perro por 20.000 pavos
Habría sido un regalo bonito

iiiAy, no!!! 😞

Los tres signos de exclamación y el emoticono de la cara triste, está exagerando; me arrepiento de haber elegido la verdad. Lo único que me faltaba es darle pena.

¿No qué? ¿No te gustan las joyas?

Eres tonto 😊

Me lo dicen a menudo

iLo siento mogollón, Mathieu!
Tendría que haberte llamado
Pero era muy tarde
Además, estaba segura de que me habías llamado
para decirme que no ibas
¡Qué desastre!
iiiNi siquiera sabía
que controlaban la entrada!!!

Un poco más y me dice que no vio al pitbull de ciento veinte kilos con traje negro.

Pasa de todo, tampoco vamos a estar toda la tarde con eso

¡Me siento muy imbécil!

Ya puedes 😊

Mi primera carita sonriente. Esto entierra el hacha de guerra y me da una ligera sensación — muy ligera— de poder.

¿Qué puedo hacer para compensarlo?

El año que viene tu cumple en el McDonald's

Su respuesta —tres caritas muertas de risa— me lleva a imaginarla en su habitación, de tres metros de altura, chimenea, molduras, como la de la rue de Prony, pero sin las figuritas de Marvel. Una gran cama y una gran ventana. No sé por qué, la imagino sonriendo al móvil, tumbada boca abajo, descalza, con una camiseta blanca recogida al final de la espalda. Una foto de publicidad de tarifa plana de la Sociedad Francesa de Radiotelefonía. Es posible que vaya con chándal en el metro o esté sentada a la mesa en casa de su abuela, pero me importa un pito, la imaginación es gratuita y libre de derechos.

¿Y si te invito a cenar?

La pregunta, inesperada, me sube el ritmo cardiaco como cuando tenía catorce años y veía a Camille Lebert, la chica que me volvía loco y que siempre pasó de mí. Tengo que confesar que yo nunca le entré.

Depende del restaurante

Pizza, conozco uno, vas a alucinar

Con una publicidad así, me interesa

¿Esta noche?

Esta tía tiene algo, además del culo y la sonrisa, que me deja patidifuso. Me gusta mucho esta sensación, no saber nunca a qué atenerme, porque normalmente soy más bien yo el que maneja el cotarro. Y eso también me pone furioso, porque tengo el papel del perdedor, frente a la princesita que lo tiene todo. Quasimodo. Hasta David, en la época en la que le poníamos pelis de Disney todo el rato, se creía Febo porque le molaban su ropa y su espada.

Vale

Vale. Acabo de llegar a casa después de un día de curro, después de dos horas de solfeo, me falta pasar el aspirador a dos habitaciones y ya estoy como un zombi. Pues me importa un comino, voy a cenar con ella, y eso hace que suba mi barra de batería cada segundo que pasa —dentro de un minuto, estará al máximo—. Solo falta que mi sudadera de Gucci aún huela a detergente, que mi madre quiera acabar de pasar el aspirador y que David repase solo sus jodidas lecciones de mates que nos han valido un 3. Si se me dieran bien las mates, lo sabría desde hace tiempo. Además, qué mierda, pueden arreglárselas sin mí, comprender que no puedo pasarme la vida limpiando, aunque eso sea lo que ha hecho mi madre desde hace diez años.

—¡Voy a salir! —digo al pasar, pero nadie me escucha, porque están de bronca por el 3 sobre 20.

Delante del espejo del cuarto de baño, me veo pálido y peinado como una escoba, y eso sin mencionar el grano que me está saliendo en mitad de la frente. Pero aún tengo los ojos azules, manejo bien la risa sarcástica y sé que le gusto. Va a salir bien. Nada de perfume esta noche, ya tengo bien pegado a la ropa el olor dulzón, pero sí un poco de fijador —que le mango a David— para darle movimiento al flequillo. Me veo bien, francamente. La cazadora me da buena imagen, *cool*, un poco de chico malo, seguramente es lo que le gusta de mí. El único problema es la pasta. No sé dónde está esa pizzería, en la rue des Cannettes o yo qué sé, pero me parece que va a costar un Congo, eso además. Y, como estoy sin blanca desde hace tiempo, mi único recurso es la hucha que tengo escondida en el cajón de los calcetines, un viejo cerdo de plástico que mi madre me regaló cuando era pequeño. Siempre he metido ahí mis ahorros, desde las monedas que me traía el ratoncito Pérez por los dientes de leche hasta la pequeña comisión que me paga Kévin por guardarle sus cajas de dudosa procedencia. Desde que cambié de móvil, ya no hay mucho ahí dentro, pero, aun así, los pocos billetes que quedan deberían bastar para pagar la cena.

Ni hablar de que me invite ella.

Quasimodo quizá, pero no hasta ese punto.

Fotos de antiguas estrellas del cine en la pared. En blanco y negro, en color, sonrisas de antes de que naciera. Conozco a alguna, como todo el mundo, y la cara de otras me suena. Mi madre era fan de esos actores, en la época en la que aún veía la tele y yo me dormía en su regazo porque no hay nada más coñazo que una película antigua.

Anna está inmersa en el menú, no consigue decidirse. Yo tampoco. No es fácil calcular a cuánto ascenderá la cuenta, entrante o postre, con unos platos que cuestan más de veinte pavos; puede subir rápidamente. Pedir la pizza más barata, pareceré un racán, eso se nota de todas todas, pero me gusta mucho. Jamón, champiñones y queso. Quince pavos. Para ser un restaurante lleno de actores en blanco y negro, no está mal, esperaba algo peor, sobre todo después de haber visto la clase de bar en el que esta tía celebra su cumpleaños. Si no me hace la faena de pedir un entrecot —en una pizzería sería una idiotez—, podría salir bien. Y Anna me mira, toda contenta, porque ella no calcula.

—¿Quieres vino?

La botella a treinta pavos, no gracias.

—Será mejor que no, mañana me levanto a las cinco.

—¡A las cinco!

—Pues sí, me entrego a fondo. La limpieza es mi pasión.

—Hay que reconocer que tienes mogollón de talento. —Su miradita traviesa me da ganas de besarla, ahí, inmediatamente, encima de la carta, pero no, prefiero responder con una sonrisa, porque soy incapaz de hacer esa clase de cosas. Generalmente, a las tías las dejo actuar—. ¿A qué edad empezaste?

Los dos sabemos de qué habla y a mí no me apetece hablar de eso.

—¿La limpieza?

—Sí, la limpieza —responde riendo.

—A los siete.

—¿Sin ir nunca a una escuela?

—No.

Me mira a los ojos y sé que se pregunta por qué lo esquivo, por qué vuelvo a sumergirme en esa

carta que ya me sé de memoria.

—¿Sabes que nunca he visto a nadie limpiar como tú?

—Espera a verme hacer los cristales.

—Estoy impaciente.

El camarero llega en el mejor momento, para evitar que le cuente a esta tía que lo tiene todo la vida de un tío que no tiene nada. Dan igual mis trabajillos, mi casa que se cae a pedazos, mi madre que se cae a pedazos, mis colegas atornillados a un banco y los malditos planes que me han llevado a pasar la fregona en el mismo lugar donde ella va a clase. Prefiero oírla hablar, moverse, reír y mirarme con esa carita, como buscando en mi mirada lo que no me apetece decir.

Cuanto más habla más me mola.

Anna ha crecido aquí, cerca de esta pizzería que le encanta desde que era pequeña, en una habitación con vistas a los árboles. Al principio, eso le daba miedo, las sombras en la pared, como una especie de garras que se mueven con el viento, luego creció, empezó a abrir las ventanas y a tocar para los pájaros. Por la noche, cuando el ruido de los coches dejaba sitio al silencio. Primero el violín, luego un poco la guitarra acústica, eléctrica y luego el violonchelo, solo instrumentos de cuerda, para joder a sus padres que querían que fuera pianista, porque el piano tiene clase. Buenas notas en el cole. Montar a caballo. Padres abogados. Vacaciones en el suroeste, la casa familiar, el mar, los pinos, las olas, el deseo de pasar la vida allí, lejos de todo, pero no, nadie puede hacer eso. Unos estudios que le jodían, el bachillerato, la facultad de Derecho. La sensación de avanzar hacia un gran vacío. Y luego el gran salto, el anuncio a sus padres: adivinad qué, quiero ser música. La chica les reprocha un poco el haber hecho de todo para desanimarla, pero los quiere y ahora están orgullosos, orgullosos de esa carrera que no querían y que la hará famosa, eso le da risa, pero sus padres están seguros y no será yo quien diga que se equivocan.

Anna persigue las últimas micras de tiramisú en una esquina del plato.

—¡Mejor dejemos de hablar de mí, tengo la sensación de estar dando una entrevista!

—En una futura estrella, tiene lógica.

—¿Una estrella del violonchelo? ¡Estás de broma! Tú serás la estrella, señor futuro solista.

Es extraño ver la admiración en sus ojos cuando yo me siento una mierda comparado con ella.

—No será muy pronto cuando me dedique a eso —digo, resistiendo las ganas de tomar otro café, a cuatro euros cincuenta.

—¡Díselo a Geithner! Creo que nunca lo hemos visto tan a tope con un alumno.

—No me hables... Quiere mandarme a ese concurso... No sé qué le pasa con eso.

—¿Qué concurso?

Con la sensación de haber soltado un secreto de Estado, lo pido, el puto café, en el punto en el que estoy.

—El Gran Premio de yo qué sé qué. De grandeza. De belleza.

—¡De excelencia! —Los ojos le echan chispas, a lo mejor por el vino, y, por primera vez, apoya su mano en mi brazo—. No es posible —sigue, mirándome como si bajara del cielo—. ¿Te han elegido a ti para el Gran Premio a la Excelencia?

—No tengo ni idea. Todavía no he dado una respuesta.

—¿Qué dices? ¿No has dado una respuesta?

—Geithner me lo propuso, pero no sé, estoy dudando.

Sus carcajadas provocan que los tíos de la mesa de al lado se giren, aunque a lo mejor es la camiseta que le deja los hombros al aire.

—¡Estás chiflado! ¿Te das cuenta de lo que significa eso?

—Más o menos.

—Vale. Te ofrecen la oportunidad de tu vida, algo por lo que todos los alumnos del Conservatorio estarían dispuestos a matar, y tú..., tú dudas.

—No tengo suficiente nivel.

—Para.

—Te lo aseguro. Toco así, de oído, pero soy un negado en solfeo.

—Para.

Paro. Porque el camarero acaba de dejar la cuenta en la mesa y también porque ya he tomado una decisión. Lo haré, el concurso, aunque solo sea para no pensar que no lo he hecho. Lo haré porque me apetece, siempre me ha apetecido, porque he echado en falta al piano, porque los tres vasos de vino que Anna me ha servido hacen que me dé vueltas la cabeza y porque me gusta sentir la admiración en sus ojos. Lo haré porque molesto a esos burguesitos, que me miran por encima del hombro. Lo haré para demostrarles, a ellos, a mí y a ella.

Coño, qué pasada. No sé cómo he hecho los cálculos, pero es mucho más caro de lo que pensaba.

—Deja —dice Anna, intentando arrancarme la cuenta de las manos—. ¡Te invito yo!

—A lo mejor la próxima vez.

—¡Pero ese era el trato!

—Olvídate.

Es una gilipollez, pero me sienta bien estar en este papel. Solo lamento haber rechazado la pasta que Kévin intentó endosarme y que habría pagado no pocas noches como esta.

—¿Quieres demostrarme que no eres un tío fácil? —dice Anna con una sonrisita con doble sentido.

—Eso es. No me apetece que creas que estoy contigo por la pasta.

Anna se ríe y yo, como un idiota, me creo obligado a precisar que no se trata de estar con ella, sino con ella aquí, en este restaurante, y eso hace que se pierda un poco la magia.

Ella me da las gracias.

Un beso en la mejilla.

Me encanta su perfume.

—¿Sabes qué vas a hacer cuando te acuestes esta noche? Pensar en la propuesta de Geithner, vas a decirte que es genial, que es tu oportunidad, que tienes que atraparla y que está fuera de toda duda el que la dejes escapar. Y que, si lo rechazas, seré yo quien te mate, ¿lo has entendido?

—Vale.

—¿Qué vale?

—Está bien, voy a hacerlo.

Anna se levanta, se abrocha el abrigo y me suelta una última sonrisa como para caerse de culo.

—Coño, me dejas tranquila.

Eso no me deja tranquilo a mí, al contrario, hasta tengo la sensación de abrir los brazos para saltar al vacío como en *Assassin's Creed*. Pero hay algo mareante en todo esto. O a lo mejor es el vino.

Sí?

Pregunta ritual. Pregunta estúpida. Formulada con la boca pequeña para abrir fuego, para recordarme que ya es hora de vomitar mis pensamientos sin pensar mucho, como si hablara sin orden ni concierto. Conmigo mismo. Con el vacío. Delante de ese tipo impasible siempre con las piernas cruzadas, con zapatos demasiado claros y calcetines de rayas. Siempre también los calcetines de rayas. Es su toque de fantasía, su impulso aventurero. Un toque de tímida vida en un decorado apagado, con colores que cambian de una a otra sesión. Rayas azules, rayas rojas. Sin ese pequeño detalle, de verdad, tendría la sensación de haber vivido mil veces la misma hora, interminable, entrecortada de silencios. Pero no, vengo todas las semanas a desembuchar por ciento veinte euros, sentado en un sillón club de cuero, con los brazos desgastados por no sé cuántas manos depresivas.

Hoy no tengo nada que decir.

—¿Sí?

Esa pregunta acaba crispándome. Parece ser que es normal, que se pasa por varias fases, entre ellas la de rebeldía, antes de comprender que los silencios valen tanto como las palabras. No estoy aquí. Sí solo es una pregunta para un psiquiatra. Sí no quiere decir nada. Nada en este contexto. Es una palabra de dos letras a cambio de un cheque de ciento veinte euros, porque, desde luego, no admite tarjeta.

Pasan los minutos. Lentamente. Busco algo que decir para justificar el tiempo perdido, pero no me apetece. Paseo la mirada por la habitación, igual que siempre. Y me detengo en las paredes beis, casi al milímetro. Los sillones cara a cara, la mesa estilo Luis Felipe, el protector de escritorio de cuero, la agenda de papel, el boli Montblanc, la alfombra de la que conozco hasta el último arabesco y el diván en el que me tumbaba en la primera época. He subido de rango. Ahora estoy en el sillón. Para mantener un monólogo, igual que antes, pero mirándole a los ojos.

No hay nada en esos ojos.

—No tengo mucho que decir.

—¿No mucho?

—Nada, si lo prefiere. —No lo prefiere. Se limita a observarme, con sus ojos de reptil, y a esperar. A que hable. A que baje la guardia, aunque solo sea por darle un sentido al cheque que le firmaré enseguida. A que mi propio silencio me lleve de un pensamiento a otro, hasta que abra unas insospechadas puertas. La intención lo honra. Pero no funciona. Esto no funciona, o quizá yo no me entero. Desde que empecé este trabajo, como él lo llama, no creo haber aligerado ni un gramo el peso que llevo en el corazón. Sigo con insomnio y con la tentación de beber, de fumar, de esperar a que la vida pase y de dejar de creer que puede reavivarse la llama—. Creo que estoy perdiendo el tiempo.

Lo sabe, se lo he dicho quince veces. Quince veces ha respondido asintiendo con la cabeza. Pero, hoy, está de buen humor.

—¿Aquí... o en otro lugar?

Furioso, me recoloco en el sillón porque el asiento de cuero resbala como una placa de hielo.

—Sabe muy bien lo que quiero decir. ¿Cuánto tiempo lleva tratándome? ¿Un año?

—Un poco menos.

—Y seguimos en el mismo punto.

El plural soy yo. Y eso le hace sonreír.

—Ha progresado mucho.

Tengo la sensación de verme frente a un alumno sin mucho talento: soltar un cumplido por conmiseración.

—Eso lo dice usted.

Otra vez asiente con la cabeza. Su mirada penetrante me recuerda las primeras sesiones, cuando aún estaba al borde de las lágrimas, cuando ponía mis últimas esperanzas de renacimiento en ese jodido diván. Él me decía que podía llorar si tenía ganas, y supongo que otros lo hacen, porque siempre tiene una caja de pañuelos al alcance de la mano. Entendí perfectamente que nadie me juzgaría, que las lágrimas no son una debilidad, pero no puedo desahogarme como si nada delante de un tipo que vigila la hora con el rabillo del ojo creyéndose que no veo que lo hace.

De verdad, me parece que esta será la última sesión.

—Si no hubiera recorrido todo este camino, no estaría donde está hoy.

Y es ahora cuando me empieza a hablar.

—No estoy en ningún sitio. Solo he recuperado un poco de energía en el trabajo.

—¿Y le parece poco?

No, no es poco, pero lo veo venir. Y me niego a darle el mérito que no tiene, porque no basta con decir «¿sí?», con cruzar las piernas y esperar a que pase la hora. Él no tiene nada que ver con el pequeño resquicio de luz al final del túnel. No fue él quien tocó a Bach en la Gare du Nord y a quien llevaré hasta el Gran Premio a la Excelencia contra viento y marea. Fue el azar. Solo el azar. Si hubiera pasado diez minutos antes o diez minutos después, mi vida aún seguiría igual, hundida. También sé que no necesita decirme que, en su opinión, como en la de los demás, todo esto no es más que una compensación, un paliativo, una transferencia. Un arranque de paternidad. Como si un hijo pudiera sustituir a otro.

Me levanto.

—Le faltan cuarenta minutos.

—Lo sé. Se los regalo.

Una ligera sonrisa, casi cínica, me da a entender que no me cree, que la próxima semana regresaré, con el rabo entre las piernas, como un adolescente en crisis, para continuar con el trabajo donde lo hemos dejado.

Se equivoca.

Se acabó.

Mi resurrección, si se produce algún día, no pasará por aquí.

—Tómese su tiempo para pensar —me dice con su voz baja, no sin meterse el cheque en el bolsillo.

—No será necesario.

—Como usted quiera.

Me acompaña por el pasillo afelpado, hacia la puerta que oculta una cortina y que espero no

volver a cruzar nunca más. Y me tiende la mano, neutro y frío como una estatua de cera.
—Hasta el próximo martes, quizá.

Sí?

Entro. Me quito la gorra. Y, como él me indica una silla, me siento. Su despacho es vistoso, blanco, con un gran ventanal. Es de esos sitios donde te imaginas trabajando bien, tranquilo, ocho horas al día, sin presiones. Sentado en un bonito sillón, con música de fondo. Dos horas de pausa al mediodía, dos cafés por la tarde, mirar internet un poco con tu iMac de dos mil pavos, y a las seis te largas. Por cierto, hay gente que se lo pasa bien.

Geithner, por fin me he aprendido su nombre, me mira a los ojos disimulando apenas su impaciencia, pero, no sé por qué, se empeña en poner una expresión de esfinge. Impasible. Entre él y la Condesa, empiezo a pensar que, si no tienes una escoba en el culo, no puedes enseñar en el Conservatorio.

—Siéntese, Mathieu. ¿Ha reflexionado?

—Sí.

Con la punta de los dedos, empuja hacia mí una partitura que no parece broma. Rajmáninov, *Concierto para piano n.º 2*. Opus 18.

—¿Qué es eso?

—La pieza que preparará para el concurso.

—¡No he dicho que aceptaba!

Sonríe.

—No, no lo ha dicho.

Casi siento ganas de negarme, solo para cabrearlo. Pero, como tengo más que perder que él, me privo de darme ese pequeño gusto, que me enviaría directamente a la fregona.

—Todavía hay tiempo para decir que no —añade, como si estuviera leyendo el contenido de mi silencio.

—Vale, me voy a presentar a su concurso.

—No es *mi* concurso, Mathieu. Ya no puede darse el lujo de ser un espectador. Ahora no.

—Lo sé...

—No, no lo sabe. Este concurso será su razón de vivir, el aire que respire, la lucha que libre todos los días, y vamos a tratar de ganarlo juntos. Lo va a adorar, a detestar, va a pasar por todas las etapas, pero se acabó la indiferencia.

Me hace gracia que me suelte una arenga antes de la batalla; es como si estuviéramos en una película.

—No se preocupe, cuando voy a por algo, lo hago a tope.

Vuelve a sonreír y termina de empujar la partitura, que cae sobre mis rodillas, llena de acordes de cuatro o cinco notas, acentos por todas partes y anotaciones desbordantes.

—¿Alguna vez ha tocado a Rajmáninov?

—No.

—¿Le parece inspirador?

Trato de descifrarlo. Nota a nota. Lo único que me inspira es la sensación de que no puedo desentrañar la música del contexto, y que preferiría tocar una pieza que conozco bien.

—Bah.

—¿Bah? ¿En serio?

Espero un nuevo discurso moralizador, pero no. Saca su iPhone, busca algo y me pasa unos auriculares Bose con reducción de ruido que quería comprarme para el transporte, antes de enterarme de que costaban trescientos setenta y cinco pavos.

—Deje la partitura. Límitese a escuchar.

Me pongo los auriculares en los oídos, y de repente no hay nada, solo el silencio, una especie de vacío espacial, mi respiración y Geithner que me dice algo que no oigo. Las primeras notas caen de la nada. Ligeras, firmes, profundas, las siento como un hormiguelo en la punta de los dedos. Después la orquesta. Sí, la orquesta, no estoy solo, está lleno de violines, cuerdas, vientos, graves que impulsan todo, transportan la música en un torbellino. El sonido respira, gira, se hincha. Pero soy yo el que abre, soy yo a quien siguen, es a mi alrededor que giran... Son como velas, como un viento que empuja una barca en mitad del mar. Al final me pierdo, no sé dónde está el piano, no sé si puedo tocar esa pieza, si podré seguirlos, si podrán seguirme, pero es una puta hermosura.

Geithner me indica que me quite el casco.

—¿Todavía «bah»?

—No, es hermosísimo. Pero va a ser muy difícil de tocar. ¿No podríamos ensayar algo más simple?

La ironía de su sonrisa me sirve de respuesta. Claro. No se puede ganar el Gran Premio de no sé qué con una canción de cuna.

—Vamos —dice levantándose—. Tenemos cita con la Condesa.

—¿Se va a pegar un tiro cuando se entere de que soy yo!

—Ya lo sabe.

—¿Y sigue viva?

En vez de mirarme mal como un padre descontento, se echa a reír.

—Según las últimas noticias, sí.

Lo sigo por el pasillo, preguntándome qué habrá convencido a la Condesa de prepararme para este jodido concurso, cuando me cuesta leer las partituras más simples que me ha dado. Yo habría creído que, incluso por un millón, se negaría.

La Condesa nos alcanza a las puertas del auditorio, con su maldita precisión de reloj suizo: menos cuarto quiere decir menos cuarto, no y cuarenta y cuatro, no y cuarenta y seis. Geithner se lo señala con una sonrisa, pero ella no está para bromas. Y menos aún para vérselas conmigo. Entre las clases de solfeo y el Gran Premio a la Excelencia, hay un mundo de distancia, y no es el mío. Sé lo que piensa, lo lleva escrito en la frente, y cualquiera lo haría en su lugar: presentarse al concurso con un pringado como yo es un suicidio.

—Podríamos haberlo hecho en mi despacho —dice con un toque de ironía—. A menos que ya tenga un público delirante.

—Aún no —responde Geithner, apartándose para dejarla pasar.

Con un pequeño gesto de aliento me indica que entre.

Luz.

En el escenario hay dos pianos, uno al lado del otro.

—¿Esa es la idea? —pregunta la Condesa, no más convencida que si la llamaran de Marruecos para venderle un paquete de internet.

—Y es buena —responde Geithner, sin arredrarse—. Puede que no tenga las bases mínimas, pero tiene oído absoluto, y eso es una gran ventaja. ¡Practicar con pianos gemelos es ideal!

—Puede ser...

Su «puede ser» significa «no», pero Geithner insiste.

—¡Inténtalo! Ya verás cómo te sigue con los ojos cerrados.

—Lo sé, pero no será suficiente. No para el Gran Premio. Supongo que habrás elegido algo... sustancial.

Por toda respuesta, Geithner le tiende la partitura y se la queda mirando atentamente.

—¿Rajma 2? Estás de broma.

—Es capaz.

—¡Por favor! ¡No puede ni descifrar una partitura sencilla! Por no hablar de la técnica: para las décimas con una sola mano hay que alcanzar aperturas que nunca tendrá.

—Las aperturas se practican...

—¿En tres meses?

Me resulta bastante raro verlos hablar de mí como si yo no estuviera presente. Doy vueltas por el auditorio, delante de las butacas vacías, y recuerdo que Anna estaba sentada allí, en primera fila, en la tercera butaca desde la izquierda, cuando toqué sobre ese mismo escenario. Me acerco a su asiento. Intento imaginar lo que veía. Y pienso que realmente soy un impostor.

—¡Señor Malinski! —me lanza la Condesa—. Si no es mucho pedir, préstenos un mínimo de atención. Estamos hablando de usted.

—Perdón. Creía que no les interesaba mi opinión.

—Pues se equivoca. Y deje de actuar como si fuera Cosette; está usted en una posición privilegiada.

—Ya lo he entendido.

Presintiendo el bombardeo, Geithner interviene.

—Lo que Élisabeth te está preguntando, Mathieu, es si te sientes capaz de ensayar esta pieza.

—De tocar esta pieza —rectifica ella—. Ensayarla puede ensayarla todo el mundo.

Lo bueno de ellos es que nunca dejan de añadirte presión.

—No lo sé, díganmelo ustedes. Pienso que es tocable —contesto para hacerla enfadar—, difícil pero tocable, y, a lo mejor, dentro de dos días digo lo contrario.

—A lo mejor —confirma ella, con una mirada intensa a Geithner.

Él me da la partitura y me pone la mano en el hombro.

—Usted lo conseguirá.

Y se lo cree. Se ve que se lo cree, y entonces me entran ganas de intentarlo. Darle caña a esa partitura tocapelotas. A fin de cuentas, el tipo es director del Conservatorio y, desde el primer día, ha apostado por mí. He tocado en esta sala, delante de profesionales, delante de Anna, y nadie me creyó fuera de lugar. Ni siquiera el imbécil de Michelet, que está verde de envidia. El único que piensa que soy un impostor soy yo. Y la Condesa, con sus putas aperturas de dedos.

—Instálese —me dice, señalándome el piano—. Vamos a ver.

—Si el método es pertinente —añade Geithner, que tiene miedo de que me ofenda.

Mientras me preparo, la Condesa me pone la partitura delante de los ojos, luego se sienta al otro piano, con más catadura de esfinge aún que Geithner. Toca un acorde, luego otro. Los reproduzco, sin mirar. Encadena dos compases, tres. La sigo. Retoma el primero. Hago lo mismo. Entonces se vuelve, gélida, indescifrable, y le dirige a Geithner un semblante sonriente.

—Lo había entendido, Pierre.

Él le responde con un guiño y nos deja solos con Rajmáninov.

La puerta del ascensor se ha cerrado detrás de mí como una guillotina. Y me he quedado de pie frente al umbral, con mi llave en la mano, hasta sentir un hormigueo en las piernas. No puedo. Ya no puedo. Mis talones se hunden en la alfombra, se me encogen los hombros y el aire se hace más delgado. Inspiro a fin de ahuyentar el malestar que aumenta, me recorre las venas, me impide pensar. Me siento como si volviera a tener doce años, a experimentar la angustia de la escuela, el patio interior del colegio Carnot, con sus pasillos de cárcel y sus techos de cristal bajo el cielo gris. Estar de pie frente a una puerta cerrada, cuando la clase ya ha comenzado, sabiendo que repetirán mi nombre y se reirán, porque soy flacucho, porque llevo gafas. Vacilar antes de llamar. Desear que el tiempo se detenga.

No sé por qué pienso en ello.

Sin hacer ruido, sin encender la luz, doy media vuelta y bajo de nuevo. A pie. Como si Mathilde pudiera oírme. Como si le importara. Espero como un ladrón a que los del tercero entren en casa para no saludarlos, para ahorrarme las fórmulas de cortesía, los chismes sobre el portero, sobre el avance de las obras en el patio. Me pego a las paredes, cruzo el pasillo sin mirar mi reflejo en el espejo y salgo a la calle con la embriagadora sensación de hacer novillos.

La cartera me pesa, la fatiga descende por mis piernas, pero me da igual, estoy mejor fuera, necesito un trago, o únicamente la soledad. El fresco de la noche me golpea la cara, la sangre vuelve a correr por mis venas, respiro. Cuanto más me alejo, más respiro. Como si me hubiera vuelto un nómada. Apenas puedo recordar el placer sedentario, el tiempo en que mi apartamento era un refugio, en que me quitaba los zapatos nada más cruzar la puerta. Veinte años de vida en común. Veinte años. Éramos amigos, amantes, confidentes, cómplices, y hoy no somos nada, ni solos ni juntos, solo dos soledades en un mismo colchón. Pesa mucho el silencio. Y la tristeza. Y la impotencia. Si me tentara irme a otra parte, lo dejaría todo por las islas griegas, Vietnam, el sur de Italia, pero no me tienta nada. Solo dormir una noche, sin sueños, sin ruido, sin que otra respiración me recuerde que no estoy solo.

Si tuviera el valor, se lo diría.

Mathilde, no podemos seguir. Ya no podemos.

No es tu culpa, no es la mía, nos cayó esto encima.

Hay poca gente en el bulevar, algunos transeúntes, algunos coches. Y yo, que me abotono el abrigo, me levanto la bufanda, resuelto a caminar, quizás en dirección al Sena. O al Jardín de Luxemburgo, para oler la hierba húmeda entre las rejas. Aquí me siento bien. Es mi barrio, mi territorio. Son mis callejones, mis atajos. En la terraza de La Rhumerie, un grupo de ejecutivos achispados desafían el frío bebiendo cócteles, y sus risitas idiotas me irritan. En sus carcajadas hay resabios del verano, pese a que los turistas ya se han ido —por fin— de la zona. Nunca estamos realmente solos, aquí no. En la esquina de la rue de Seine, un sin techo acaricia a su

perro, y en la plaza de la iglesia, una chica se esfuerza por poner en marcha su moto. Daría cualquier cosa por dejar la cartera en un banco, caminar sin peso, sentirme libre, pero no, me conformo con cambiarla de mano. De haber podido, lo habría dejado hace mucho tiempo. Y no solo la cartera.

Los escaparates oscuros y familiares me atraen únicamente un instante. Me dan igual los libros viejos, los *macarons*, las zapatillas de baile. Procuero no pensar. Me centro en los detalles: un pórtico, un canalón, un coche mal aparcado con una rueda sobre la acera. Miro los interiores, según se ven entre los visillos, a veces claros, a veces sombríos, con muebles, cuadros, luz de televisores bailando en las paredes, y me digo que todas esas personas tienen una vida. Que la mayoría de ellas son más sosas que la mía. Que soy afortunado. Que hay gente durmiendo sobre cartones en un portal.

No es un gran consuelo.

Mientras cruzo el Puente de las Artes, casi me atropella una furgoneta, a la que lanzo abundantes insultos, aun cuando se convierte en dos puntos rojos en el fondo de la calle. Es de no creer que se pueda acelerar así en medio de la ciudad, cuando no hay nadie, sin molestarse por evitar a los peatones. Imbécil. Pero a mí me espera un concurso. Tengo que preparar a un chico para el Gran Premio a la Excelencia, y no solo eso. Me quedan cosas por hacer. Cosas más importantes que acabar debajo de una furgoneta de reparto, con un frío de perros, delante de una vista fantástica del Louvre.

Me gusta este lugar, especialmente de noche.

Llevaba mucho tiempo sin venir aquí.

Acodado a la barandilla, miro el Sena, solo una larga línea de tinta negra, y el viento se hunde en mi bufanda. Veo que todavía hay idiotas que encuentran la manera de poner candados en la pasarela, Pepito y Pepita, amor eterno. Verlos me inspira deseos extraños, que creía muertos, deseos de tomar a una mujer en mis brazos, besarle el cuello, inspirar su perfume, sentir su aliento en el hueco de mi oreja. La última chica que me atrajo apareció hace unos días. No recuerdo su nombre, pero tengo su tarjeta, y la imagen un poco confusa de sus piernas largas en el taburete de un bar. Su sonrisa, como una invitación, su indiferencia despreocupada. Me avergüenza un poco pensar en ello. Aquí y ahora. Nunca he engañado a Mathilde, ni una vez en veinte años. O tal vez con el pensamiento, pero eso no cuenta.

Empieza a hacer mucho frío.

Entonces saco el billetero y lentamente, como un ladrón, extraigo la tarjeta que debería haber tirado, que estaba seguro de haber tirado. Irina. Así se llama la chica cuya cara olvidé, pero cuyas piernas y voz recuerdo tan bien que podría follármela en este mismo puente contra esta barandilla. Sin pensarlo, saco el móvil, luego reflexiono, solo un poco, lo necesario para ocultar mi número.

Dos pitidos.

Me avergüenza no recordar sus rasgos.

Me parece que estoy llamando a un par de piernas.

—¿Hola?

El acento eslavo. Me quedo mudo.

—¿Hola?

Cuelgo. Me palpita el corazón, me tiemblan las manos y soy incapaz de distinguir entre la vergüenza, el miedo, el asco y el remordimiento que se mezclan en mi cabeza. Después tiro lo más lejos posible la tarjeta, con su ridícula rosa de tallo negro, y el viento se la lleva. Da vueltas, pasa bajo la luz, aterriza en el Sena y desaparece en las sombras, de donde nunca debería haber salido.

Es cierto que París por la noche es muy bonita, con los muelles desiertos y las ventanas iluminadas en los apartamentos de lujo. En el fondo está Notre-Dame, y delante de mis ojos el culo de Anna, en el sillín de su bicicleta. La vista más hermosa del mundo. Me gustaría hacer una foto, pero mejor no, porque voy a toda máquina y no tengo ganas de partirme la jeta. En vano dicen que nunca se olvida cómo montar en bicicleta; la verdad es que no estoy muy a gusto en esta bici pública que pesa una tonelada y dobla tan mal como un semirremolque. Y no me extraña. Mi última bicicleta la utiliza hoy David, y cuando yo monté por última vez tenía diez años.

—¿Todo bien, Mat?

En su caso, es al revés. Como buena parisina, pedalea todos los días, al volver de una salida, ir a ver a sus amigos o porque sí, para aprovechar la noche. Y venga que se da la vuelta, que suelta el manillar... Al final es ella la que hace una foto, hacia atrás, a riesgo de estamparse contra la acera. Estoy seguro de que le mola verme tenso en la bici, dando bandazos a cada bache de la calle.

—Muy bien.

—¿Te cuesta?

—Para nada. Voy perfecto.

Me encanta su risa.

Incluso cuando me da la espalda, imagino su mirada.

—¿Y entonces? ¿He ganado o no?

—Naaa. Es todo feo y horrible.

—¿Qué mala fe!

Intento seguirla por una acera demasiado estrecha, a riesgo de llevarme por delante una de las casetas cerradas donde —me ha dicho ella— venden libros viejos a orillas del río. Sabe muy bien que ha ganado la apuesta; estaba ganada de antemano. Era solo un pretexto para quedar, así como así, al final de la noche, cuando los dos estábamos en pantuflas. Parece que está tan prendada como yo. Todo empezó por un intercambio de SMS, dos horas sobre todo y nada, durante las que le solté —ni siquiera sé el motivo— que no me gusta París, que es una ciudad de mierda, que, si no tienes pasta, no puedes hacer nada más que embutirte en el metro con gente malhumorada. Apostamos que, si le concedía una hora, ella me haría cambiar de parecer. Que yo volvería diciendo que se trataba de una ciudad... ¿cómo era? Mágica. Ahí mismo subí de un salto al último tren. Ni siquiera sé cómo voy a volver, pero da igual, no iba a decirle que no; incluso si me hubiera propuesto visitar las cloacas a nado, hubiera corrido a la estación. Hemos andado un poco por todas partes y en especial a orillas del Sena, he visto plazas, callejones, fuentes, monumentos, puentes iluminados, y he estado a punto de partirme la crisma diez veces.

Claro que es bonito.

Lo peor es que no apostamos nada.

Sobre un puentecito al pie de Notre-Dame, se ríe al ver la hora.

—¡Pero bueno!

—Sí, hemos recorrido toda la ciudad. Y hasta pasamos tres veces por algunos sitios.

—¿Estás de broma? Lo que pasa es que tu sentido de la orientación da pena. No has visto ni una décima parte de París.

—Vale, tú eres la parisina.

Desmontamos de las bicis para sentarnos en un murito enfrente de la catedral, y pienso que esto parece una comedia estadounidense, que no me ha mentido, que todo es mágico, y que, si no la beso aquí mismo, soy un perfecto imbécil.

—¿Cuál es el veredicto? —me pregunta con orgullo—. Y, ojito, nada de mala fe.

—Tenías razón. Es hermoso.

—¡Ah! Ya ves que se pueden pasar buenos momentos en París sin gastar un duro.

—Es cierto.

Ante mi sonrisita condescendiente, empieza a tener dudas.

—Presiento un «pero».

—Pero perdiste la apuesta.

—¿Y eso?

—Habías dicho una hora. Pasó hace tiempo.

Estalla en una carcajada, me dice de todo, me empuja. Yo le contesto que es mala perdedora, se levanta haciendo como que se aleja, la sigo, la alcanzo, me dice que todo ha acabado entre nosotros, que pedirá la custodia de las bicicletas después del divorcio, le suplico que nos dé una oportunidad, pero no quiere, como mucho una custodia compartida, y entonces la atrapo por la cintura, la atraigo hacia mí, me mira a los ojos —qué mirada, joder— y me besa.

Siempre he odiado estas escenas en las películas.

Son una gilipollez total.

Pero cómo mola, coño.

Nos quedamos de pie, sin decir nada, aferrados el uno al otro como si fuéramos a caernos. Nos hemos besado tan largo que me ha dado vértigo. He hundido la cara en su cuello alto e inspirado el olor de su piel. He metido las manos heladas debajo de su jersey, para calentarme y porque quiero sentir su cuerpo con los dedos. Me ha dicho que no tenía buena pinta, que un tío con las manos frías en invierno es lo peor. Yo le he contestado que en verano era genial, que bastaba con esperar. Pero no le apetece esperar, y a mí tampoco.

—¿Vamos a casa? —me murmura al oído—. Me estoy helando.

—Vale... Pero tus padres, ¿no van a...?

—No, no van a nada. Ya soy mayorcita. Y, de todas maneras, no están; vuelven mañana por la noche del fin de semana.

—¿Salieron de fin de semana un martes?

—Tenemos una casa en Normandía, y a menudo se quedan tres o cuatro días. Es más tranquilo para trabajar... Pero qué más da lo que hagan mis padres, ¡vamos!

Voy. Claro que voy. Pedaleando tan rápido que por poco me estrello contra la plaza de Notre-Dame. Pero no me da igual lo que hagan sus padres, y no tengo la menor gana de cruzármelos. Burgueses que pasan la mitad de la semana en su segunda residencia, con su BMW serie 7 y sus palos de golf. Sobre todo, me imagino la cara que pondrían al descubrir al tío que se lleva a casa su hija.

Un ruido de llaves, una puerta que chasquea.

—¡Somos nosotros!

¿Cómo que somos nosotros? Me incorporo de un salto, como los tíos que despiertan de una pesadilla en una película de terror. Y sacudo a Anna, cuyo hombro asoma del edredón.

—¡Joder, han vuelto tus padres!

—¿Qué?

Se estira como un gato, frunciendo la boca en un mohín.

—¡Han llegado tus padres!

—¿Y qué? —gruñe—. No pasa nada...

Vale. Si no pasa nada, me quedo más tranquilo, pero, aun así, me agito. Y me digo que, si me visto rápido, sin ducharme ni lavarme los dientes, puedo salir de apuros cruzando unos saludos corteses y largarme. Pero Anna me retiene por la cintura y me hace meterme bajo el edredón, donde el contacto de su cuerpo de inmediato me hace subir la tensión. Quiero hacer el amor con ella. De nuevo. Sin parar. A pesar de los ruidos que se oyen en el salón, y el miedo de ver a sus padres irrumpir en el cuarto. Son las siete y cuarenta. Hemos debido de dormir dos horas, quizá menos, pero no me siento cansado. Tengo la cabeza llena de imágenes: las vacilaciones, las risas incómodas, después el acercarse, el silencio, las lenguas que se funden, la ropa que casi nos arrancamos, su cuerpo de infarto, sus pechos que asoman bajo el sujetador que se resiste a desabrocharse, mis manos sobre ella, el calor de su boca, mis dedos entre sus piernas. La luz que quise apagar y que ella volvió a encender, porque quería verme. Las horas que no vimos pasar, mientras nos descubríamos, nos tocábamos, nos sentíamos. Las carcajadas. Las miradas. Las respiraciones hondas. Todas las veces que juramos que sería la última, porque había que dormir, porque ella tiene un ensayo a las diez, porque no he estudiado la partitura, porque no se pasa una noche en blanco antes de una clase con la Condesa.

Me besa en un hombro. En el cuello. Detrás de la oreja.

Levanto el edredón para mirar su cuerpo.

Y suena el despertador.

—Mierda, hay que levantarse —gime, con una sonrisa de cansancio.

El postigo se abre sobre los árboles, las famosas ramas cuyas sombras la asustaban de pequeña, y que yo había imaginado menos... civilizadas. Para empezar, están enfrente, detrás de una reja con pinchos dorados. Cuando ella decía «el jardín», me imaginaba algo modesto, un poco descuidado, lleno de árboles, con una fuente y pájaros por todas partes. Pero eso no es un jardín; es un jodido parque, con parcelas de césped, estatuas y senderos de grava tan anchos como calles. Lo que se dice fuentes, las hay, se ven desde aquí, pero son enormes, y el edificio que se halla dentro parece un castillo. Incluso hay pistas de tenis y algo parecido a un invernadero enorme. El jardín, ya lo creo. Si Anna viera la perspectiva desde mi habitación —torres, más torres y un parking—, no sé cómo la llamaría. El pueblo, tal vez.

—¿Vienes? —dice al levantarse—. Creo que nos hace falta un café.

—Eeeh... Mejor me marcho. Te veo después en el Conservatorio.

—Pero no, ¡vamos juntos! Desayuno, duchita y salimos.

Con sus pantalones de pijama gris claro y una camiseta tan apretada que le veo los pezones en punta, está aún más sexi que ayer. Pero va a ser difícil que pueda echarme encima de ella, sobre todo teniendo en cuenta que oímos a sus padres reír en la cocina.

La sigo con la esperanza de estar presentable con mi sudadera de capucha que quedó hecha un ovillo toda la noche. Parece que hubiera dormido con ella puesta, pero por fortuna es negra, lo que reduce un poco los daños. De todos modos, sé que no puedo hacerme ilusiones, que nunca me tomarán por un Sébastien Michelet y que se me nota incómodo en este precioso apartamento de burgueses con vistas al «jardín».

Los padres de Anna son como ella. Guapos. Con clase. Y negros, lo que me sorprende, como si no se pudiera ser negro y burgués. Me odio por pensarlo, es una gilipollez, pero tengo alguna que otra excusa, he dormido solo dos horas y es un poco acojonante mostrarse ante el rey y la reina después de pasar la noche con la princesa. Quasimodo elevado a la décima potencia.

—*Hello!* Os presento a Mathieu.

Se lo toman bien, en cualquier caso, porque le dan un beso a su hija y me estrechan la mano muy amablemente sin perder la sonrisa. Me invitan a sentarme, me ofrecen café, o té si quiero, muchos té diferentes, y cereales, y frutas, y hasta cruasanes, que han comprado cuando venían de camino. Yo, que habría apostado a que eran católicos integristas escandalizados ante la idea de que su hija se llevara a un chico a casa, no podría haber estado más lejos de la realidad.

—Volvisteis supertemprano —les hace notar Anna, mientras me sirve el café.

—Para variar, tu padre se había olvidado de que tenía una cita en el Palacio —contesta la madre riendo.

—No me había olvidado —dice el padre en el mismo tono—. No la había apuntado. Hay un matiz.

De entrada, me pregunto de qué palacio hablan, pero luego recuerdo que son abogados y que, si estoy aquí, es porque he comparecido en el Palacio de Justicia.

—¿Tú también vas al Conservatorio, Mathieu? —me pregunta la madre, que nunca habría imaginado que me tutearía.

—Eeh... sí, más o menos.

Respuesta idiota, que obliga a Anna a intervenir.

—Mat es nuevo. Él es a quien van a presentar para el Gran Premio a la Excelencia.

Eso me da derecho a exclamaciones admirativas, felicitaciones, otro cruasán, y a sentirme más impostor que nunca. Una cosa lleva a la otra, una pregunta el padre, una pregunta la madre, qué instrumento toco, a qué edad comencé, cuándo me presento al concurso, qué planes de carrera tengo —como si tuviese planes de carrera— y si toco a Brahms, porque Brahms es imbatible. Todo pasa lo bastante aprisa como para responder sin pensar y hacerles creer, quizá, que vengo del mismo mundo que ellos. Parece que les caigo bien, o al menos saben disimular. Preguntan desde cuándo nos conocemos, como cuando se habla con una pareja. La que responde es Anna, mientras me trago el segundo cruasán con la sensación de haber aprobado un examen. Lo único que les cuenta es que nos cruzamos en el Conservatorio, que a primera vista nos detestamos, pero que eso no duró mucho, dado que ahí estoy. La frase los hace sonreír. Ni una palabra sobre el servicio de mantenimiento, mi mono mostaza, mi torpeza a la hora de ligar. Por fortuna. Engaño bastante. Tengo suerte de no hablar con acento del extrarradio, como Driss o Kévin, porque mi madre me ha prohibido expresarme como un macarra. Durante mucho tiempo yo protestaba cuando me regañaba —con su acento polaco—, pero hoy la bendigo.

—¿Y en qué barrio vive? —pregunta el padre, sin tutearme.

—En el 93. La Courneuve.

—¿Y no se le va mucho tiempo en transporte?

—Se aguanta.

Y entonces empieza a hablarme de las dificultades de regresar a París a las siete de la mañana por la carretera de Normandía. De que circular en coche se ha vuelto un infierno. De que, en el centro, es el metro o nada. Me percató de que La Courneuve no ha provocado más asombro que si viviera al otro lado del «jardín», ni siquiera un pequeño alzamiento de las cejas. Le ha dado igual. Hay que ver las ideas que uno se hace sobre los ricos.

Pero el examen no ha terminado.

—La ventaja de tener una profesión liberal es que se puede conducir a la hora de menos tráfico —sigue el padre—. Y Anna no se queja: cuanto menos tiempo pasamos en París, ¡más tranquila está!

—Yo intento convencerlos de que se instalen en Pont-Audemer a tiempo completo —responde ella riendo.

—Y sus padres, Mathieu, ¿a qué se dedican?

Interviene la madre, diciendo que no tengo que responder a las preguntas indiscretas —deformación profesional— de su marido.

—Mi madre trabaja en un hospital.

—¿Médica?

—De noche.

—Urgencias... Debe de ser agotador.

—Sí, un poco. Pero lo lleva bastante bien.

Nuevos asentimientos de cabeza. Me guardo muy bien de decirles que mi madre limpia la mierda de los enfermos por un poco menos que el salario mínimo. No quiero pasar por un piojoso, no en casa de gente como esta, ante una familia ideal, delante de su princesita. Me da miedo que Anna se pregunte por qué me molesto en hacer la limpieza del Conservatorio a las seis de la mañana teniendo una madre médica, pero no, la mentira pasa.

Queda la pregunta siguiente, que no puede sino llegar, que no quiero oír y que sé que me harán.

Apuro la taza de café.

Y aguardo.

—¿Y su padre a qué se dedica?

Hoy no se oye nada. Ni una nota, blanca ni negra, solo un largo silencio que oprime un poco la garganta, y lágrimas que no quieren derramarse. Los varones no lloran. Un varón es fuerte. Sobre todo, con diez años. Casi cumplidos. Nueve y medio. El niño mira el teclado y se limpia los ojos, inspira hondo, pone los dedos en las teclas y piensa que allí están las notas, ocultas tras la madera barnizada, esperando. Que quieren salir, que cuentan las horas. Que dejarlas encerradas es traicionarlas un poco. Pero vuelven las lágrimas y, aunque las contenga, son una cortina que vela la mirada, un peso en el corazón, pensamientos grises, líquidos, que corren por las mejillas. Se suspenden en la punta de sus pestañas, y al primer parpadeo caen, solas, por más que no quiera llorar. Y cuando las aplasta, las limpia para tratar de hacerlas desaparecer, se multiplican, se suceden, se convierten en un río.

El señor Jacques ha cerrado el piano. Su mano se ha apoyado en el hombro del chico, suavemente, como un pájaro que se posa, y ha esperado. Con paciencia, en silencio. Limitándose a estar a su lado. Su presencia, como los rayos de sol que atraviesan las cortinas, aporta un poco de calor cuando se siente frío por dentro. El señor Jacques sabe leer la mirada. Sabe que las lágrimas pesan. Y las anima a salir, a liberarse como se liberan las notas que burbujan en el vientre del piano. También ellas tienen derecho a brotar. Hay que escucharlas, dejarlas ir, aligerar el corazón de toda el agua que se acumula.

No, no está mal llorar.

No es una debilidad.

Nadie puede detener un río.

El niño no sabe si tiene ganas de hablar. De contar. De explicar de dónde vienen las lágrimas. Debería estar contento, de hecho, lo está, es extraño estar triste y alegre a la vez. Ahora tiene un hermano pequeño, con manitas diminutas, una rara cara inquieta y un montón de pelo que se le caerá más tarde. De momento no hace gran cosa, ni siquiera sonríe, pero eso ya llegará, y él puede cargarlo, con mucho cuidado. Esperaba desde hace tiempo al bebé, marcando un palote todos los días en un cuaderno, preparándole la cama y unos juguetitos. Es una suerte tener un hermanito. Es una suerte para todos.

Menos para su padre.

Su padre no quiere otro niño.

Dijo que lo advirtió. Que nunca lo había querido.

Se marchó anoche.

Ya es un recuerdo, como sus pertenencias: la navaja de afeitar en el baño, la crema que olía rico, los grandes zapatos en el pasillo, que el niño se ponía como entrando en las botas de siete leguas. Su teléfono, que no tenía derecho a tocar. E incluso los DVD del salón, que dejaron un gran hueco en el estante. El niño no sabe muy bien cuándo dejó su padre de llevarlo a cuestas,

de llamarlo «peque», o de mostrarle los coches rojos que nunca comprarían. Antes. Antes de que se enfadara todo el tiempo. Antes de que dejara de dormir todas las noches en casa. Decía que era una tontería marcar palotes en el cuaderno, que el bebé bien podía no llegar nunca. Lo de anoche parecía una discusión, uno de esos momentos en que los adultos «hablan», pero el padre empezó a gritar, a decir que no quería un bebé, como nunca había querido al niño. Que haberlo pensado antes. Que no se podía dejarlo a la buena de Dios, porque Dios no existe. Que, sin niños, habrían podido ser felices, él y mamá. No fue solo una pelea. Al ver la maleta en la entrada, el niño comprendió que no había vuelta atrás, así que tendió los brazos a su padre para despedirse, para pedirle perdón, hacerle un mimo que lo acompañara donde fuera. Pero su padre ya tenía la maleta en la mano, y también una bolsa de plástico. Así que lo miró, asintió con la cabeza y dijo: «Adiós, peque».

Rajmáninov, *Concierto para piano n° 2*, opus 18. «Rajma 2», como lo llama la Condesa. Esta pieza siempre me ha sostenido, incluso en los peores momentos de mi vida. Me ha arrullado cuando estaba por los suelos, me ha hablado en las horas de dudas, ha acompañado mis alegrías. La he escuchado hasta la embriaguez, arrebuñado en mi sillón, con las luces apagadas, saboreando mis últimos cigarrillos. Forma parte de mí, como tantas otras piezas y quizá un poco más.

Se merece algo mejor que lo que oigo.

Mucho mejor.

Inmóvil en el pasillo, con mi cartera en la mano, escucho. Con la oreja pegada a la sala de ensayos de donde surgen las notas. Una marea de estudiantes se me adelanta, me saluda, tapa un instante los compases a los que atiendo. Sus conversaciones se alejan, el piano vuelve a oírse y no, la verdad es que así no funciona, le falta cuerpo, le falta alma. En cuanto a la técnica, no hay nada que decir. Demuestra dominio, equilibrio, un academicismo perfecto. En una palabra, es pulcro. Pero con pulcritud no vamos a conseguir el Gran Premio a la Excelencia.

Casi creería que Élisabeth tiene razón.

El talento no alcanza; hay que echarle ganas.

Afilo mis argumentos y mi aire de padre severo. Preparo un discurso que recalque la voluntad, las medias tintas, la última oportunidad. Con un toque lacrimógeno sobre mi suerte, porque me juego la cabeza con este tiro de dados, con esta ruleta rusa. *Dies irae*.

Abro la puerta, pero quien toca no es Mathieu.

Es el otro, el paladín que rechacé, el buen alumno sin grandes dotes. Sébastien Michelet. Con su mechón en los ojos, una chaqueta azul, un aire compenetrado de solista. Sus manos saltan sin inspiración sobre el teclado, persiguen el compás y lo atrapan por poco, como si un suspiro de alivio acompañara cada acorde. Sería casi divertido verlo adoptar poses inspiradas con esta interpretación escolar, pero sé muy bien por qué se encuentra allí.

Sin cerrar la puerta, me alejo a toda marcha, bajo la mirada divertida de Michelet, que me quema la espalda. Gilipollas. Ya va a ver lo que es tener una hora de gloria. Pero, en cuanto a mí, tengo la pinta de un imbécil, una marioneta. Parezco aquello en lo que me he convertido, un director fantoche, al que le muestran discretamente la salida entre dos sonrisas complacientes. Hace falta ser ingenuo para creer que me darían una oportunidad.

He entrado sin llamar, tan pálido de furia que la asistente de Ressigeac se ha retirado de su archivador; ve venir la tormenta, así que las firmas pueden esperar.

—Buenos días, señor Geithner —me desliza de pasada.

—Buenos días, Camille.

Espero.

Como si él no me hubiera visto entrar.

Como si la factura de AXA que contempla con esmero fuese a cambiar el mundo.

—Un segundo, Pierre, y estoy contigo.

Inclinado sobre la hoja, Ressigeac cumple perfectamente su papel. La cara seria, la mandíbula apretada, un brazo en la espalda. Napoleón en Austerlitz. A continuación, levanta la vista y nos miramos, un largo momento, para medir nuestras posibilidades en este nuevo asalto.

—¿Me lo puedes explicar?

—¿Explicar el qué?

—¿Por qué Michelet ensaya Rajmáninov! ¿Me vas a decir que es una casualidad?

Al ver su falso aire de sorpresa, casi siento ganas de lanzarle su busto de Mozart en plena cara.

—Pero bueno, Pierre, no te pongas así. Solo he obtenido un permiso para caso de abandono.

—¿Abandono?

—Si las cosas no salen como quieres... Si cambias de parecer. Lo hago por tu bien, para que tengas un colchón de seguridad.

Te voy a dar con los colchones.

—¿Por qué iba a cambiar de parecer? ¡Que yo sepa nunca hemos necesitado un reemplazo para el concurso!

—Tampoco hemos tenido a un candidato libre.

—Malinski no es un candidato libre: ha sacado el título. Sobre eso estabas de acuerdo.

—He seguido tus indicaciones, Pierre, por amistad y por consideración hacia tu trabajo. Pero los dos sabemos que el título de tu protegido es un poco... improvisado.

Sin responder —ya he explicado bastante mis elecciones—, me siento en la esquina de su escritorio, porque sé que le irrita. Se le ensombrece la mirada al ver los informes arrugarse debajo de mi nalga izquierda, y eso me produce un pequeño y mezquino consuelo.

—Supongo que Michelet está de acuerdo en hacer de reemplazo —digo con frialdad.

—Absolutamente. Al igual que su profesor. Nadie dirá nada; son conscientes de que se hace por el bien del departamento. Si Malinski va hasta el final, pues bien, Michelet le habrá pillado el tranquillo a una pieza difícil, y eso nunca viene mal.

—Todos ganan, en definitiva.

—No te pongas sarcástico, Pierre. Deja que las cosas se asienten, reflexiona y verás que todo lo que hago es en tu interés. Hoy en día no tienes pocos detractores, y solo esperan a que te des la vuelta.

Le lanzo una sonrisa amarga, a falta de algo mejor.

—Eres mi ángel guardián, André.

—Puedes tomártelo así, si quieres.

Con un suspiro molesto, extrae una factura de debajo de mi nalga izquierda y hace como que se concentra en ella. La entrevista ha concluido, el asalto acaba en un empate reñido. Tarde o temprano, nuestros dos campeones se encontrarán cara a cara, a menos que Mathieu mantenga la distancia sin flaquear.

Es una pura cuestión política.

Si de Rajmáninov se tratara, sería Michelet quien pasara la fregona.

Me cago en los muertos de Rajmáninov. Son las seis de la mañana, y mis excompañeros ya están llegando con sus monos mostaza. Me he pasado la noche en vela estudiando la partitura, tocándola en sordina, buscando imposibles aperturas de dedos en los acordes de la introducción. He llegado a lamentar no medir dos metros y tener manos de simio. U ocho patas, como una araña. No sé a qué hora me venció el cansancio, pero era demasiado tarde para coger el metro, así que me tumbé media hora en la moqueta. No podía dormir. La cuestión de los dedos me exasperaba. Pensaba que era imposible, que estaba escrito para un chimpancé, pero como no es un argumento que se le pueda dar a Geithner, me he empeñado. Y he hecho bien, porque la cosa empieza a correr. No todas las veces, pero corre.

Le voy a dar por culo bien dado a Rajmáninov.

Entretanto, me hace falta un café y un poco de aire. A esta hora los pasillos vacíos parecen más largos, y no solo porque he pasado la escoba en ellos durante varias semanas. El sitio no es el mismo cuando se encuentra desierto. Todo se ve más grande, más luminoso, también más sereno. Tengo la ligera impresión de que el edificio me pertenece, de que las pocas siluetas con que me cruzo son intrusos en mi casa. La gente se angustia en los espacios vacíos. A mí me pasa lo contrario. Dentro de una hora, solo querré una cosa: alejarme todo lo posible para evitar la multitud de señoritos.

Por suerte está Anna, pero no tiene clases hasta el mediodía.

Fuera amanece, con un tiempo un poco helado, pero aun así con sol. Me gusta tomar el café aquí, y se ve que no soy el único, porque la Condesa está sentada un poco más allá, con las piernas cruzadas, envarada, con un vaso desechable de Starbucks. Casi no me extraña verla levantada al alba, dos horas antes de la llegada del primer alumno. En realidad, lo que no puedo imaginar es lo contrario: la Condesa en la cama, la Condesa sentada a la mesa, la Condesa en el baño. Esta mujer se parece a Drácula: día y noche está impecable, trajeada, en plena forma. Lo mismo duerme en un ataúd.

—¡Buenos días!

—Buenos días, señor Malinski. Es usted madrugador...

—Usted también.

—Aprovecho estas escasas horas de tranquilidad antes del torbellino.

El exterior debe de sentarle bien; parece mucho menos rígida, a no ser que me esté acostumbrando. Y, para mayor sorpresa, saca un paquete de pitillos y enciende uno. Debo de poner tal cara que acaba por reírse y exhala el humo de costado, como hacen los fumadores para hacerte creer que no respiras su veneno.

—Y sí, señor Malinski, hasta los profesores tienen vicios.

—Vale, los hay peores.

—En efecto.

Pasa un minuto un poco largo. Un sorbo de café. Una mirada al cielo que se va poniendo realmente azul. No sé bien qué decir, y me da la impresión de que ella tampoco.

—¿Lo está consiguiendo? —pregunta, como si adivinara que me he pasado la noche estudiando la partitura.

—Sí. En fin, en eso estamos, pero creo que sí. No le voy a negar que me acojona un poco.

—Dudar es normal. Es incluso una prueba de inteligencia.

Joder, quién se hubiera esperado un cumplido...

—¿Sabe qué dijo Sarah Bernhardt? —comenta a continuación, como si yo supiera de quién está hablando—. A una actriz joven que se jactaba de no tener miedo de salir a escena le respondió: no se preocupe, ya llegará con el talento.

—Qué clase.

—Dice usted bien.

La miro fumar el pitillo y me digo que es un poco extraña. Me ha dado a entender que soy un pringado, que me iba a estrellar contra un muro y que ella perdía el tiempo conmigo, y ahora habla de talento y cita a Sarah no sé cuántos, que seguramente es una actriz vieja de los años ochenta. Hay algo que no encaja. A lo mejor el jefe le pidió que hiciera un esfuerzo, en interés del GPE.

Vale, ahora digo GPE. Empiezo a ser como ellos.

—La pieza que usted ensaya —continúa— está hecha a imagen y semejanza de los conflictos que lo asaltan en este momento. La duda, aunque no solo eso. Rajmáninov la escribió después del fracaso de su primera sinfonía... ¿Lo sabía?

—No.

—Su pasado, los momentos dolorosos de su existencia están presentes en el primer movimiento... La esperanza llega en el segundo, como un regreso a la vida... En el tercero recobra la confianza, al comprender que la música es lo más preciado.

Sonrío.

—Pero él era Rajmáninov.

—Bueno, créame que también se esforzó mucho por llegar a serlo. El talento no nos exime del trabajo, al contrario. Pero usted ya lo sabe... de tanto escucharlo.

A lo mejor no es una buena idea romper la magia de nuestro pequeño encuentro, pero de veras me gustaría saber por qué de repente he dejado de ser una carga para convertirme en una joven esperanza.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Puede.

La Condesa apaga el cigarrillo y —haciendo honor a su nombre— conserva la colilla entre el pulgar y el índice, para tirarla más tarde. Casi espero que levante el meñique, como los nobles de las viejas comedias con las que se ríe mi madre.

—¿Por qué es tan maja conmigo, así de repente?

—¿Quiere decir en clase?

—No, en clase usted es terrible.

En vez de lanzarme una de sus respuestas cáusticas, se contenta con esbozar una media sonrisa, como si de pronto ya no la hiciera enfadar. Ni siquiera la nariz fruncida de Supernanny. Es increíble, o se ha vuelto budista, o ha ganado la lotería... Y, como no me ayuda, me veo en la necesidad de explicárselo.

—Sé muy bien que no soy un buen candidato para usted. Haga lo que haga, a usted le parece

inútil. Me esfuerzo y nunca alcanza. No le gusta la manera en que toco... Y ahora, de repente, tengo la impresión de que las cosas marchan bien.

—Es positivo, ¿no?

—Sí... Pero no necesito un tratamiento de favor. Sé que no le caigo bien, pero lo voy a conseguir.

Se levanta, me mira directamente a los ojos y se sube el cuello del abrigo. No se lee nada en su mirada. Ni emociones, ni desconcierto, nada. La verdad, si se dedicara al póquer, partiría la pana.

—Yo también le voy a hacer una pregunta, señor Malinski. ¿Le parece que tengo el aspecto de alguien que pierde el tiempo?

—Eeh... No.

—Y con razón. Si lo preparo para el concurso, es porque creo en ello, y porque usted tiene la suerte de que lo apoye el señor Geithner. Que usted es un alumno difícil es innegable, pero tiene grandes dotes y la capacidad de conseguir lo que se propone. Es a usted a quien hay que convencer de su talento, no a mí.

Anonadado, la dejo continuar, porque no tengo respuesta.

—Si soy «maja», como dice, es que siento que, por fin, algo se mueve en su cabezota dura, y que ya no hay que suplicarle que aproveche su oportunidad. ¿Me equivoco?

—No.

—Pues ahí tiene la respuesta a su pregunta.

Me gustaría decirle que pasé la noche practicando las aperturas de dedos, que dormí media hora en el suelo para no renunciar, que le voy a dar por culo bien dado a Rajmáninov, pero no soy David. No voy a mostrar mis dibujitos en busca de elogios. Pronto verá que he ensayado las aperturas. Tal como ha visto que estudié la partitura y sentido que ahora quiero el premio. No para complacerla a ella, ni a Geithner, quizá ni siquiera a mí mismo. Lo que quiero es ver el orgullo en los ojos de Anna el día en que yo toque en público.

Un concierto es más que la música. Es la espera entre bastidores, el susurro del público, el vistazo furtivo que se echa a la sala. El miedo, los calambres en el estómago, la respiración acelerada. La entrada en escena entre aplausos, el saludo, los últimos segundos antes del silencio, la sala que calla. El corazón que se niega, la razón que entra en juego, el teclado que parece casi hostil. Luego la música. Un concierto es un salto en paracaídas: lo más difícil es la preparación.

Mathieu lo ha comprendido y ahora tiene miedo.

Es normal.

Me siento casi cruel por traerlo al Théâtre des Champs-Élysées a ver su primer espectáculo, vestido con una horrenda chupa de cuero falso en vez de una americana. Pero le hacía falta. Necesitaba ver, comprender, concretizar la imagen abstracta de lo que le espera. En los últimos días, había cobrado confianza, quizá demasiada, hasta el punto de creerse los cuatro Beatles juntos. La llegada en helicóptero, los estadios histéricos. El Gran Premio en el bolsillo: fijo. Cuando me preguntó si se firmaban autógrafos al salir del auditorio, o si las «chavalas» te acosaban en Facebook, me di cuenta de que era hora de que abriera los ojos. Que se hiciera con algunos fragmentos de este mundo que no es el suyo. Sin ello, e incluso con la mejor preparación, se estrellaría contra la realidad como una mosca contra un parabrisas.

La fantasía es su enemigo.

Es el enemigo de todo el mundo.

Ahora tenemos que abrirnos paso por la escalera llena de gente, y en eso Mathieu no tiene igual. Lo sigo mientras se cuela sin dudarlo, como un gato entre la multitud. La magnífica *Suite española* que cerró el programa sigue resonando en mis oídos, y sé que también él vibra por dentro. En la sala vi su mirada fascinada, sus grandes ojos de niño que no puede creer lo que ve.

—¿Y bien?

—¡Fue mortal! —contesta, evitando chocarse con un vestido rojo.

Mortal. La expresión me hace sonreír, porque aquí no significa lo mismo. Esperemos que nadie la utilice para describir su actuación, cuando le toque a él sentarse a la luz de las candilejas.

—¿Tomamos una copa?

La pregunta le sorprende, bien porque no tengo cara de beber copas —el colmo—, bien porque piensa que un profesor nunca será más que un profesor.

—Eeh..., sí, claro.

—Va a ser difícil llegar al bar... Habrá que meter codos.

—Sígueme —contesta con una risita.

Nunca he accedido tan deprisa al bar del teatro, ni siquiera cuando yo presentaba a un artista. Aun así, he tenido tiempo de estrechar algunas manos por el camino, hola cómo estás, sonrisas, asentimientos de cabeza. Todo París está presente. Denis Lavergne y su esposa, que me miran

fugazmente, como si me hubiera levantado de la tumba. Anne, caramba, a quien no he visto en años, y Jacques-Antoine, el inevitable, que intenta besarme con sus mejillas sudorosas. No sabría decir si he echado de menos todo esto; creo que no.

—¿Qué quiere tomar? —pregunta Mathieu, que se ha deslizado entre dos tipos con gafas, para acodarse en la barra.

Lo miran mal, pero no le importa: la juventud, el descaro y la fuerza de su descortesía le dan alas. Lo envidia.

—Un armañac.

Mientras se palpa los bolsillos —aprecio el gesto—, es mi turno de usar los codos para pagar las copas, aun a costa de volcar la mitad de un cuenco de cacahuetes sobre la alfombra. No todo el mundo puede moverse con soltura en una multitud.

Brindamos con cerveza y armañac.

—¡Salud! —dice, tan alto que echo un vistazo para cerciorarme de que nadie nos ha oído.

—Por el concurso —respondo alzando la copa.

Aquí no se dice «salud», como tampoco se dice «buen provecho» en la mesa. No se hacen chistes pueriles, ni *selfies* en las escaleras. Todas esas cosillas —por no hablar de la chupa de cuero— lo señalan como a un intruso en este teatro donde cada cual desempeña perfectamente su papel. Pero ya habrá tiempo de pulir esos detalles.

—¿Y ese qué hace aquí? —pregunta de repente Mathieu.

Guardo mi billetero en el bolsillo, me deshago en disculpas al empujar a todo el mundo y me vuelvo hacia el grupito que Mathieu mira con hostilidad. Sébastien Michelet. Con una copa en la mano, muy guapo en traje de yerno ideal: americana gris perla, camisa blanca, corbata satinada. Sin duda Mathieu se refiere a él, pero yo veo a Ressigeac en compañía del astro del momento, el buitre Alexandre Delaunay. Ya está aquí. No se ha demorado en venir a París después de hacer correr el rumor de su llegada como quien anuncia el nacimiento del Mesías. Solo faltan los Reyes Magos y la estrella de Belén. En cuanto al burro y el buey, Michelet y Ressigeac dan muy bien el tipo.

—Se hace ver —respondo clavando la mirada en mi rival.

—¿Por quién?

—Por todos. Este un mundillo... Aun cuando no sea más que su reemplazo en el concurso, o su suplente, no sé cómo llamarlo, supongo que espera ocupar su lugar.

Al ver su cara crispada, me doy cuenta de mi metedura de pata.

—¿¡Cómo!? ¡Pero no me lo había dicho!

—Por la sencilla razón de que no lo he sabido hasta hace unos pocos días.

Su mirada, a un tiempo incrédula y encolerizada, parece buscar en la mía un desmentido que no encuentra.

—Quiere decir que...

—Quiero decir que, si usted abandona, él aprovechará para presentarse. Y créame que no me hace más gracia que a usted.

—No tengo ganas de entrar en competición con ese imbécil —protesta con un mohín de niño contrariado—. Si quiere el concurso que se presente. A mí me la trae al paio; fue usted quien me vino a buscar.

Es casi gracioso verlo aferrarse a su puesto, después de haberlo rechazado tanto. A lo mejor debí comenzar por ahí.

—A usted lo he defendido desde el principio, Mathieu, y lo seguiré haciendo. Olvídense de

Michelet, a él le toca el peor papel.

Ressigeac me ha visto y me hace señas para que nos acerquemos. Pero Mathieu no suelta el tema.

—Claro, ¡usted está tranquilo! —estalla de pronto—. Me presenta al Gran Premio, nunca se sabe, aun si no tengo el perfil adecuado, en plan malentendido. Y si no doy la talla, si no tengo el nivel, si pongo muchas pegas, no pasa nada: ¡está Michelet!

La pedagogía más elemental exigiría que le respondiera con una indulgencia paternalista, como se le responde a un alumno a fin de bajarle los humos y recordarle la distancia que media entre nosotros. Pero ya no soy el que era. Estoy cansado, he perdido la fe y se merece la verdad.

—Las cosas no siempre son tan simples, Mathieu. ¿Sabe quién es el tercer hombre, allí entre Michelet y el director?

—No.

—Es mi reemplazo. Mi Michelet. Él también espera que yo dé un paso en falso; y, si caigo, ocupará mi lugar.

Como si hubiera recibido un golpe en la cabeza, Malinski se me queda mirando con la boca bien abierta.

—¿Lo dice en serio?

—Más en serio imposible.

—Pero... ¿por qué?

—Porque esto es un nido de víboras, nadie es director de por vida y puede tocarme jugarme el puesto, como a usted, sin tener más opción que dar batalla. Y usted hará lo mismo en lugar de lamentarse, porque ellos no se lo pensarían dos veces.

En su cara se dibuja una sonrisita.

—Venga —le digo dándole un golpecito en el hombro—. Vamos a saludar a nuestros «amigos». Cuento con usted para causar una buena impresión.

Alexandre Delaunay ya desenfunda su más amplia sonrisa, mientras se ajusta el cuello de su camisa entallada. Me lo imaginaba más alto. Menos joven. Pero no le falta atractivo, y su pelo cuidadosamente despeinado —la marca de su generación— le da un aire falsamente *cool*. Ya lo detesto.

Una última mirada a Mathieu, que me sigue con aire angélico.

—¿Preparado?

Su respuesta, dicha en una voz tan baja que soy el único en oírla, resume bastante bien lo que pienso.

—Les vamos a dar por culo bien dado.

Batirse en retirada es un arte. Un arte que domino desde hace suficiente tiempo como para no dejarme embarcar en una segunda copa de champán, una nueva batería de preguntas, que sería difícil eludir. Ya han visto bastante. Lo necesario. Un Mathieu de sonrisa enigmática, cortés, casi bien educado; y su fama escandalosa ha hecho el resto. De dónde viene. Qué formación ha tenido. Cómo pudo verse catapultado al Gran Premio a la Excelencia cuando nadie ha oído nunca hablar de él. Todas esas preguntas incluso Ressigeac se las hace, y nuestras debilidades se convierten en fortalezas. Juraría que vi un fondo de inquietud en los ojos del Mesías, entre dos sonrisas de alto funcionario.

Alexandre Delaunay es tal como me lo imaginaba.

Y yo estoy muy contento de mi pupilo, que, a falta de «darles por culo bien dado», ha estado perfecto.

A la salida del teatro, hay que cazar un taxi, lo que nos obliga a un último baño de multitud al escapar en dirección al barrio de Saint-Honoré. Me envuelvo en mi bufanda y me cubro la cabeza con un grueso gorro de lana que despierta las risitas de mi joven protegido.

—¡Vaya elegancia!

—Puede ser, pero no tengo intención de cogerme una gripe.

Él tampoco, por lo que dice, y quiero creerle, porque a su edad me bastaba con un golpe de viento. Hace frío, pero promete ser una noche hermosa, y me siento en paz. Llevaba tiempo sin asistir a un concierto en calidad de simple espectador, con la emoción por toda guía. Llegué a creer que ya nunca querría hacerlo.

—¿Cómo vuelve a casa, Mathieu?

—Cojo el metro en Concorde... Con un poco de suerte, pillaré el último tren.

Un tercer taxi pasa delante de nuestras narices, con la luz roja y pasajeros en traje de noche recién salidos del teatro. Después otro, libre, al que no le parece oportuno detenerse cuando le hago señas.

—Lo puedo acercar, si quiere.

—No, gracias —responde sonriendo—. Es muy amable, pero va a tardar mucho.

—A estas horas se circula rápido.

—¡Y le va a costar un pastón! Los taxistas son unos ladrones.

De repente, se me ocurre una idea que nunca habría tenido sin esta caminata nocturna que me hiela los huesos.

—Estaba pensando, Mathieu... Tengo una pequeña buhardilla, un estudio en la última planta de nuestro edificio, bien acondicionado, que no me sirve para nada. ¿Quiere que le dé las llaves? Podría utilizarlo hasta la fecha del concurso.

Se queda mudo y quizá desconfía un poco, no sé por qué.

—Eeh... Gracias, pero no tengo con qué pagar el alquiler.

—No se preocupe por eso. No le pido dinero.

—¿Y no alquila el estudio?

—No.

De nuevo me mira, como si le ocultara un secreto de Estado.

—¿Por qué me lo ofrece?

—Para ahorrarle el tiempo del transporte y evitarle el cansancio y el estrés. El concurso ya es bastante exigente como para agregarle los problemas del día a día. Pero, si no le interesa, no insisto. Es por su bien.

Me observa. Siempre desconfiado. Como si yo intentara venderle enciclopedias.

—Me pone usted en un brete —dice al cabo.

—No debería. Si se lo propongo, es porque no supone ningún problema. El estudio está vacío; mejor que lo aproveche alguien.

Ya ha aceptado, lo sabemos los dos, pero se sigue negando por principio, lo que es una muestra de buena educación. Y, como no voy a pasar la noche en medio del viento que se levanta, saco el juego de llaves de casa para desenganchar la que corresponde al estudio, con su funda protectora de plástico azul.

—Tome. Le envío la dirección, el código del portal y todos los detalles por mensaje de texto.

Tras vacilar por última vez, se guarda la llave, porque hace frío y la idea de instalarse en el

centro de París bien vale dar el orgullo a torcer.

—Gracias.

—Puede mudarse esta noche, si le conviene. Tal vez haya un poco de polvo, pero nada grave.

—No sé qué decir —concluye, más conmovido que si le ofreciera el Petit Trianon.

—No es nada, Mathieu, no le dé tanta importancia. Y ya verá que el barrio es muy agradable.

Por fin un taxi se digna detenerse con los intermitentes puestos para bajar la ventanilla y preguntarme dónde voy. Una tradición parisina que sería preferible evitar, sobre todo con este frío polar, pero protestar es arriesgarse a seguir a pie. Es mi día de suerte, el gran señor acepta cruzar el Sena y quita el cierre a la puerta de su enorme berlina negra. Mathieu no se mueve, incómodo, como si siguiera buscando palabras de agradecimiento. Con la capucha de la sudadera echada, la chaqueta cerrada hasta el cuello, las manos en los bolsillos y sus enormes zapatillas, no inspira confianza al conductor, que no le quita los ojos de encima mientras me meto en el habitáculo.

—¿Todo bien, señor? —pregunta con desconfianza.

—Muy bien, ¿por?

Cuando me abrocho el cinturón, arranca a fondo.

—Me pareció que lo estaban acosando.

Una ojeada al retrovisor, dos veces, como si Mathieu fuese a salir corriendo tras el coche.

—No, en absoluto.

—Ah, mejor así, dirá usted.

—Sí, mejor así.

Me acomodo en el respaldo, cuyo fuerte olor a cuero me revuelve el estómago. No debería haberme saltado dos comidas hoy, ni bebido dos copas en ayunas.

—En cualquier caso —insiste el taxista—, hay que ser precavido. Todos los días veo a chavales así, que andan por la calle... Empiezan por pedir un pitillo y después...

Poco importa lo que pasa después. Las luces titilan blancas y frías a través del cristal empañado, y el coche toma por el puente Alexandre-III. Las imágenes de la velada desfilan de manera contradictoria en mi mente, del magnífico concierto que ha reavivado mi placer de espectador a la sonrisa melosa de Alexandre Delaunay. La gran diferencia de sensaciones me deja un poco aturdido.

Y entregué las llaves del estudio, así como así.

Es probable que Mathilde no lo vea con buenos ojos.

—Si yo fuera ministro del Interior —continúa el conductor sobre un fondo musical de la radio RTL—, le puedo decir que les quitaría las ínfulas a esos ladronzuelos.

Ya hablaremos cuando sea ministro del Interior. Entretanto, clavo la vista en las luces de fuera, haciendo caso omiso de las miradas que me lanza regularmente por el retrovisor. Nunca me ha gustado conversar de esto y lo otro con la panadera, pero menos aún estoy dispuesto a arreglar el mundo con un taxista agriado.

—En Rusia es distinto, ¿eh? Putin puede gustarle a uno o no gustarle, pero con él los sinvergüenzas se cuidan.

Delante de Matignon, hay un policía con chaleco antibalas helado en una cabina. Nuestras miradas se cruzan con suma indiferencia, y me pregunto cuánto tiempo aguantaría yo así, inmóvil, en una pecera.

—¡Igual le he salvado a usted la vida!

—¿Cómo dice?

Hay algo admirable en este imbécil, que ha conseguido captar mi atención en la esquina del

bulevar Saint-Germain. Por poco no he resistido hasta el final.

—Con el chulito ese, hace un rato. No sé lo que quería, pero si yo no hubiera pasado en ese momento... ¡Igual usted hubiera terminado la noche en urgencias!

¿Por qué no en la morgue, puestos a ello?

—No era un «chulito».

—Eso es lo que se dice antes de que a uno le claven un puñal —responde riendo—. No se imagina lo que se ve en París de noche. Y encima con tanto extranjero...

Le indico que se detenga antes de entrar por las calles laterales: más vale el frío que un minuto más en su compañía.

Por suerte acepta tarjeta de crédito.

Es raro.

—Aquí tiene, señor. ¿Está seguro de que no quiere que dé la vuelta? Incluso en los mejores barrios...

Le cierro la puerta en las narices, después de dudar si echarle en cara que el chulito cuya amenazante sombra acaparó todo el trayecto toca sin partitura unos *Nocturnos* que podrían arrancarle lágrimas. Por poco que sepa llorar. Pero me lo pienso. Y espero, en lo más hondo de mi ser, que un día anuncien a Mathieu Malinski en el teatro delante del que este imbécil ha creído que me salvaba la vida. Esa será su revancha. Contra la vida, los prejuicios y todos los taxistas del mundo.

Podría haber esperado a mañana. O al fin de semana. Decirle a mi madre que me voy, pero no de verdad, solo unos días, explicarle cara a cara que no la abandono. Anunciarle que me presentaré al concurso. Que sigo tocando el piano, aunque ella crea que llevo años sin rozar un teclado. Prometerle que volveré pronto, jurarle que David se las apañará solo, que la vecina se ocupará de él, como en la época en que yo hacía tonterías con mis amigos. Que David es mucho más independiente de lo que se imagina. Y que todo saldrá bien.

En vez de ello, preparo la mochila a la una de la madrugada.

Sin hacer ruido.

Como un ladrón.

Se lo anunciaré mañana; por SMS o por teléfono será más simple. Menos dramático: «Mamá, me voy. Por unos días, a casa de una amiga que me presta su piso». (Pues así es, tengo amigas que me prestan pisos). Así me ahorro dos horas de viaje por día. Podré dormir por la mañana. Eso le diré, y funcionará de maravilla. Ella está en posición de saber que el tren a la hora punta desgasta, que tengo que levantarme en plena noche para limpiar el suelo del Conservatorio. Sabrá comprenderlo. Aun cuando no pueda comprender que no dejaré nunca el piano, por más que no sea para «gente como nosotros».

Hace años que cree que se acabó, que pasé página.

Sin quitarme los zapatos, me he internado en silencio en el salón oscuro, buscando a tientas el cargador de mi móvil. He abierto suavemente la puerta corredera del armario, apretando los dientes como si así fuese a impedir que rechinara. He sacado la chaqueta de plumas. La mochila. Después he entrado a hurtadillas en mi habitación para llevarme algo de ropa, y, como tengo poca, he dejado en el armario un gran vacío de madera blanca. Con eso se encontrarán mañana: la sola idea me oprime el corazón. Pero no me marchó a la guerra, coño; solo voy a pasar unos días en París, en casa de burgueses.

He cogido camisetas, jerséis, vaqueros y zapatillas. Una gorra. Y como tengo un poco de miedo de sentirme solo, me llevo algunos mangas, para no pasarme las noches mirando el techo. Ya los he leído, pero no importa, es fácil releerlos, y además odio el vacío. Cuando era niño y no podía dormir, esperaba a que mi madre me diera las buenas noches para luego encender una linternita debajo de mi edredón y leer el mismo cómic durante horas.

—¿Mathieu?

Joder, he despertado a David.

—¿Qué haces levantado? Vuelve a la cama, ¡es supertarde!

—He oído un ruido...

Me hace reír, con el pijama que le queda pequeño y del que no quiere desprenderse porque tiene impresa la cara de Harry Potter.

—No pasa nada, era yo. Estaba buscando algunas cosas. Vuelve a la cama, te digo.

De repente, ve mi mochila y se asusta. Su actitud me trae viejos recuerdos, que, la verdad, no tengo ganas de reavivar.

—¿Te vas?

—Me voy a dormir a casa de una amiga.

—¿Quién?

—No la conoces.

Inquieto, medio dormido, me mira con sus ojos de búho.

—¿Te llevas los mangas?

—Sí, para leer, no tengo sueño.

—Yo tampoco —dice bostezando—. ¿Me prestas uno?

Dejo la mochila para ponerle la mano en el hombro y reconducirlo suavemente a su habitación.

—Se te cierran los ojos, David. Vamos.

Se duerme de pie, pero la preocupación le impide abandonarse al sueño. Los niños son como los perros, sienten cuando algo se sale de lo común.

—¿Estarás aquí por la mañana?

—No. Voy a pasar unos días en su casa. Es más práctico para el curro, así estoy justo al lado.

Su cara se descompone.

—Pero no te preocupes —le digo, desordenándole el pelo—. Son solo unos días.

—¿No vas a ir a la cárcel?

—Claro que no, ¿de qué voy a ir a la cárcel!

Su carita de perro abandonado convencería a cualquiera de deshacer la mochila, pero tengo que vivir mi vida. Un piso gratis en el centro de París, donde puedo estudiar las partituras sin el ruido de las *scooters*, donde puedo invitar a Anna, no se rechaza. Nunca he tenido un sitio propio. Nunca. Ni siquiera una habitación con llave, donde ver vídeos porno tranquilo. Y algún día me iré para siempre, coño, así que tendrá que aprender a arreglárselas solo.

Lo acuesto, lo tranquilizo, lo arropo. Es lo mejor que puedo hacer.

—¿Mat?

Joder, dos minutos. Apenas me ha dado tiempo para terminar la mochila y ya ha vuelto bamboleándose hasta la puerta.

—¿Y ahora qué pasa?

—¿Puedes tocarme algo? No puedo dormir.

—Es muy tarde...

—Porfa.

Me muestro vacilante, para que no piense que con solo poner voz de ratoncito podrá obtener todo lo que quiera. Es un mal hábito, pero me engatusa siempre. Sé que, por la noche, cuando me da por tocar, me escucha a través de la delgada pared que separa nuestras habitaciones. Sería una tontería privarlo de ello. Por más que me monte un numerito. Y en todo caso no será por mucho tiempo; en dos o tres años, tendrá una sombra de bigote, una voz ridícula y pies malolientes.

—Vale. Pero una sola, ¿eh?

Será el noveno *Nocturno* de Chopin, como siempre, porque es su pieza favorita. Como es habitual, viene a sentarse a mi lado, para mirar las teclas como si de un espectáculo de fuegos artificiales se tratara, y poco a poco se relaja. Siente que los miedos se van volando, la música entra en su cuerpo, cierra los ojos, sonrío y se acurruca contra mí como un animalillo. Al final de la pieza, su respiración se ha vuelto regular y su cabeza pesa contra mi hombro. Entonces lo llevo

a su cuarto y lo tiendo en su cama, donde sigue durmiendo con una sonrisa, con música en la cabeza, mientras cierro la puerta en silencio.

Tiene suerte de que su hermano sea pianista.

Podría haber sido boxeador.

Tocar en la oscuridad. Es una sensación inimitable, como flotar, estar a la deriva, momentos fugaces en los que uno se olvida de sí mismo. El piano, como un viejo amigo, se espabila entre mis dedos y la música se estira, aún indecisa, incómoda, como si volviéramos a amansarnos. Shostakóvich, *Concierto n.º 2*, segundo movimiento. Mientras las luces de la ciudad se infiltran en la negrura para acariciar la biblioteca, las sombras resultan tan familiares que me siento bien por primera vez en mucho tiempo. No sé qué hora es, no importa, me siento revivir y los cubitos se han derretido en mi vaso. No he bebido ni un sorbo. No tengo ganas. No me gusta el vodka.

—¿Qué haces?

La luz se ha encendido de repente, obligándome a fruncir los ojos. Mathilde está de pie en el marco de la puerta, con uno de sus camisones nuevos, informes, tristemente cómodos, que casi harían olvidar los momentos que pasamos aquí en la oscuridad, yo al piano, ella en el sofá, disfrutando de la música cuando la gente duerme. Aquellas noches que acababan en el aliento de un abrazo, en cualquier parte, encima de un mueble o contra la pared, entre carcajadas sofocadas, con la embriaguez de creer que aquello duraría para siempre. No éramos como los demás. Habíamos sobrevivido al tiempo.

—Pues ya ves. Toco.

—¿A las dos de la mañana?

Esa es la hora, ahora lo sé. Cuando me senté al piano, debía de ser la una, tal vez un poco menos, y los cubitos de hielo tintineaban dentro del vaso. La música entabla una relación extraña con el tiempo. Me da la impresión de que he vuelto de un largo viaje.

—Disculpa si te he despertado. Estaba seguro de que tenías puestos los tapones para los oídos.

—Te he dicho que ya no los soporto.

—Lo siento, lo había olvidado.

Por dentro me lo reprocha, y la entiendo, porque sé que le cuesta dormir. No es el mejor momento para echar más leña al fuego, pero tampoco tiene sentido esperar.

Adopto mi tono más distante.

Y lo lanzo.

—Por cierto, hay alguien que va a pasar un tiempo en el estudio.

—¿Cómo? ¿Lo has alquilado sin decirme nada?

—No, no lo he alquilado. Se lo he prestado a un alumno.

Al oír la noticia, pone los ojos en blanco de la indignación, como si yo hubiera cometido un sacrilegio.

—¿O sea que ahora alojas a tus alumnos? Habíamos preparado la habitación para los estudios de Thomas, no para hospedar a cualquiera.

—No es cualquiera, Mathilde, es una buena persona, y a nosotros el estudio no nos sirve de

nada, incluso hemos hablado de venderlo.

—No es lo mismo.

Al cabo de un momento de silencio, creo que el debate ha terminado; pero no, acaba de empezar.

—Y no le cobras alquiler —dice, aunque sé que le da igual.

—No. No tiene dinero y no lo necesitamos.

—Ese no es el asunto.

No le pregunto cuál es el asunto, porque ni siquiera ella lo sabe. Lo que la roe por dentro es el hecho de que acabo de parar el mecanismo, nuestro descenso interminable hacia ninguna parte. Thomas ya no está. No podemos seguir en suspenso, fuera del tiempo, sin mover un mueble por miedo a admitir que la vida continúa. Ni siquiera tuvo tiempo de vivir en el estudio; es solo un proyecto inacabado, una cáscara vacía. Ya no quiero encerrarme en mi dolor, vivir el resto de mi vida en un museo dedicado a contemplar mis pesares.

—¿Es un alumno o una alumna? —me pregunta de pronto.

Como si yo solo hiciese cosas por interés. Como si quisiera follarme a una chica de veinte años. En memoria de la tarjeta ahogada en el Sena, no puedo evitar sonreír.

—Es un chico, se llama Mathieu, y tiene las cualidades de un gran pianista. Ya verás cuando lo oigas tocar. Es el candidato que presento este año para el Gran Premio a la Excelencia.

—¿El chico que recogiste en la calle? —protesta, completamente indignada.

—Que descubrí en una estación. Pero ¿quién te ha dicho eso?

—Me llamó André, para preguntarme cómo iban las cosas en casa. Me lo contó todo. Está muy preocupado por ti, ¿sabes?

La intrusión de Ressigeac en mi salón a las dos de la madrugada tiene algo de violenta. Y encima quedo como un traidor por hospedar a alguien en la buhardilla.

—Pues es el único. Todos los que han oído tocar a Mathieu comprenden por qué apuesto tanto por él. Ressigeac no es más que un funcionario, no sabe nada de música.

—¿Lo crees realmente, Pierre?

—¡Claro que lo creo! ¡Y vamos a conseguir ese premio!

—No me refería a eso.

Levanta mecánicamente mi vaso de vodka lleno de hielo derretido y se lo lleva a la nariz antes de dejarlo.

—Abre los ojos —dice con voz grave—. Sé por qué lo haces, pero este chico no es tu hijo... Se está aprovechando de su suerte, porque ha sentido tu debilidad.

—Tú no lo conoces.

—André cree que eres el único que no ve que te está manipulando.

—André es gilipollas.

—El diploma del Conservatorio, la llave del estudio en la mano... ¿Qué más piensas hacer por él? ¿Adoptarlo?

—Basta, Mathilde.

Poco a poco regresa su máscara de cera, encubriendo sus emociones. Es terrible pensar que, después de todos estos meses de vacío, lo único que la ha hecho salir de su letargo, aunque sea por unos minutos, ha sido la amargura.

—No vas a reemplazar a Thomas —concluye fríamente—. Sobre todo, no con un granuja cualquiera.

—No juzgues sin saber.

—¿Sin saber? Me parece que una condena penal nos da una cierta idea de su carácter.

Ya no tengo nada que responder, nada válido, solo un gran deseo de estar en otra parte y quizá de beberme el vodka, al fin y al cabo.

—Vas a perderlo todo, Pierre. Vas a perderlo todo y ni siquiera te das cuenta.

Al abrir los ojos me he preguntado dónde estaba. Es bastante guay despertarse en una cama que no es la tuya, en una habitación que no es la tuya, tan bonita y limpia que te da la impresión de estar en un anuncio publicitario. Me molan los colores —beis, gris—, al mismo tiempo luminosos y tenues. Aquí la luz es diferente. Más suave, más velada, no sé cómo decirlo, pero dan ganas de pasarse el día bajo el edredón, entre el olor de incienso que flota todavía en el aire. Encendí una varilla antes de dormir, estaba para eso, en un soporte de madera, y el aroma ha quedado suspendido, me ha acompañado toda la noche.

Y el silencio, joder. La única vez que dormí como esta noche fue en una excursión escolar a la montaña.

Me levanto, abro las cortinas. Una vista estupenda de los tejados. El campanario de una iglesia, una chimenea humeante. Una chica que fuma en su ventana. Y una paloma que me mira torcido, porque estaba tranquila encima de un canalón. Le sonrío. Hay sol, sin duda con frío, pero la temperatura de la habitación es ideal. Podría pasearme todo el día en pelotas sin coger un resfriado, pero me visto, porque ya son las ocho y veinte, y Anna acaba de responder a mi SMS.

¡Voy para allá!

Sí, porque además estamos a diez minutos del Jardín de Luxemburgo. A diez minutos de su casa.

Termino de ordenar mis cosas en el armario blanco grande, cuyas puertas son espejos. Hay suficiente espacio para un A380, y más perchas que en una tienda de ropa. He invadido los cajones, he puesto mis camisetas en los estantes, he alineado mis zapatillas en las cajitas de tela. Y he guardado la mochila bien arriba, con las almohadas de más, metiéndola bien al fondo, como si fuera a quedarme años. No importa cuánto vaya a estar aquí, quiero sentirme en casa.

Es fabulosa, mi casa. Pequeña, pero tan elegante que no me atrevo a tocar nada, como si hubiera dormido en el salón de exposiciones de una tienda de muebles y de pronto fuese a aparecer un vendedor para pegarme dos gritos. Un apartamento como los que se muestran en los programas de decoración, para enseñar a los pringados que no logran vender los suyos lo que se puede hacer con una superficie pequeña. Grandes ventanas con doble acristalamiento que cancelan el ruido al cerrarse. Una lámpara de techo de diseño, un escritorio de cristal, una tela un poco satinada colgada en la pared, y solo los adornos necesarios para dar vida al lugar: un elefantito de madera, al estilo indio, y el chisme ese para quemar el incienso. Pero lo mejor es la cama de ciento cuarenta centímetros de ancho, con varias capas de colchones, y la capa superior más blanda, para hundirse sin romperse la espalda. No me lo podía creer cuando me eché encima al llegar anoche... Con los brazos en cruz, los ojos cerrados, habría pensado que estaba en una nube. En serio, dos noches más tumbado allí y nunca podré volver a dormir en mi cama de enano, de la que

me sobresalen los pies cuando me deslizo demasiado abajo.

Incluso hay un televisor en la pared. Y un mando a distancia en la mesita de noche.

¿Cuál es el código?

3542B

Una última mirada de propietario: todo estupendo. Y ya oigo la puerta del ascensor en el pasillo.

—¡Hola, vecino!

Perdida en la gran bufanda que le resalta los ojos, esta mañana Anna muestra un lado frágil. La tomo en mis brazos, la miro, le sonrío y, como todos los días, me digo que no puedo tener tanta suerte. Su presencia ha iluminado el pasillo. Su perfume la precedió unos segundos. Hay algo mágico en ella, algo que da ganas de comerse el mundo. En cuanto llega, no necesito nada, no deseo nada, solo a ella.

Nos besamos un rato en la puerta, y entonces recuerdo que he estado esperando este momento horas.

—Pase por aquí, querida señora, si no es mucha molestia. Bienvenida a mi castillo.

—Gracias, querido señor.

Sé que para ella la habitación no es gran cosa, que la suya es el doble de grande, pero aun así se queda embelesada. A lo mejor lo dice para complacerme, o porque le gustaría tener una habitación así, con una entrada aparte, en lugar de cruzarse con sus padres al desayunar. La independencia bien vale diez metros cuadrados.

—Madre mía, ¡es la caña!

—Y que lo digas.

—Pero no entendí tu mensaje... ¿Era solo por esta noche o te vas a instalar aquí?

—Me puedo quedar hasta el concurso.

—¡Guau! Creí que Geithner solo te había alojado después del espectáculo, para que no tuvieras que volver a pie.

—No. Vamos a ser vecinos.

—Es increíble... ¿Te ofreció el estudio, así como así?

—Sí. Para que no pierda tiempo con el transporte.

—O para tenerte a mano y ponerte a estudiar día y noche —dice con una sonrisa.

Me agarra por la camisa, me atrae y me besa el cuello.

—Vas a necesitar un guía para poder apañártelas en la zona. Este barrio es la jungla...

—No sé si puedo permitírmelo. ¿Cuánto cobras?

—¡Nunca me habían hecho esa pregunta!

Su carcajada me hace querer desvestirla allí mismo, sus ojos dicen otro tanto, pero vamos a llegar tarde, y no me veo diciéndole a la Condesa que me he perdido su clase por eso.

Nos besamos, nos miramos, nos alejamos. Con dificultad...

—Esta noche tendremos tiempo —me susurra al oído.

Cojo la bolsa, las partituras y la chaqueta de plumas porque hace un frío tremendo, mientras Anna retiene el ascensor, cuya reja arruinada se atasca sola. La cabina es tan pequeña que estamos pegados, y aprovecho para ponerle las manos en las nalgas. Me responde con un pequeño mordisco en el lóbulo de la oreja, que me produce un escalofrío en la espalda. Debe de ser menos divertido cuando bajas con un extraño, pero ahora casi quiero presionar el botón de parada.

Y entonces el ascensor se detiene en el cuarto.

Entra una mujer, de unos cuarenta años, bastante elegante, un poco pálida, con los ojos de un azul cambiante, como de vaqueros oscuros. Buenos días, buenos días, intercambio de sonrisas educadas. No sé por qué, pero me parece que no deja de mirarme, o quizá es que estamos como sardinas.

Cuando llegamos abajo, le sostengo la puerta y entonces me queda claro que me mira con insistencia.

—Usted es Mathieu, ¿verdad?

—Eeh..., sí.

—Mathilde. Soy la esposa de Pierre.

—¡Ah! Hola... No sabía... Le agradezco mucho la habitación, señora, es realmente muy amable.

Anna se presenta —sin olvidar su apellido— y le estrecha la mano antes de dar un paso atrás, con una mirada de niña buena que nunca antes le había visto.

—Si le ayuda, por mí encantada —contesta ella, mientras me observa—. ¿Cuánto tiempo piensa quedarse?

—No lo sé, habrá que verlo con el señor Geithner. En principio hasta el concurso, pero, si necesitan la habitación, puedo irme antes.

—No, no, está bien. Era solo... por saberlo.

Breve silencio incómodo. No me atrevo a decirle que llevamos retraso, así que espero.

—¿Parece que prepara usted el Gran Premio a la Excelencia? —me dice en un tono mundano, como si estuviéramos tomando el té en casa de la baronesa.

—Así es.

—Hará falta ensayar mucho, supongo.

—Bastante, sí. De hecho, tenemos que irnos... Llegamos tarde.

—Por supuesto. No quiero entretenerlo.

Pero nos entretiene un poco más, volviéndose hacia Anna, como si le sorprendiera que siga allí.

—Anna, ¿verdad?

—Sí, señora.

—¿Usted también se hospedaría aquí?

—No, vivo cerca, en la rue d'Assas. Solo he venido a recoger a Mathieu.

—Ah. Se lo preguntaba por el portero... Usted me entiende.

Lo que entiendo es que se piensa que Anna va a *okuparle* la habitación, y eso me irrita, porque estoy seguro de que, si hubiera sido blanca, nunca le habría hecho la pregunta.

Pero a lo mejor me equivoco.

Tal vez le hubiera preguntado lo mismo a la chica que baja las escaleras en este momento con un bolso Eastpak y una larga cabellera rubia bajo un gorro de lana gruesa.

—Que tenga un buen día —le digo, en el portal del edificio.

—Que tengan un buen día, Mathieu.

No me cae nada bien esa mujer. Y se ve que yo tampoco a ella. Debo de parecerle demasiado barriobajero. Gentuza. Una mancha en el decorado, un intruso en su casa de muñecas. Se le nota en los ojos que, si por ella fuera, yo ya habría devuelto la llave para regresar a mi barrio. A lo mejor me equivoco, y no me gusta suponer eso cuando me presta un pisito que podría alquilar por una fortuna, pero es así, siempre he confiado en mis instintos.

Poco importa; que piense lo que quiera.

Yo voy a seguir hasta el final.

Por más que tenga que reventarme los dedos a fuerza de buscar las jodidas aperturas.

Malinski en urgencias.

Ressigeac no ha juzgado oportuno decir más, y he abandonado el almuerzo de inmediato para subir de un salto a un taxi. Imagino lo peor, y como Mathieu no responde a mis mensajes, llamo a Élisabeth, con quien tenía clase esta mañana. A lo mejor sabe algo más, aunque sea la naturaleza del accidente, y el hospital donde lo han ingresado.

Me pregunto si alguien avisó a su madre.

Con una mano un poco febril, me abrocho el cinturón diciéndole al conductor que aún no estoy seguro de mi destino. Este episodio reaviva recuerdos cuidadosamente soterrados, momentos de profunda angustia que vuelven por oleadas. Procuero ahuyentarlos, porque no hay ningún motivo para que sea grave. Ninguno. Puede tratarse de una contusión, una alergia, tal vez un simple vahído.

—Hola.

—Élisabeth, soy Pierre. Me he enterado de lo de Mathieu. ¿Qué ha pasado?

—Lo que tenía que pasar —responde con mucha calma—. No ha sido por falta de previsión.

—¿De qué hablas?

El momento es surrealista.

—Se hizo daño en los dedos al practicar un acorde de cuatro notas. Desde un comienzo te dije que le faltaba flexibilidad y entrenamiento. No es algo que pueda improvisarse, no a la fuerza.

—Y... ¿es grave?

—No lo sé, Pierre. Le dolió mucho. Puede que sea un esguince.

Al mismo tiempo aliviado y sorprendido, vuelvo a pensar en el mensaje de Ressigeac.

—¿Y por eso lo enviaron a urgencias?

—Ah, no. Ha ido a ver al médico.

Ressigeac. Se merece un puñetazo en la cara.

—Parece que hay un problema con el seguro —continúa ella exhalando el humo de su cigarrillo, un ruido que distingo entre mil.

—No importa, yo me encargo del pago.

Nos interrumpe un SMS: es Mathieu, que me proporciona una dirección, sin más precisiones. Al taxista le va a encantar; es a dos pasos de aquí. Le deslizo un billete de diez euros para ahorrarme un drama y vuelvo a salir del coche haciendo oídos sordos al comentario.

—¿Sigues ahí? —pregunta Élisabeth.

—Sí, disculpa. Acaba de mandarme un mensaje. Ahora voy a verlo.

—Te advierto que no está del mejor humor. Si cualquier otro me hubiera hablado como me habló él, lo habría echado de por vida de mis clases.

—Es la presión... Imagina, si no puede practicar más, se acabó.

—Pues es muy consciente de ello. Insultó a la tierra entera, acusó a la fatalidad, al karma, a Rajmáninov, en fin, me hizo el baile de los siete velos.

Me río, aun cuando este incidente idiota puede tener consecuencias terribles.

—Te canonizarán por tu paciencia, Élisabeth.

—Amén. Hasta entonces, trata de que se calme, porque está fuera de control.

Mientras aprieto el paso hacia el consultorio, una sensación de culpa sorda crece en mi interior, a pesar de los vanos argumentos que le opongo. Y es que soy en gran medida responsable de lo que acaba de suceder. Mathieu Malinski domina admirablemente todo un abanico de piezas del repertorio clásico, sin siquiera tener que descifrarlas, y yo, en lugar de aprovechar su bagaje lo llevo a un territorio desconocido, lo arrincono contra un muro que lo supera.

Mathieu no lo dudó, se fio de mí. Y me espera, echado, hosco, con la mirada negra perdida en el vacío, en una sala con un papel pintado horrendo. Tiene revistas en el regazo, *Auto Plus*, *Le Figaro Madame*, *Voici*, todo cuanto cayó en sus manos. Y hablando de manos, la férula bien apretada no augura nada bueno.

—¿Qué tal, Mathieu?

—Genial.

—¿Qué ha pasado?

—¿Qué le parece?

Su mirada, clavada en un punto imaginario, se encuentra tan tensa como su mandíbula. Hay algo de explosivo en su fisionomía, como si, al menor soplo, toda su persona pudiera estallar en pedazos. Probablemente a eso se parezcan los verdaderos maleantes, cuando se miran con desdén antes de saltarse a la garganta.

—Explíqueme. ¿Qué ha dicho el médico? Ya se arreglará, buscaremos una solución.

—Ah, ¿sí? ¿Y dónde tengo la solución? ¿En el culo?

—Le aconsejo que cambie de tono, Mathieu.

—Perdón —gruñe.

Silencio. Como al poner a un alumno en su sitio, dejo que baje la presión después de soltar el vapor. El método está probado.

—Es una tendinitis —dice con un suspiro—. Tres semanas de reposo. Nada de piano, nada de ejercicios de flexibilidad. Se acabó.

—Todavía no.

—¡Déjelo! Íbamos muy justos antes de esto...

—Pues iremos aún más justos. ¿Cuál es el riesgo? ¿El fracaso? En el peor de los casos, ¡no tendrá el Gran Premio a la Excelencia! No era el sueño de su vida. Hace solo un mes, nunca había oído hablar del tema.

El argumento parece hacer efecto, pero continúa apretando los dientes, porque una bomba viviente no se desarma así como así.

—Venga —le digo levantándome—. Vamos a tomar un café.

—No tengo con qué pagar la consulta —farfulla bajando los ojos.

Le doy una palmada en la espalda, para luego llamar a la puerta del médico, un hombrecito medio calvo que recibe los honorarios sin dejar de mirar a Mathieu. Algo me dice que la consulta fue turbulenta.

A continuación, salimos a la calle en un silencio fúnebre. Mathieu respira de modo entrecortado, como un animal herido. Hasta que una ola de rabia, más fuerte aún, le hace derribar un cubo de basura a grandes puntapiés frenéticos. Doy un paso atrás. Esas cosas me paralizan. No

hay nada más inquietante que un hombre que pierde el control de sí mismo. Ciegamente, con rugidos de cólera, se ensaña olvidando contra qué golpea, como si ese chivo expiatorio inerte pudiera expiar todo su malestar. El cubo se vuelca, vomita su contenido en la acera, golpea contra un automóvil aparcado.

—¡Me cago en su puta madre!

Un último puntapié contra una bolsa destripada se traduce en un mal movimiento que le arranca un grito de dolor. Doblado en dos, contraído sobre su férula, se traga las lágrimas y recobra lentamente el aliento.

—Creo que está muerto —digo, señalando el cubo.

—Sí, yo también.

Lo que él acaba de hacer, nunca en la vida lo habría hecho yo. Porque me enseñaron que las emociones se controlan, porque detesto dar un espectáculo. Tengo una mente racional, que el destrozo de un pedazo de plástico no apaciguará nunca. Soy de los que se provocan una úlcera antes que dejar traslucir una fisura, pero a él este arranque insensato le ha devuelto la sonrisa. En un minuto, quizá menos.

La educación tiene sus límites.

—No vamos a rendirnos ahora, Mathieu. Usted va a descansar, y le hará muchísimo bien. Va a recargar las pilas. Dormir. Impregnarse de música. Y, cuando se reponga, entraremos de nuevo en combate.

—Usted no se rinde nunca...

—Tengo la piel dura.

—Ya quisiera ser como usted.

Si me hubiera visto hace seis meses, esa frase le haría sonreír.

—Aun así —dice tras un silencio—, si estuviera en su lugar, no me hubiera jodido tanto la vida, habría elegido a Michelet.

—No, no habría elegido a Michelet.

Vacila, vuelve a ser el Mathieu que conozco, y asoma su sonrisa.

—A lo mejor no.

La ventaja de la tendinitis es que no haces nada en todo el día y a todo el mundo le parece genial. Dos semanas de dormir hasta tarde, pasear, ver películas y tener a Rajmáninov siempre en los cascos, para no perder de vista mis prioridades. Es cierto que hace bien. Descubrí que puedes leer cómics gratis sentado en el suelo en los pasillos de la FNAC. Me pasé horas allí. Entré en todas las tiendas de deportes, las hay en cada esquina. Vi callejuelas llenas de tiendas pequeñas, con techos de cristal. Y un zoológico, al que ni siquiera sé cómo llegué, donde puedes observar desde fuera pandas rojos que se pasean por una rama. Y canguros. Estuve horas en el Jardín de Luxemburgo, el famoso jardín, esperando a que Anna volviera de sus clases, y ahora tengo incluso mis lugares favoritos. Una silla apartada de las otras, cerca de una fuente oculta bajo unos árboles, donde se puede comer un sándwich mirando los peces. El quiosco de música, donde a veces vienen a tocar unos chicos. Y un banco alejado, donde a menudo encuentro a la misma anciana que monologa sobre las historias de su infancia.

Creo que, en realidad, París me gusta.

Hoy Anna ha decidido ir a Beaubourg, y aunque la idea me aburre, hago como que me parece genial, porque está muy orgullosa de mostrarme su ciudad. Conoce todo, es de locos. Los cafés guais, las mejores hamburguesas, dónde tomar una copa con vistas sobre los tejados y, por supuesto, los museos, que le molan más que ninguna otra cosa. Vete a saber por qué. Me salvé del Louvre, pero de Beaubourg no hubo manera, y jura que me va a encantar. Al final acepté. Sin hacerme mucho de rogar. No quiero parecer un palurdo, ni confesarle que preferiría ir a ver la última de *Los Vengadores*. El arte, la verdad, me la pela. No se diría, porque soy pianista, y los pianistas son todos iguales a Michelet, pero yo no soy como los demás. Las iglesias, vaya y pase. Al principio, no las soportaba, pero, a fuerza de entrar en todas las que nos cruzamos, he acabado por integrar lo que Anna intenta hacerme ver. Los pilares, los vitrales, las cajas con los huesos de San Tal y Pascual y las pinturas multicolores que al parecer datan de la Edad Media. Y la acústica. Desde que oímos a un tío afinar el órgano en una iglesia más grande que la Gare du Nord, lo único que quiero es subir a tocar algo y escuchar la música arremolinarse bajo los arcos.

Fliparía en colores.

Al salir del Forum des Halles, un grupo de chicos le echan el ojo a Anna haciendo comentarios que prefiero no escuchar. Hay que decir que está especialmente despampanante, con una chaqueta de plumas blanca, vaqueros y zapatillas negras, además de gafas de sol, porque hace un tiempo como para ir a esquiar. La dejo adelantarse un poco para luego sacar el teléfono y ametrillarla a fotos. Por supuesto, se da cuenta de que se ha quedado hablando sola, se vuelve, se echa a reír, grita que la acosan. Está harta de los *paparazzi*. Ya no se puede salir de incógnito. La gente nos observa, y estoy seguro de que hay quien se pregunta dónde la han visto antes. Con esa ropa, con esa sonrisa, podría haber salido de una peli de James Bond.

Un expositor de zapatos me atrae como un imán —cincuenta pavos por unas Timberland de rebajas—, mientras Anna aprieta el paso hacia al jodido museo. Al verme se detiene, se impacienta, y la comprendo, porque ya van tres veces que me quedo atrás para ganar tiempo, como si fuera al matadero.

—¿Y ahora qué cuernos haces?

—Ya voy.

Sopeso las Timberland rebajadas, que pesan una tonelada y cuyo color no me gusta, por no mencionar que no tengo la pasta. Y entonces reconozco una voz que no esperaba oír aquí. En absoluto.

—¡Suéltalas, ladrón!

Me doy la vuelta y no me lo creo. No puede ser. No aquí, no ahora.

No con Anna.

—¡Joder, este payaso ni siquiera nos ha visto!

Driss y Kévin, que se mueren de risa, me rodean empujándome, cada uno de un lado.

—¿Tienes mierda en los ojos o qué?

Con toda la indiferencia posible, busco a Anna con la mirada, esperando que se haya adelantado lo suficiente para permitirme meterme con los otros dos en una tienda. Pero no, viene derecha hacia nosotros sonriendo.

Le paso el brazo por encima del hombro, y ellos se me quedan mirando atónitos.

—Anna, te presento a Driss... y a Kévin.

—¡Hola! —dice ella alegremente—. Lleva tanto tiempo ocultándome a sus amigos, que empezaba a pensar que no existían.

—Pues ahora vas a lamentar que existan —digo riéndome, pero no estoy lejos de pensarlo.

Nadie se atreve a darle dos besos, pero se la comen con los ojos, como si les presentara a Rihanna. Kévin —que se ha comprado otro brazalete de oro— hasta se permite echarle un vistazo de la cabeza a los pies, demorándose en sus pechos, lo que en tiempos normales le habría valido un puñetazo en la boca. Pero tengo la mano entablillada y suficientes problemas con cómo están las cosas.

Desde la esquina, un policía nos mira de reojo.

No me había pasado ni una vez desde que me mudé al estudio.

Siento como si estuviera cambiando de bando.

—Vale —dice Kévin con una sonrisa cargante—. Ahora entiendo por qué no contestas a nuestros mensajes.

—Ya lo creo —añade Driss.

—Perdón, he estado muy liado. El curro... Y además me jodí la mano, como veis.

Ya no oso mirar a Anna.

—Para, nos vamos a echar a llorar —se burla Driss—. Ya no puedes limpiar, ¡qué putada!

—Sobre todo, ya no puede tocar —interviene Anna.

—¿Tocar qué?

Anna me interroga con la mirada, cada vez más sorprendida, mientras busco una manera de zafarme. Aparte de morirme ahora mismo, no se me ocurre ninguna.

—¿No os ha hablado del Gran Premio? —pregunta ella ingenuamente.

Por mucho que haga señas de «no, no» con la cabeza, como si se tratase de un detalle sin importancia, no me voy a librar así como así. Kévin, suspicaz, comienza a sospechar que algo no encaja, y se le nota en la expresión.

—¿Qué Gran Premio? ¿Vas a dejar la aspiradora para conducir en la F1?

—Mathieu Malinski, de la escudería Ferrari, en la primera posición de la parrilla de salida — dice Driss con la voz de un presentador.

Anna hace un esfuerzo por reírse, aun cuando el chiste no sea para tirar cohetes, porque quiere caerles bien a mis amigos. Algo me dice que en unos minutos se le pasarán por completo las ganas de reír.

—En serio —continúa—. ¿No se lo has dicho, Mathieu? Se va a presentar al Gran Premio a la Excelencia de piano. ¡Es increíble!

— Increíble, sí —dice Kévin.

—Pero ¿tú tocas el piano? —pregunta Driss, asombrado.

Ahora Anna me mira a mí, con un estupor que hace que sus ojos se agranden aún más.

—Es que no entiendo —añade Kévin—. ¿Tú de qué vas? Lo de los trabajos comunitarios, todo eso, ¿era un camelo?

—Déjalo, el tío es un mentiroso —protesta Driss.

De los nervios me paralizó, como un jodido conejo delante de los faros de un coche. En lugar de decir algo, cualquier cosa, de improvisar una explicación, guardo silencio como un idiota. Y todo el mundo se me queda mirando.

—Venga, os lo explico más tarde —digo al cabo de un silencio que me parece interminable.

—Déjalo —replica Kévin—. Ya bastante te has burlado de nosotros. Haz lo que quieras, piano, limpieza, problema tuyo.

Dándome un golpe en el hombro al pasar, se aleja seguido de Driss, que se da la vuelta y abre los brazos.

—Joder, Mat, tú estás mal del coco.

Unos segundos más tarde, sus gorras han desaparecido entre la multitud, y yo me quedo allí, tan avergonzado que aparto la mirada de Anna; yo, que detesto a la gente que no mira a los ojos.

—¿Y eso qué fue? —pregunta Anna.

—Mis amigos.

—Ya lo he entendido. ¿Y no les cuentas nada a tus amigos?

—No todo.

Echa a andar de nuevo como si el incidente hubiera acabado, pero empiezo a conocerla lo bastante como para saber que hierve por dentro.

—Y lo de los trabajos comunitarios, ¿es eso lo que hacías en el Conservatorio? —dice, mirándome fijamente.

—Sí.

—¿Pensabas contármelo alguna vez o nunca?

—Lo siento, no sabía cómo decírtelo. No quería que me tomaras por gentuza.

—Y entonces me hiciste creer que limpiabas para pagarte los estudios. Pues dio resultado: me parecías supervaliente. Y si quieres saber más, hasta me sentía culpable por no tener que trabajar.

Soy un imbécil, coño. Daría cualquier cosa para no perderla, pero algo en sus ojos me dice que se me escapa.

—¿Qué hiciste para que te cayera esa pena? —dice fríamente.

—Una tontería. Me convencieron para que participara en un plan ridículo, un robo que salió mal.

Ella asiente con la cabeza, con una sonrisa de desilusión.

—Vale. ¿Me ocultas alguna otra cosa? ¿Tienes un nombre falso? ¿Estás casado? ¿Tienes dos

críos?

—No.

—¿Ligaste conmigo porque mis padres tienen un piso bonito? Te paso la llave, si quieres.

—Basta, por favor.

Ha terminado. En un minuto, habrá hecho lo mismo que Driss y Kévin: desaparecer por la esquina para no volver a verme. Así que la miro de frente, directo a sus grandes ojos, porque no quiero que la última imagen que se lleve de mí sea la de un niño castigado.

No puedo volver atrás.

No puedo cambiar lo que soy.

Y no estoy avergonzado.

—¿Sabes qué, Anna? Júzgame si quieres, pero hago lo que puedo. Trabajo por horas desde que tenía dieciséis años; soy operario en un almacén, cuando no estoy en el paro. Mi madre no es médica, limpia la mierda de los enfermos en un hospital, y mi padre se largó cuando yo era un crío. Así que, vale, hice algunas idioteces, hice unas cuantas, pero nunca nada tan grave como ese robo. Y si Geithner no me hubiera visto tocando el *Preludio* de Bach en la Gare du Nord, estaría en la cárcel.

Un poco vaciado, me quedo inmóvil, frente a ella, esperando que se marche, pero no lo hace.

—¿Por qué no me lo dijiste, Mathieu?

—No lo sé, no quería perderte.

Se acerca, pega su frente a la mía y, lentamente, cierra sus dedos detrás de mi espalda.

—Pero esa era la mejor forma de perderme.

Por unos momentos, todo desaparece salvo su perfume, el olor de su piel y la ola de alivio con la que me siento revivir.

—Hay una cosa que no entiendo —dice de repente, volviendo a abrir los ojos.

Le sonrío.

—¿Solo una?

—Sí, solo una. ¿Por qué te escondes para tocar el piano?

Bajar la cabeza. Rozar las paredes. Volverse invisible, traslúcido, desaparecer ante los ojos del mundo como un espejismo en el desierto. Eso no es nada, es una larga línea recta, la misma de todos los días. La cancha de baloncesto, los portales de los edificios, la gente en la ventana mirando sin ver. El miedo no sirve de nada. El miedo paraliza. El miedo te hace débil. Pero ahí están ellos, con sus perros gruñendo, esperan.

Mirando al suelo, con el corazón latiendo tan fuerte que siente que le dan náuseas, el adolescente aprieta el paso. Todos los días igual. Los mismos insultos, los mismos sarcasmos. Se repite a sí mismo que todo saldrá bien, que no pueden hacerle daño, ahí no, que su portal está al final de la línea recta, que basta con correr. No le harán nada. Hasta el momento, nunca le han hecho nada, solo ladrarle en la cara. O seguirlo, algunas veces, a tres, cuatro, a doce pasos, hasta la entrada de su portal, amenazándolo con soltar a los perros, con romper la puerta. Sabe que se nutren de su angustia, que hay que ser fuerte, responder sin bajar la cabeza.

Ser otro.

Es difícil ser otro.

Ahí están, apiñados en un banco, delante de la cancha de baloncesto. Solo cien metros y el adolescente dejará de verlos. Los sentirá a su espalda, oirá los ladridos y los sarcasmos, pero se sentirá mejor, porque los habrá dejado atrás.

Pero se levantan. Soltando gritos salvajes para asustarlo. Le han sorprendido la mirada, lo han visto caminar demasiado rápido, con las manos crispadas en los tirantes de su mochila. Intenta regular la respiración. Busca dentro de sí una imagen que le dé confianza, el sol en el balcón, la mano de su madre en su pelo cuando era pequeño. Le gustaría ser un pájaro, alzar el vuelo con un batir de alas, subir a las nubes, tan alto que se le llenaran las cejas de escarcha.

Lo empujan, lo adelantan, lo insultan. Sus palabras son escupitajos que no hacen sino recordarle quién es, como si pudiera olvidarlo: demasiado delgado, demasiado frágil, demasiado sensible. No es de la pasta de los que sobreviven. Es de esos a los que se desprecia, a los que se amenaza, de los que tiemblan. De los que nunca harán boxeo porque no tienen garra.

Nunca será como ellos.

Un ladrido ronco a su espalda lo sobresalta y eso les hace reír. De pronto, quieren más, oír su voz, pero el adolescente no les responde, entonces lo empujan un poco más fuerte. Uno rebusca en su mochila. Él se agarra a ella. Pero le sacan los cuadernos, un libro, un estuche, que cae a sus pies con una lluvia de lápices de colores. Y partituras. Unas partituras antiguas, preciosas, con anotaciones con una letra de otra época, que el señor Jacques le ha entregado y que eran de su padre.

Se las pasan de mano en mano, entre carcajadas que suben hasta los tejados de los edificios. Ahí está su secreto, expuesto a la vista de todos, y una sonata sale volando con el viento.

Uno de ellos hace como si tocara el violín.

A cuatro patas, el adolescente intenta salvar lo que puede. Beethoven. Mozart. Se agarra a las hojas que le arrancan, se mete una en la cazadora. Ahora han entendido por qué nunca ha querido correr detrás de una pelota sobre un pavimento de hormigón, entre el olor a sudor y tabaco. Por qué huye de los gimnasios, con esos hombros raquíuticos y esas piernas de saltamontes.

Uno de ellos escupe al suelo, encima de sus cuadernos.

Luego se alejan, porque no queda nada por romper.

La sonata continúa arremolinándose en el viento, sube como una hoja muerta, vuelve a bajar, da vueltas, luego se aleja con un último aliento y desaparece entre los edificios.

Se ha apagado la luz. De nuevo. Y esta vez no me levantaré para volver a encenderla. Me quedaré aquí sentado, entre dos plantas, en un peldaño de la escalera, intentando ordenar mis pensamientos. Era más fácil con vodka. El alcohol me transporta, me hace volar por encima del mundo y, poco a poco, todo lo demás desaparece. Las noches se esfuman. Al tercer vaso, me olvido de todo, hasta de los esfuerzos que he hecho para olvidar.

Esto no podía durar.

No quiero acabar así.

Confitado en alcohol, como una ciruela seca.

Otra vez, me he quedado delante de la puerta, para luego volver a bajar las escaleras con paso furtivo. Pero estoy cansado de la vida errante diaria, de las derivas por las aceras desiertas, que me dejan helado el cuerpo y el alma. Ya no tengo amigos, no de los auténticos, solo de los que compartíamos en pareja, como cuando se piden dos cucharas en un restaurante. Hemos sido tanto tiempo Pierre y Mathilde, que no existo solo y esa identidad bicéfala me asfixia. Ayer llamé a un antiguo amigo, a un tipo que conozco desde siempre, con el que compartí los bancos de la Sorbona, para invitarle a una copa y además hablar de otras cosas, en otro lugar, con alguien distinto. Me respondió en plural: «Venid. Anne se pondrá muy contenta. Siempre me pregunta por vosotros». Se lo prometí, la próxima semana sin falta. Y reanudé mi camino, solo, con un único par de piernas.

Esa vida queda atrás.

Los ojos se han habituado a la oscuridad, hasta distinguir el dibujo de la alfombra. La madera de la barandilla reluce en la penumbra, su tortuoso rastro se pierde en una espiral vertiginosa. Casi me apetece apoyarme en la pared y cerrar los ojos hasta la mañana. Pero se enciende la luz y el hueco de la escalera recupera los colores. Alguien ha llamado al ascensor. Probablemente mi vecino, que regresa de su paseo con el setter irlandés.

Solo en el último momento oigo unos pasos ahogados subiendo los escalones de cuatro en cuatro.

—¿Señor Geithner? ¿Qué coño pinta aquí? —Estoy demasiado sorprendido como para mantener la compostura, mientras Mathieu se enreda en disculpas: él quería decir «¿Qué hace aquí?», por supuesto.

—Ya lo había entendido —contesto, con una sonrisa—. Buenas noches, Mathieu.

—¿Ha olvidado las llaves?

Bendito sea, me ha buscado una excusa.

—Sí. Y mi mujer no ha vuelto.

—¿Tendría que haberme llamado! ¡Le habría traído las llaves del estudio!

—No se preocupe, puedo sobrevivir cinco minutos en una escalera.

Es encantador verlo buscar una solución a un problema que no existe, con aspecto serio y la frente preocupada.

—¿La ha llamado?

—Sí, sí, está de camino.

—Vale. ¿Quiere subir? Hasta que llegue... Hombre, no va a quedarse aquí.

—Es muy amable, pero mi mujer no tardará.

Mathieu asiente, pero un destello de sospecha se ha encendido en sus ojos.

—¿Está bien?

—Sí, estoy bien. ¿Por qué?

—No sé, pero parece... que no se encuentra muy bien.

—Un bajón —digo, mientras lanzo una ojeada a mi reflejo en la puerta acristalada del ascensor.

—Me parece que está muy pálido. ¿Ha comido?

El mundo al revés. Ahora es él quien se preocupa por mí.

—Aún no. Pero no tengo hambre.

—Pues yo me muero de hambre. ¿Lo invito a cenar? —Levanto las cejas incrédulo y eso le transmite un mensaje que no me apetecía que entendiera. Y lo lamento de inmediato, porque este chico se merece todo menos desprecio—. A lo mejor en alguno de los sitios a los que va habitualmente —precisa con una risita.

Ahora, difícil negarse.

—¿Por qué no! Hay un sitio de sándwiches en la rue de Seine...

—Yo tengo uno mejor —responde muy orgulloso.

Me deja asombrado cómo se desenvuelve por las calles del barrio. En menos de quince días, se ha adaptado, domina los atajos y me descubre lugares que yo ni sabía que existían. Ahí está recomendándome una bodega, donde sirven jamón serrano y quesos «demasiado buenos». Me parece que la encantadora chica de tercer año, de la que no se separa, vive por aquí, pero, aun así, tiene algo de camaleónico, hasta su manera de expresarse se civiliza día a día.

«Uno mejor» es un *food truck* en la plaza del Odeón, poéticamente bautizado Super Kebab. Detrás de una barra rodeada de guirnaldas de lamparillas verdes, un gordo bonachón sudando corta trozos de carne asada, que presenta en unas bandejas de polietileno amarillo: un compartimento para la carne y otro para las patatas fritas. Ensalada reseca. Cebollas blancas. Salsa roja. Dios me perdone, como decía mi abuela alsaciana, pero preferiría colgarme antes que tragarme semejante cosa.

Pero Mathieu está exultante.

Le brillan los ojos y cuenta las monedas en el mostrador. Así que pongo buena cara e incluso finjo —nunca he mentado tanto— que huele bien. El bonachón nos entrega una bolsa de plástico, unos cubiertos, unas servilletas y dos cañas de Kronenbourg, una de ellas invitación de la casa. No quiero saber el origen de esa carne, ni si respeta la cadena de frío, ni si las patatas fritas mal descongeladas se han estado pudriendo toda la noche en un cubo. Me olvido de los reportajes alarmistas sobre la comida basura y de mi esnobismo, porque a nueve euros el plato es caro para Mathieu.

—¿No le importa caminar cinco minutos? Conozco un lugar extraordinario para comer tranquilamente.

—Vamos —digo sin disimular que me divierto—. Está como en casa, mira por dónde.

—En mi casa no hay ni mucho menos el mismo ambiente —responde maliciosamente.

Su «extraordinario lugar» es la plaza de la Sorbona, de la que ha confundido la fachada con el

frontón de una iglesia. Como asiduo al lugar, pone el cubierto en el borde de una fuente, que nos servirá de banco improvisado. Tengo la sensación de volver a los veinte años, aunque la piedra debajo del culo nunca será como los sillones del café de enfrente.

—¿Y qué? ¿No mola este sitio?

—Sí, mucho. Y ya verá en verano... Es muy divertido, todo el mundo en las terrazas y hay música a menudo.

—Estaba seguro de que le gustaría comer en la calle...

—Acaba de decir que soy un estirado.

Mathieu sonríe, lo que responde a mi pregunta, antes de tragarse un enorme bocado de carne chorreando salsa.

Yo respiro. Es un olor inimitable, a grasa y a quemado del que me intento abstraer picando un trozo con la punta del tenedor. A fin de cuentas, esta plaza no es una mala elección. Está relativamente protegida y los pocos coches que bajan por el bulevar Saint-Michel están demasiado lejos para molestar. Me hace gracia ver con qué rapidez un parisino recién llegado puede ir en busca de soledad.

—¿Nunca tutea a las personas? —pregunta Mathieu con la boca llena.

Hablando de estirados.

—¡Pues claro, vaya pregunta!

—Pero no a sus alumnos.

—No, nunca. El tuteo tiene que ser recíproco porque si no es condescendencia.

Mi respuesta le hace reír, entre dos patatas fritas.

—Tiene reglas hasta para eso...

—Tengo reglas para todo —digo, riendo yo también.

—Perdón, pero tiene que ser jodido.

—Un poco. Sobre todo para la gente que me rodea.

Objetivamente, uno se acostumbra, al kebab. Incluso empiezo a cogerle algo parecido a gusto.

—¿Siempre ha trabajado en la música? —continúa Mathieu, porque esta noche él es el que hace las preguntas.

—Empecé muy joven, pero yo soy más o menos lo opuesto a usted: un producto de la rama clásica, que no ha sido tocado por la gracia.

—¿Qué?

—Digamos que yo no tenía su talento. ¿De verdad quiere que le hable de mi trayectoria? Es extremadamente aburrido.

—Si no quisiera, no le habría preguntado —responde Mathieu.

Sin pensar, abro las compuertas. Y empiezo a contar, a este chaval que en el fondo solo es un desconocido, mi primer contacto con el piano, mis estudios, mis sueños con los escenarios, mis bloqueos y mis decepciones. Y el autojuicio que corta las alas, la renuncia, el abandono, después la decisión de la enseñanza, para seguir en el medio sin exponerme al peligro, haciendo el duelo de las auténticas sensaciones de la música. Guiando a otros talentos hacia la luz. Mostrándoles que es posible, por poco que quieran y que crean en ello.

Me he terminado el kebab.

Hasta la última patata frita.

Y pensar que no he soltado ni una palabra al psiquiatra que me saca ciento veinte euros por sesión.

—¡No se le habrá hecho muy tarde para volver a casa! —exclama ingenuamente Mathieu. Le

sonríó sin responder y brindamos con la Kronenbourg, nos la bebemos entera, luego quitamos la mesa improvisada y tiramos los restos a una papelera desbordada—. Espere un segundo —dice Mathieu, al tiempo que se desenrolla la gasa que le sujeta la férula.

—¿Qué hace?

—Deshacerme de esta mierda.

—¡Vuelva a ponérsela, le faltan diez días para quitársela!

—Me importa una mierda. No voy a dejar escapar mi oportunidad. —Me quedo mudo, mientras el chico deja la férula entre las dos bandejas de kebab—. ¿Vamos? —pregunta con tono tranquilo—. Su mujer ya ha debido de volver a casa.

Algo en su sonrisa me da a entender que nunca le he engañado con el cuento de las llaves, pero ya he dicho bastante por esta noche. Me siento liberado, casi en paz conmigo mismo y un poco culpable por haber transitado por mis zonas prohibidas. La próxima vez que coma un kebab con Mathieu Malinski o hablaremos de él o le daré un cheque de ciento veinte euros.

No le he dado por culo bien dado a Rajmáninov. Lo he entendido. Muy despacio, a fuerza de intentarlo, hasta que corre por mis dedos. Llevo semanas ensayando este puñetero fragmento y, esta vez, creo que lo tengo. Los pasajes difíciles, siempre los espero, o a lo mejor son ellos los que me esperan, pero los atravieso sin miedo. El miedo no sirve para nada, paraliza. Todos los días me repito las indicaciones de la Condesa: permita que lleguen las dificultades. No se enfrente a la ola.

Es una tontería, pero eso me ha marcado.

He trabajado de día, he trabajado de noche, he tocado ese fragmento hasta desgastarme los dedos. Dos veces, tres veces, me he quedado pillado en el Conservatorio después del horario de cierre. He tenido que jorobar a Geithner para que viniera a abrirme. He dejado plantada a Anna que me esperaba en un restaurante. He confundido los días, las horas y me he dormido encima del teclado.

Los pianos gemelos ha sido una buena idea, ahora hasta la Condesa lo dice. He sido capaz de seguirla, en cualquier tempo, y de seguir el camino de las notas en la partitura. Normalmente, es al contrario, pero me importa un pito, aprendo, progreso y voy a ganar ese concurso. Y si no lo gano, ¡qué más da!, no tendré nada que reprocharme.

La tendinitis no se me ha curado del todo, pero también eso me la trae floja. A veces, golpeo un acorde demasiado y eso me produce como una punzada, entonces dejo descansar la mano durante una o dos horas. Un poco de hielo, un poco de voluntad y a volver a empezar. He dado mucho, ahora no será el dolor el que me detenga.

Eso no quita para desear que ella dijera algo, la Condesa.

Es la primera vez desde el principio que pide a Geithner que asista a la clase.

Y aunque no he cometido ninguna falta, bueno, o yo tengo esa impresión, la Condesa no dice nada. Geithner tampoco. Sentado en la primera fila del auditorio, con los brazos cruzados, las gafas y un jersey de cuello alto negro, parece un cura. Y los dos se miran. Como preguntándose en silencio. No sé cuál de los dos empezará a hablar, pero yo empiezo a flipar.

—Bueno, ¿ha estado bien o no?

La Condesa da unos pasos, con el eco de los tacones en la sala vacía, luego me mira con una sonrisita.

—Ha estado perfecto.

Hostia con esta tía, alucino. Perfecto. Hace meses que trabajo con ella y lo mejor que me ha soltado ha sido un «no está mal». Casi se me saltan las lágrimas —por suerte no hay nadie— y lo más increíble es que tengo la sensación de que a ella también. Hay que decir que se ha matado para que lleguemos a esto. Me ha obligado a repetir mil veces cada acorde, cada silencio, para que formasen parte de mí. Cada vez que he caído, me ha levantado. Hasta me da un poco de

vergüenza haberle amargado la vida y, sobre todo, haber pensado que le importaba una mierda.

Se gira hacia Geithner, que sigue sin decir nada y dobla tranquilamente las gafas. Pero él no me la da, ahora lo conozco, y como no tiene la capacidad de la Condesa para poner cara de póquer, sé que está flipando.

Yo también flipo.

—Está preparado —dice, después de haber dejado planear el suspense—. Nada que objetar. Ya solo queda ir a por todas.

—Enhorabuena, Mathieu —añade la Condesa—. En tres meses ha hecho lo que otros no hacen en tres años. Pero cuidado, esto solo es el principio... Ahora es cuando empieza lo serio.

Una especie de euforia, mezclada con cansancio, alivio y tensión hace que me sienta un poco mareado. Como no tengo su experiencia en poner cara de póquer, parece algo así como si me hubiera metido popper, pero no importa mucho, porque estamos «en familia».

—Gracias... Estoy demasiado contento.

—Nunca se está «demasiado» contento —rectifica Geithner, que odia mis expresiones.

—Además, aún tengo una semana para ensayar...

—Nada de eso —me corta la Condesa—. Los días que quedan son para el descanso, la concentración y pomada para la tendinitis. Quien quiere llegar lejos dosifica sus fuerzas.

La Condesa y Geithner se intercambian una mirada cómplice, que me recuerda un poco a la de mi madre, cuando iba a verme en la obra de fin de curso en primaria. No tenía pinta de gamberro con el maldito traje de mosquetero, con una espada de cartón, buscando su mirada entre la de los padres que aplaudían. Geithner y la Condesa tienen hoy mayores motivos para estar orgullosos, aunque yo no estoy seguro de estar preparado para participar en el concurso dentro de una semana.

De pronto, se ha vuelto tangible.

—Élisabeth tiene razón —aprueba Geithner, mientras cierra la tapa del piano—. A partir de ahora, se desengancha.

Se lo prometo, aunque sé que volveré en cuanto me hayan dado la espalda, para que no se me escape ese puto fragmento. En una semana se pueden olvidar cosas. A lo mejor no tengo sus años, ni su experiencia, pero sé que la música es como un pájaro en la palma de la mano. Si abres los dedos, sale volando.

Cuando voy a coger la cazadora, la Condesa hace el gestito de levantar las cejas, que me conozco de memoria.

—Una última cosa, Mathieu. Encuentre algo decente para ponerse el día del concurso. Sería una pena perder puntos por una simple cuestión de aspecto.

—¿En serio? ¿De verdad tienen algo que... decir de mi pinta?

—El esmoquin entra dentro de los cánones... *When in Rome, do as the Romans do*.

Solo me faltaba una cita en inglés, como si supiera decir algo más que «my name is Matiou».

—No sé qué cambia el que me vista de pingüino. Además de parecer ridículo...

—No cambia nada. Pero como en todos los círculos del mundo, el uniforme es un signo de pertenencia. No se haga el rebelde, es una desventaja inútil.

—¿Es de locos que la gente se pare en eso!

—¿Y usted iría a un concierto de rap con esmoquin?

Es divertido ver cómo las cosas parecen claras cuando las miras desde otro punto de vista.

—Vale. Pero no guardo uno en mi armario. La única vez en mi vida que me puse una americana fue en la boda de mi prima, y me la habían prestado.

—No se preocupe —interviene Geithner con una sonrisa tranquilizadora—. Ya nos

ocuparemos.

Eso me deja medio tranquilo.

—Al menos, no tendré que ponerme una pajarita... ¿Verdad?

—No —dice Geithner riendo—. Una americana y una camisa blanca ya estarán bien.

—¿Corbata?

—Ya veremos.

—Preferiría que no.

—Lo sé.

—No, pero de verdad, ¿eh?

Geithner me entrega las partituras que iba a olvidar, con un reflejo divertido en la mirada.

—¡Si solo es eso lo que le preocupa, estamos tranquilos para el concurso!

Me dispongo a responder, cuando se le oscurece la cara. Alguien está en el marco de la puerta del auditorio, con una sonrisa de traidor y un dossier bajo el brazo. Alexandre no sé qué. El tío de Burdeos, el Michelet de Pierre. Con traje, camisa desabrochada y zapatos resplandecientes. No sé qué quiere, pero su llegada nos agua la fiesta —solo falta la música de Dark Vader— y la Condesa se larga rápidamente después de unas palabras de cortesía.

Llama a la puerta y entonces entra.

—Pierre, ¿podemos vernos en cinco minutos?

—Por supuesto —responde Geithner, haciéndome una señal para que salga.

Delaunay me da la mano al pasar —sí, se acuerda de mí—, yo le devuelvo una sonrisa, pensando muy fuerte «muérete» y me giro para dejarlos solos, algo preocupado, como si dejara abandonado a un colega en una pelea callejera.

Otra vez sushi. A ella le encanta el sushi, los makis y los rollos gordos que nunca me acuerdo de cómo se llaman. Y, como me apetece darle gusto, también me encantan a mí. O mejor dicho eso intento hacerle creer, fascinado delante de su plato, que cuesta el triple que un McDonald's, que a mí me gusta el triple. Lo peor es que Anna me describe cada bocado como si fuera algo inolvidable y luego cierra los ojos con gemidos de éxtasis. Todo por un arroz frío y algas elásticas que apestan a mar.

Pero a mí me da igual.

Lo único que veo es a Anna, sentada con un traje sastre en mi cama, con mirada glotona y la camiseta que me encanta, la que le deja los hombros al aire.

—¿Has probado este? ¿Gamba, sésamo y jengibre?

—Sí. Está bueno.

—Cuánto entusiasmo —comenta Anna riendo.

—Te he dicho que está bueno.

—¡Pedazo de niño mimado!

Con la punta del pie intenta empujarme fuera de la cama y me dice que no merezco nada mejor. Sin remedio, eso me despierta el deseo, la sujeto del tobillo, Anna lucha gritando contra la agresión, rodamos por la cama, ella me mete la mano por el pantalón vaquero, la bandeja de sushi se vuelca —con la salsa—, y ahí estamos los dos, a cuatro patas, muertos de risa, limpiando el edredón con una toalla mojada. Es una tontería, pero yo habría preferido no ensuciar nada de esta habitación, por respeto a Geithner que me la presta y porque, cuando me dio las llaves, estaba más niquelada que la habitación de un hotel.

Mañana iré a la tintorería.

Y compraré flores para su mujer.

Es lo menos, con todo lo que ellos hacen por mí.

—Por cierto, ¿ha ido bien el ensayo con Geithner esta tarde? —pregunta Anna, intentando salvar lo que queda de *california rolls*.

Yo me pongo lo más modesto posible, lo que no la engaña, porque sabe leer en mis ojos.

—No ha ido mal.

—Para... ¡Estoy segura de que te han dicho que estabas preparado!

—A lo mejor bien...

Anna me salta al cuello y me besa, con esa energía que solo ella en el mundo tiene.

—¡Coño, lo has conseguido! ¡Con la tendinitis!

—Bah, no me ha dolido mucho.

—Es una locura que lo hayas conseguido en tan poco tiempo. ¡Te presentas al Gran Premio a la Excelencia, Mat! Cuando uno sabe de dónde vienes...

Hay cosas como esta que no te apetece oír. Sobre todo una noche en la que el cansancio empieza a hacer mucha mella.

—¿Qué quieres decir? —replico, empujándola ligeramente—. ¿Que esto es increíble para un chico de La Courneuve?

—¿Qué estás diciendo? Preparar ese premio en tres meses es increíble para cualquiera.

—Especialmente para un macarra.

—Déjalo, Mat, ¡tú eres cualquier cosa menos un macarra! Eso te lo haces.

Sin responder, le aparto el brazo de mi cuello y me siento un poco más lejos en la cama. Ya sé que no debería tener en cuenta ese tipo de cosas, pero empiezo a estar hasta las narices de ser el pobre arrabalero al que la vida le ha dado una oportunidad. Odio sentirme como un perro adoptado en un refugio, tengo una casa, una madre y un curro como todo el mundo.

—¿Ahora te mosqueas? —protesta Anna, dejando los palillos en la mesilla de noche—. ¿Porque te he dicho que admiraba tu trayectoria? Yo alucino.

—Se nota que no estás en mi lugar.

—Pues tu lugar no está tan mal... Hay un montón de gente que cree en ti, te estás haciendo un nombre en la música, te presentas a un concurso que es superselecto sin haber pasado por la rama clásica y tienes muchas posibilidades de acabar como solista. Hay cosas peores, ¿no? —Otra vez me callo, porque me conozco: si digo algo, se arma—. Encima no me contestas —suelta Anna, al tiempo que se levanta.

—¿A dónde vas?

—Me vuelvo a mi casa.

La miro atarse los zapatos, la mirada negra de rabia, e intento pensar que es una gilipollez, que nunca nos hemos peleado, que ella no ha elegido nacer aquí, en una familia ideal, con bandejas de sushi a treinta pavos, pero no lo consigo. Pienso en el portero que me echó la noche de su cumpleaños, en los otros que me quieren disfrazar de pingüino, en todo este círculo que me acepta sin aceptarme, como a una mascota.

—Tú no oyes las mismas cosas durante todo el día —acabo diciendo, mientras ella se sube la cremallera del plumas.

Anna coge su bolso, su teléfono, su gorro y luego titubea un instante. Los dos sabemos que, si sale por esa puerta, mañana serán más difíciles las cosas. Pero ella no tiene ganas de ceder y yo tampoco. Así que abre la puerta y el aire frío del pasillo se mete en la habitación, con ese

particular olor a madera y jabón que se ha vuelto tan familiar que tengo la sensación de llevar viviendo aquí toda la vida.

Anna está ya en el pasillo cuando se gira bruscamente para mirarme fijamente a los ojos.

Yo no me he movido.

Y no me moveré.

—¿Tú qué te crees, Mathieu? ¿Que porque no has nacido en un buen barrio eres el único que tiene problemas? ¿El único no aceptado, el único que tiene que demostrar su valía? Pues fijate que no. ¡A lo mejor, cuando hayas dejado de lloriquear por tu situación, te darás cuenta!

Cierra la puerta con un portazo detrás de ella, tan fuerte que la varita de incienso se cae de su soporte, en un montoncito de ceniza.

No sé quién ha apagado la luz de la sala al salir, pero hay algo simbólico en este cara a cara. Aquí está, mi combate de boxeo, en el escenario de un auditorio vacío, bajo un foco de luz directa que solo ilumina dos pianos. Alexandre Delaunay, con más soltura que yo en el arte del disimulo, no borra su sonrisa, cándida, ingenua, casi tímida, para remarcar bien su sumisión al jefe de la manada. Ha tenido a bien traer dos cafés, extasiarse con la modernidad de nuestras instalaciones y a hacer una o dos preguntas, personales pero no demasiado. Y como conoce perfectamente todo sobre mí, ha dejado de lado mis fracasos y me ha llenado de elogios. Si se le escucha, es más que un placer volver a verme, es un honor, una suerte y un espaldarazo.

El tipo se pasa, pero lo hace bien.

—Sin embargo no venía a hablar con usted de esto —acaba por decir, al fin.

Qué sorpresa. La carpeta de cartulina con cuya goma juega desde hace un cuarto de hora lleva la inscripción «Propuestas París» y no la trae por casualidad.

—André me ha pedido que le haga alguna pequeña observación sobre mi estancia en París — señala, al sorprender mi mirada—. Esto es algo que hacemos mucho en Burdeos... Desde dentro, nos falta perspectiva.

—Efectivamente —respondo con frialdad.

—Me ha sorprendido darme cuenta de hasta qué punto un ojo externo puede detectar cosas que yo ya no veo... —No, yo no lo ayudaré, en este incómodo momento en el que busca desesperadamente una señal de aprobación. Dejo que se instale un silencio algo pesado y lo obligo a pasar al tema que lo ha traído, aunque tengo que reconocerle una capacidad bastante buena para no desarmarse nunca—. Su protegido, al que presenta al Gran Premio... ¿Cómo se llama...?

—Mathieu Malinski.

—Ay, sí, lo había olvidado. —¿Qué va! Pondría la mano en el fuego por que un dossier «Malinski» engorda día a día en el bonito despacho que amablemente le ha prestado Ressigeac—. ¿Cómo lleva el plan de comunicación sobre este tema? —continúa.

—No estoy muy seguro de entender la pregunta.

—Su idea de lanzar a un jovencito *de barrio* es excelente, Pierre. No obstante, sin una auténtica campaña mediática, se arriesga a que pase completamente desapercibida.

—Mathieu es un pianista excepcional, hay muy pocas posibilidades de que no se fijen en él.

—Yo no me refería a profesionales ni aficionados, estos son incondicionales pase lo que pase, sino al gran público. Una historia así puede ponernos en las primeras entradas de internet y esta casa necesita mucho de eso. —«Ponernos». Una primera persona del plural que levanta incidentalmente el velo de sus ambiciones. Yo no reacciono, como tampoco le señalo que me está dando la medicina que ya antes yo le di a Ressigeac—. Pero para eso —continúa con una pose

inspirada— hay que atacar anticipadamente.

—Anticipadamente.

—Si quiere que esta historia se difunda por internet, hay que hacerlo ahora. Después del concurso será demasiado tarde, incluso aunque, por un milagro, Malinski gane el Gran Premio. — En su carpeta «Propuestas París», hay carpetillas de plástico de colores, entre ellas una azul con la etiqueta «GPE», que hace que me recorra un escalofrío por la espalda. Esta visita de cortesía se parece a un golpe de Estado y conozco a Ressigeac lo suficiente como para saber de qué lado estará el día en que suene el toque a rebato—. Esto es lo que yo le sugiero —prosigue, al tiempo que saca unas listas, un cuadro y algunas capturas de pantalla de páginas de internet. Lo miro extender las hojas encima del teclado del piano en el que Mathieu acaba de tocar el *Concierto n.º 2* de Rajmáninov y me pregunto si recordará que también él, un día, fue músico, incluso uno de los más prometedores de su generación—. En un primer momento, atacaremos los blogs, los especializados, pero no solo esos, y en especial a los *influencers*. Luego las páginas de noticias... Estas difundirán la historia, el chaval de barrio marginal que se presenta a un gran concurso de música... Dejamos que eso se sedimente durante dos días y, entonces, aparecemos en Twitter. Anunciamos alto y fuerte que Malinski fue condenado a prisión y que le conmutaron la pena, el Conservatorio descubrió su talento y le dio una oportunidad. Apuesto a que eso acaba en el plató de *20 heures*. —Dos cosas me impresionan en su discurso de mercader. La primera es que su ritmo se acelera hasta ser difícil de seguir. La segunda es más anodina: a medida que se dibuja su auténtica naturaleza, Delaunay da golpecitos nerviosos en la laca del piano, dejando unas huellas de dedos que me crisan tremendamente—. ¿Qué le parece? —pregunta muy orgulloso.

Le digo que ni se le ocurra divulgar esa información en ningún sitio. Mathieu Malinski es mi alumno, no un animal de circo.

—Creí haber entendido que...

—Pues ha entendido mal. —Realmente sorprendido, Delaunay intenta leer en mi cara las respuestas que yo no le doy—. André no debería haberle hablado de su condena —digo tras un silencio—. Eso no le incumbe a nadie y mucho menos a las redes sociales.

—Pensaba que era público y notorio.

—Pues no lo es.

—De todos modos, puedo decirle que todo el mundo lo sabe en la casa.

Ya no me extraña nada. Supongo que Ressigeac ha lanzado esa historia al azar por los pasillos, esperando recomponer su imagen pública al menor coste. San André del Conservatorio, patrón de los desfavorecidos.

—Da lo mismo. Eso sería una intromisión en la vida privada de un estudiante y Mathieu estaría en su derecho de denunciarnos por ello.

—Si eso es lo que se lo impide —responde sonriendo—, puede estar tranquilo: sería el primer chico de barrio pobre que contrate a un abogado para ir contra el Conservatorio de París, que, por si fuera poco, le ha ofrecido la fama en bandeja de plata.

Me levanto soltándole una mirada lo suficientemente ácida como para quemarle la retina.

—Seré muy claro con usted, Alexandre. Si esa información se divulga en la prensa, mi abogado representará a Malinski.

Se le crispa la sonrisa pero el caparazón no se le resquebraja.

—Muy bien, ¡nos olvidamos de eso! Yo, lo que digo... Es por ayudarlo. Supongo que no necesita que le deje la carpeta.

—Realmente no.

Empaqueta de nuevo sus herramientas de marketing, se levanta también él y me tiende la mano, de un modo tan profundamente político que podría pensar que estoy en el ministerio, sin los recubrimientos de oro.

—Espero que no esté resentido conmigo. Como le he dicho antes, lo único que hago es aportar una opinión externa, meramente asesora... Y, en mi descarga, André me había presentado a su protegido como un golpe mediático.

—Lo sé. Gracias, Alexandre.

—De nada, Pierre, con mucho gusto.

Y ahí lo dejo, con sus papeles, sus carpetillas, carpetas y etiquetas y me voy lo más rápido posible de esa sala que me ahoga. Es la primera vez que el gran auditorio del Conservatorio me parece demasiado pequeño para dos.

Entonces resuenan dos notas.

Dos notas suspendidas, precursoras.

Fantasia-Improptu en do sostenido menor.

Dentro de diez segundos se convertirán en una cascada.

Sin darme la vuelta, apoyo la punta del pie en la puerta para que no se cierre y espero. Respirando lentamente, esperando a que ese mierdecilla toque como el tecnócrata en que se ha convertido, que haya perdido las alas, y rogando para que Chopin le dé la lección que merece. Pero se alza la música como una lluvia de piedras preciosas, con una fluidez que te hace imaginar mil dedos corriendo por el teclado. Se me infiltra en la cabeza, en la sangre, en el corazón, como un viento de tormenta, y me odio por dejarme atrapar.

Entonces levanto el pie, se cierra la puerta y recorro el pasillo sin pensar en nada.

He comprado rosas. Rojas. Un ramo de diez, de oferta en un cubo, y aun así quince pavos. Tiene buena pinta, sobre todo con los helechos que la florista ha puesto, el lazo y la etiqueta dorada. Al principio, bien que ha intentado timarme, me ha preguntado si eran para una chica, una señora o una abuela —se supone que tengo pinta de tío que se tira a las viejas—, porque en teoría este ramo no sería adecuado para todo el mundo. Y todo para venderme una orquídea en un jarro por veinticinco pavos, que no es digna de nadie. Ya sé que hay todo un mundo con las flores, que hay que escoger las acertadas según la persona a la que se las regalas, su edad y la ocasión, pero, al margen de mi madre, estoy seguro de que a todo el mundo se la trae floja. Además, me sorprende un poco que me hayan mencionado esto aquí, porque yo estaba seguro de que solo existía en Polonia, las comeduras de tarro por un ramo de flores.

Hace bueno esta mañana.

Frío y bueno, un cielo sin nubes.

Me siento un poco tonto en la calle con las rosas, pero es divertido, todas las tías se vuelven hacia mí sonriendo. Se piensan que tengo una cita con mi chica, que voy a correr a cámara lenta como en los anuncios y luego la cogeré entre mis brazos y le daré vueltas como a una peonza aun a riesgo de cargarme el ramo. Error. Si supieran a quién pienso regalárselas, las flores, se volverían menos tiernas de golpe.

De Anna no he sabido nada desde ayer, supongo que aún está mosqueada, y eso me viene al pelo porque yo también. Su condescendencia de princesita se la puede quedar para ella. Y su coplilla sobre la obligación de demostrar la valía, aún me meo de risa. La veo a diario, pasar por el mundo como si caminara sobre una nube. En clase, en el metro, en la calle, lo único que recibe son miradas de envidia, porque es guapa, inteligente y rica. Punto. Yo, cuando es a mí a quien miran, tengo la impresión de que me escupen a la cara. Lo que no me impide comprobar el teléfono cada diez minutos desde esta mañana —ni una llamada, ni un SMS— y pensar que, quizá, esto se va a terminar así, sin más.

De todos modos, somos muy diferentes.

La portera me sujeta la puerta y me pregunta para quién son esas flores tan bonitas, y yo bromeo con ella porque ahora le tengo cariño. Necesitó un tiempo para asumir que yo no era un chico imbécil que está todo el día de fiesta, pero, desde entonces, es encantadora. Me cuenta las historias del edificio, que a nadie más que a mí le apetece escuchar, y luego es la única persona en el mundo —junto con la Condesa— que me llama señor. Eso me divierte.

Delante de la puerta del cuarto, titubeo un poco antes de llamar. A la señora Geithner he debido de verla tres veces. No sé qué pensar, me parece un poco seca, pero es normal, me pongo en su lugar. Su marido me ha metido en su casa, en su estudio, sin alquiler, con todos los gastos pagados y con la señora de la limpieza que sube a cambiarme las sábanas y las toallas. Un hotel de cinco

estrellas. Y yo, a cambio, ¿qué le doy? Un kebab. Si no me hubiera mosqueado con Kévin, a lo mejor podría haberle dado un regalo de verdad, un iPad o un teléfono. De todos modos, Geithner no lo habría aceptado, porque habría sido de dónde procede.

Tengo la sensación de abusar.

La señora Geithner me abre al tercer timbrazo, con bata y pinta de salir de su tumba. Sin maquillaje, con unas ojeras muy profundas, parece mucho más vieja que Geithner, o igual es por la luz.

—Buenos días —dice, casi con desconfianza.

—Buenos días, señora. Lo siento, ¿la he despertado?

—No, en absoluto.

Por supuesto que sí, pero no le apetece decirme que se levanta de la cama a las once de la mañana, mientras que todo el edificio se ha ido a currar hace horas. La entiendo.

—Tenga, son para usted —le digo, dándole las flores.

—¿Para mí? Pero ¿por qué?

—Quería darle las gracias. Por el estudio y todo lo que hacen por mí.

—Es muy amable. ¿Se va?

—Eeeh... Todavía no. Pronto será el concurso y después ya podré volver a mi casa.

—A sus padres se les debe de estar haciendo largo.

—Sí, seguramente.

Después de quedarse embelesada con el ramo —lo que demuestra que mi madre se come realmente la cabeza por nada—, me dice que entre para tomar un té, que no rechazo, porque me apetece agradecerle, lo bastante para ganar una o dos semanas más en ese apartamento donde me siento tan bien, mejor que en cualquier otro lugar del mundo.

—Póngase cómodo —dice—. Como si estuviera en su casa, ahora vuelvo. —El salón de los Geithner, es la primera vez que lo veo, es menor de lo que imaginaba, pero es genial. Un único cuadro en la pared, un círculo de bronce sobre un fondo de metal oscuro. Un sofá tan limpio que parece que nunca nadie se ha sentado ahí. Una biblioteca llena de libros antiguos, que deben de costar una fortuna. Ni una baratija, ni una figurita, ni un estante... Nada que ver con la colección de quincalla de mi madre, por no hablar de los iconos que ha colgado un poco por todas partes para que la Virgen Santa nos proteja. Por suerte nadie ha estado nunca en mi casa—. Lo siento, le he hecho esperar.

—No se preocupe, señora.

Con un pantalón y jersey beis, peinada y maquillada de refilón, se ha reconvertido en la guapa mujer que me he cruzado en la entrada del edificio.

—¿Azúcar?

—No, gracias.

Ha dejado una bandeja en una mesa baja —té y galletas— y luego ha colocado mi ramo en un lugar destacado en un jarrón de metal cobrizo, a juego con las lámparas. Hasta eso está previsto, para que las flores no acaben en una jarra.

A duras penas me atrevo a mordisquear un espéculoos, por miedo a tirar migas en la alfombra.

—¿Cómo va la preparación del concurso?

—Bien.

—¿Se siente ya preparado?

—Lo máximo posible.

—No debe de ser fácil, para usted tampoco. —¿Tampoco? Empieza a subirme un sentimiento de

malestar. No sé qué quiere decir, ni por qué me mira con una especie de compasión maternal—. ¿De verdad piensa que tiene alguna posibilidad de ganar el premio? —pregunta la señora Geithner, como si fuera evidente que no.

—No sé... Voy a intentarlo.

Su risita decepcionada le hace una arruga en la esquina de los párpados.

—Pierre lo ha arrastrado a esto por cabezonería... Él no ha pensado en las consecuencias. En el efecto que todo esto provocará en su vida. Usted se encuentra catapultado sin ninguna legitimidad a un medio que no es el suyo, que lo rechaza, que lo juzga... Es un mundillo, ya se ha dado cuenta, y las personas son crueles.

—Estoy bien, me defiendo bastante bien.

—Ay, no lo dudo, pero la vuelta a la realidad probablemente será brutal. —Dejo la taza sin haber bebido una gota. Quema. Además no me gusta, solo es agua caliente con un sabor algo amargo—. ¿Pierre le ha dicho que corre el riesgo de perder su puesto? —continúa la mujer, mordisqueando un spéculoos.

—Sí. Me lo ha dicho.

—Me extraña. Pensaba que lo habría ocultado... Sobre todo a usted.

—¿Por qué sobre todo a mí?

—Porque él lo ha utilizado, Mathieu. Un chiquillo de barrio, autodidacta, en el Gran Premio a la Excelencia... Usted sabe de sobra que no le faltaban candidatos, bastante más cualificados que usted. —Como para dejar que encaje lo que acaba de soltarme, se interrumpe para beber dos tragos de té, con la punta de los labios—. Lo que más me entristece de esta historia —continúa— es que usted va a dejar en ridículo a los dos. —Se me hace un nudo en la garganta, pero intento mantener la cabeza fría, porque todo esto solo son gilipolleces, porque su marido prefiere quedarse sentado en la escalera antes que pasar la noche con ella—. Ya sé que a mí no me incumbe, pero encuentro inmundo lo que mi marido hace con usted, Mathieu. Usted parece buena persona, no se merece esto.

—Pues, sabe usted, yo no me quejo. Su marido me ayudó cuando yo... tuve problemas, confió en mí y me ofreció unas clases con la mejor profesora del Conservatorio... Me presta, quiero decir, me prestan, un superestudio...

—¿Y no se pregunta por qué? —Sí, me lo he preguntado. Hasta he llegado a pensar que era un viejo pervertido—. No sé qué busca aquí, Mathieu —dice, al tiempo que se levanta—. Una carrera, oportunidades... Para Pierre es el hijo que busca. Y que no encontrará nunca. —En ese momento se pone de puntillas para coger una foto enmarcada en la biblioteca y lo entiendo. Entiendo por qué Pierre Geithner lo ha dado todo por mí, sin dudar, por qué me persiguió durante tanto tiempo, hasta librarme del talego, por qué me esperó en una estación, en medio del gentío, para ofrecerme un futuro que yo no quería. Realmente yo no existo. Solo soy un fantasma—. Se llamaba Thomas —dice la mujer, dejando la foto delante de mí—. Tenía quince años y murió de leucemia. La habitación que usted ocupa es la suya, bueno, la que habíamos preparado para cuando estudiara. —Me gustaría decir algo, lo que fuera, que no sea «lo siento», pero no me sale. Tengo tal nudo en la garganta que me hace daño y se me llenan los ojos de lágrimas, como si fuera un crío, coño. Me odio—. Eso es todo —termina—. Ya lo sabe todo. Si yo fuera usted, me lo pensaría. Aún está a tiempo de evitar, a uno y a otro, una humillación pública. Usted es joven y se recuperará, pero Pierre no levantará cabeza. —Incapaz de responder, asiento con un gesto de cabeza—. Lo siento sinceramente por usted, Mathieu. Usted estaba en el sitio inapropiado en el momento inapropiado.

Me acompaña a la puerta, después de dejar mi taza todavía llena en la bandeja y de secar con la punta de la servilleta la huella casi invisible que ha dejado en la mesa. No queda nada, igual que no quedará nada en la habitación del sexto, ni siquiera un recuerdo de mi paso, solo la sombra de un tío que nunca vivió allí.

Han dejado el piano, como un mueble viejo, en medio del salón. Parece mayor, también más oscuro y su espalda, que había ocultado durante todos estos años, solo es una tabla tosca cubierta de polvo incrustado. Lo han golpeado en la escalera, dos veces, y han dejado un rasponazo largo en la madera, una cicatriz que chirría bajo los dedos. Con cada golpe, el adolescente cierra los ojos, como si el instrumento pudiera sufrir, como si todas las notas que cobija fueran a salir volando y nunca volver.

Dos plantas son muchas para un piano.

Ha habido que arrastrarlo por el pasillo, pedir ayuda a los vecinos, hacerle un hueco en la habitación que se ha convertido en la suya. Pegado a la pared, ha recuperado su rostro, su barniz, sus colores, aunque esté de duelo, aunque la tapa sujeta con una larga banda adhesiva parece no querer volver a abrirse. Ahora está en paz, en su nueva casa.

El adolescente lo acaricia, como a un animal, tragándose las lágrimas, porque un hombre no llora. Un niño, a lo mejor, pero, con trece años, ya no se es niño. Desde el fondo de su corazón hecho trizas, da gracias al cielo —en el que aún cree— por no haberlos separado, por no haber escuchado a su madre. Ella no lo quería, el piano, porque es demasiado grande, porque es demasiado pesado, porque no tiene dinero y las clases son caras, va a coger polvo y a morir a fuego lento, cuando podría hacer feliz a otro.

Pero a los hermanos no se les separa.

El señor Jacques murió. Así, de repente, una mañana, en su sillón. Lo bajaron en una camilla, en una bolsa de color de hormigón, sin nadie para acompañarlo en la ambulancia, solo los sanitarios, y los pensamientos del adolescente que lo miró marchar. El piano se quedó solo, mucho tiempo, detrás de una puerta muda, luego fueron a abrirla, a embalar en cajas, mezclaron las fotos, la ropa, las cazuelas. Subieron con un documento notarial, el acta de adopción del piano, y se negaron a llevárselo con ellos, porque no tenían sitio, porque no tenían derecho, y ahí se quedó, en el salón, con su olor a cera.

También dejaron una carta.

Un sobre cerrado, con el nombre del adolescente subrayado con tinta azul.

El chico no la abrió.

Como todas las tardes, en la penumbra de su habitación, se sienta al piano, levanta la tapa, coloca los dedos en las teclas y busca en su interior fuerza para tocar. No la encuentra. Las ganas han muerto, también ellas, o a lo mejor es por la tristeza, parece ser que se pasa. Entonces el chico llora, porque aún no es un hombre, porque tiene trece años, porque cada nota libera una lágrima; el señor Jacques decía que no había que contenerlas.

A lo mejor volverán.

Como todas las tardes, da vueltas y más vueltas a ese sobre donde duermen las palabras del

hombre que vivía con la música y eso le encoge el corazón. Arde en deseos de saber, pero saber qué, si la abre, se habrá acabado, su voz saldrá volando para siempre y ya no le quedarán recuerdos. Entonces la deja, otra vez, encima del teclado, antes de volver a cerrar la tapa.

Esa carta, no la abrirá nunca.

Coño, mira quién está ahí!

Aquí, nada ha cambiado. Ni siquiera el banco, la misma shisha, el mismo olor a manzana artificial y el ruido de las motos que dan vueltas en el aparcamiento.

—¡El señor director de orquesta en visita oficial!

Driss y Kévin, encaramados en el respaldo, me miran a través de una nube de humo y hablan entre ellos como si yo no estuviera.

—¿Qué coño viene a hacer aquí?

—Ni idea. A dar clases de piano a los chavales del barrio.

—Ah, ¿sí? No tiene miedo a que le roben...

Mi mochila, llena hasta los topes, me pesa en la espalda. Me parece más pesada que cuando me marché, a lo mejor porque Anna me regaló una sudadera gruesa o sencillamente porque, ahora, todo es más pesado.

Titubeo.

La dejo a mis pies.

Y voy a sentarme con ellos.

—Francamente —dice Kévin.

—Es demasiado honor, *herr Kapellmeister* —añade Driss, que vio cincuenta veces *La gran juerga* cuando era un chaval.

—Ya está bien, dejadme en paz.

Diez segundos de silencio.

—¿Te han echado los burgueses de su casa? —pregunta Kévin.

—No. Me he largado.

—Nos echabas mucho de menos, ¿es eso?

—Me han hinchado las pelotas.

Un grupo de tíos pasa, empujando una *scooter*, que deja detrás un largo rastro de aceite. Una camioneta arranca, el viejo gilipollas del tercero abre las ventanas para que todo el mundo pueda escuchar a Aznavour y la chavalita de los vecinos baila delante del edificio con un vestido de princesa.

Realmente no sé qué siento.

Alivio, pesar, cansancio.

—No hemos entendido nada de tu historia —dice socarronamente Driss, dándome un golpe en la espalda—. Te caen seis meses de servicios comunitarios y en lugar de eso te enseñan a tocar el piano. En serio, es un disparate. Luego te quedas en París, ni siquiera sabemos en casa de quién y te presentas a un gran concurso de yo qué sé qué...

—Pasa de todo —le corta Kévin—. A mí me traen al paio sus chorradas.

Yo le doy la razón con un gesto de cabeza, la mirada perdida en los edificios y acepto la shisha que me da Driss.

—Tienes razón. No es nada interesante.

—¿Y la tía?

—¿Qué tía?

—Ah, ¿porque te has ligado a muchas tías atómicas con culitos así?

Habría preferido que se olvidaran de Anna, igual que yo intento olvidarla, desde esta mañana, pero seguramente con lo único con lo que de verdad se quedaron cuando nos vimos en Les Halles es con ella. Hace un rato, en el tren, intenté borrar su número, pero me rajé en el último segundo, porque no estoy seguro de que esto guarde el histórico de los SMS.

—Igual. Se acabó.

—¿También esa tía te ha hinchado las pelotas? —Driss se echa a reír a carcajadas y, aunque en otras circunstancias yo también me habría reído, siento que me entran unas terribles ganas de plantarle la mano en la jeta. Como nunca ha sabido parar, sigue con sus punzadas, con un chiste malo tras otro, hasta que Kévin le ordena que se calle con una mirada.

—Lo siento —acaba diciendo.

Demasiado tarde, ya he cogido mi mochila y dado una última calada a la shisha.

—Coño, Mat, ¡no te vas a ofender por eso! —grita Driss—. Ya no se te puede decir nada... ¿Te has vuelto como tus nuevos amigos o qué?

—No te preocupes, no estoy ofendido. Solo estoy reventado, voy a subir a dejar mis cosas.

Como el bruto que es, Kévin me agarra de la nuca para revolverme el pelo, la cosa que siempre más me ha molestado, pero, extrañamente, me sienta bien. Me siento tan solo, casi tengo ganas de llorar.

—Venga, viejo, vete a dejar tus cosas. ¿Bajas luego?

—No sé. A lo mejor más tarde.

—Esta noche hay un concierto... Sabes, la prima de Kamel ha montado un grupo de rap.

—Habrás tías —añade Driss.

—Ya veremos.

Me tira el humo a toda la cara, una mezcla de manzana y de aliento a McDonald's.

—¡Lo siento, *herr Kapellmeister*, no es una ópera!

—No flipes, les pediremos que toquen el violín —dice socarronamente Kévin.

Me alejo encogiéndome de hombros, mientras que esos dos idiotas improvisan una especie de canon espantoso, que se supone imita a una canción lírica. Sus voces me siguen un buen rato. Hasta el montón de cubos de basura de delante de la puerta de mi edificio. Me parece que voy a tener que aguantarlos mucho tiempo.

—¡Eh, luego vienes, coño! ¡Si no subimos a buscarte!

No iré. No volveré a ir. Aún prefiero la tele, los deberes de mi hermano y el techo descascarillado de mi habitación. No me apetece disimular, aguantar conciertos que me rompen la cabeza, poner posturitas de gánster para existir delante de las chicas. No llevo la gorra. Me he convertido en un pobre gilipollas parisino, al que le gustan las terrazas, las sillas al sol en el Jardín de Luxemburgo, los kebabs delante de la Sorbona, las porteras que te llaman señor y las toallas que huelen bien. Me he convertido en un puto burgués.

Espero que se me pase pronto.

El ruido del cuchillo en la tabla de cortar suena como una ráfaga de metrallera. Siempre he pensado que en lugar de morirse de asco cinco noches a la semana en el hospital, mi madre debería abrir un restaurante polaco. Para empezar porque no cocina mal y luego porque nadie conoce la comida de su tierra. De nuestra tierra, como ella dice. En la rue des Canettes triunfaría.

Y eso sin tener en cuenta que corta la verdura más rápido que una máquina.

—¿Estás aquí, mamá?

Las rodajas de zanahoria ruedan por el fregadero y abre los ojos como si, por fin, hubiera visto a la Virgen. Casi se corta un dedo del susto.

—¿Tú eres el que pregunta si estoy aquí?

Me abraza y, como siempre, el olor a hospital se mezcla con el de la comida.

—¿Te quedas a comer con nosotros? —me pregunta, como si ya fuera un extraño.

—Me quedo a secas. He vuelto.

Al contrario de lo que esperaba, mi madre no empieza a saltar de alegría y frunce el ceño delante de mi mochila.

—¿Has vuelto a tener problemas?

—No, mamá.

—¿Estás seguro? Porque si me entero de que has hecho una tontería...

—No he hecho nada.

—¿Y tu trabajo obligatorio? Vas a seguir, ¿no?

—No, no creo.

—¿Cómo que no crees? ¿Ahora lo decides tú?

—Ya te lo explicaré, es un poco complicado.

Con su aire de desconfianza y el cuchillo en la mano se parece un poco a un psicópata, pero evito decírselo, porque no tiene ganas de bromas.

—Te escucho, Mathieu. —Odio ese tono, que me aterrorizaba cuando era niño, por eso imitaba su firma para no enseñarle el cuaderno de comunicaciones. Falsificaba las notas por miedo a que me echara la bronca; ponía un palo delante del 4 en matemáticas, para vivir en paz hasta el consejo escolar, cuando ella acababa descubriendo que mentía. Eso funcionaba una de cada dos veces, porque, 18 en inglés, no se lo creía nadie. La única asignatura en la que no engañaba a nadie era el piano. Y aún. Tengo el título de tercer ciclo del Conservatorio de París, solo por haber tocado la *Rapsodia húngara* en el gran auditorio—. ¿Es para hoy o para mañana?

Eso también me lo ha repetido a menudo.

—Mamá, hace mucho tiempo que he dejado de limpiar.

—Vas a volverme loca, Mathieu. ¿Qué has hecho todo este tiempo en París?

—Piano.

Si le hubiera dicho «vendo crack» no se habría quedado más impactada.

—Y... ¿el señor Geithner lo sabe?

—¿A ti qué te parece?

A ella ya no le parece nada, su mundo se derrumba, así que le cuento todo: desde el primer día, del *Preludio* de Bach, hasta el *Concierto n.º 2* de Rajmáninov, la tarjeta de visita, los trabajos comunitarios. Cómo pasé de ser limpiador a solista. Cómo me eligieron para el concurso, mi guerra abierta con la Condesa, mi competidor, mi tendinitis. Mi estudio. Todo excepto Anna, para no darle pena, porque ella siempre me ha reprochado que no le presento a mis chicas. Y ¡mierda!, ya que le suelto todo, le hablo también de Anna —sin responder a su pregunta de por qué no la he traído aquí—, dejando de lado los motivos de la ruptura. No me apetece que entienda que me

avergüenzo de ella.

De vez en cuando, levanta la mirada al cielo, pone a Dios por testigo, murmura algo en polaco. Luego me interrumpe, me hace una pregunta, intenta que encajen las piezas de este puzle incomprensible que le lanzo a la cara sin recobrar el aliento.

Me parece una completa locura, ahora que se lo cuento.

—¿Por qué no me has dicho nada, Mathieu?

—No quería que te preocuparas.

—Ah, ¿acaso crees que no me preocupaba que vivieras en «casa de una amiga» sin dar señales de vida nunca?

—Te he enviado un montón de mensajes.

—Eso no son señales de vida.

—Lo siento, quería contártelo después.

—¿Después de qué?

Esa pregunta. Realmente ha olvidado toda la energía que puso para que dejara de gustarme el piano, con la excusa de que no tenía medios para pagarme las clases. Durante años, he tocado por la noche, en sus horas de hospital, en las estaciones, perdido entre el gentío, esperando no encontrarme con algún conocido suyo. La música me angustiaba más que las notas del colegio, me moría de miedo de que, algún día, al volver, me encontrara mi habitación vacía, porque por un piano vertical, aunque sea viejo, aunque sea inmundo, pueden darte trescientos pavos en el *Bon Coin*.

—Después del concurso. Si te lo hubiera contado antes, me habrías hinchado los huevos para que lo dejara.

—¡Mathieu, esa educación!

—Vale. Habrías hecho cualquier cosa para que lo dejara.

Mi madre se sienta delante de la tabla de cortar, con una tristeza en la mirada que hace que me arrepienta de haberle contado todo. Con mi madre, la mentira sigue siendo el mejor método.

—No has entendido —dice, tras un largo silencio—. Si no has seguido con el piano es porque yo no podía pagarte las clases, ni trabajando más. No basta con el talento... Hay que tener dinero. Yo no quería que fueras desgraciado.

—Lo sé, gracias. Ese discurso me lo has soltado durante toda la vida, no necesitas sacarlo de nuevo.

Otra vez más, mi madre lanza una mirada a Dios —es decir, al techo— y luego me pone la mano en el brazo.

—Mathieu, soy tu madre. ¿De verdad crees que te habría impedido que aprovecharas una oportunidad como esa? —Patidifuso, no respondí nada—. Lo que te ha ocurrido es un milagro. ¡Vuelve a París! Preséntate al concurso, demuéstales que eres el mejor.

—No, se acabó.

—No digas eso. No puedes abandonar.

—Claro que puedo. Tenías razón, el piano está bien para los ricos.

Mi madre me observa en silencio, con una ternura algo triste, que me hace pensar que, con su pinta de buldócer, es como todo el mundo, llena de dudas y de lamentos. También ella debió de tener sueños que se empotraron contra la realidad como un coche que se sale de la carretera. Es mi madre y, después de todo, no sé mucho de ella. Un pariente es un mueble, nunca te preguntas por qué está ahí.

Mi madre es la que rompe el silencio.

—Y, ahora, ¿qué vas a hacer?

—Volver al curro... Habrás tenido que ir tirando desde que no trabajo.

—Me las arreglo muy bien, Mathieu.

Cuando voy a responderle, oigo la llave en la puerta y los gritos de alegría de David, que ha visto mi cazadora en la entrada.

—¡Mat!

Ella me dirige una sonrisa de madre mientras recupera el cuchillo y la zanahoria.

—Ve a ver a tu hermano. Te ha echado de menos.

Tres días sin noticias. Eso no debería preocuparme, de hecho no me preocupo, me impaciento. Supongo que es normal, reservarse un tiempo de soledad antes de la última recta es un medio de reponer fuerzas. Pero, a dos días del concurso, ya es hora de pensar en la ropa. Mathieu necesita un traje, una camisa bonita, a lo mejor una corbata —si consigo convencerlo— y un par de zapatos. Y aunque mi modista coja los dobladillos en dos horas, prefiero tener toda la suerte de nuestro lado. Yo no soy de los que se van de vacaciones con Lastminute.com o improvisan una cena una hora antes de que lleguen los invitados. Así es, no puedo hacer nada al respecto, me gusta estar seguro.

Además, sí, estoy preocupado. Un poco.

Una indisposición, un accidente.

Eso solo les pasa a los demás.

He llamado a la puerta tres veces antes de sacar la llave, con la desagradable impresión de pisotear mis principios. Esta ya no es mi casa, no mientras Mathieu viva aquí. Cuando le ofrecí esta habitación, le proporcioné un terreno, un refugio, un santuario del que solo él es el dueño. Pero la fecha límite se acerca y su silencio empieza a pesarme. No ha leído mis mensajes, quizá porque ha apagado el teléfono; seguramente porque ha apagado el teléfono.

—¿Mathieu?

Nada. Entonces abro la puerta, quitándome de la cabeza las imágenes mórbidas que me asaltan. No, no lo encontraré muerto en la cama. Es una idiotez, es absurdo. Esa estadística es ridícula. Hay que dejar de creer que todo el mundo se puede ir así.

La habitación está vacía y la cama hecha. Las toallas cuidadosamente dobladas. Y en la mesa, perfectamente ordenada, hay una carta. O mejor dicho un folio A4 doblado por la mitad y unas palabras garabateadas con una letra nerviosa.

Se ha ido.

Sin avisar.

Lo siento, no soy una buena persona.

Gracias por todo lo que ha hecho por mí.

Buena suerte en el concurso.

Mathieu

Me quedo paralizado por un instante, dudando entre la rabia y la amargura; vence la rabia. Tiro la silla por los aires, las toallas, todo lo que él ha tocado, todo lo que ha ensuciado, todo de lo que se ha aprovechado a mi costa, para luego rajarse dos días antes del plazo final. Pedazo de gilipollas. Con esa carta de tres frases, sin una explicación, sin una justificación, tres frases para

tener tranquila la conciencia, una carta que arrugo y aplasto con los dedos hasta notar que las uñas se me hundían en la palma.

Alguien empuja la puerta, pero no es él, es Mathilde, que me mira con ojos de incredulidad.

—¿Pierre? ¿Te has vuelto loco?

Respiro, me recompongo la chaqueta, recojo la silla, que en su caída ha dejado un rastro negro en la pared.

—¡Loco de rabia, sí!

—Se ha ido, ¿es eso?

Le doy la carta, que desarruga sin soltar el llavero.

Y pienso que es la primera vez que sube aquí desde el desastre.

—¿Tú lo sabías?

—Digamos que lo sospechaba. He subido a ver cómo ha dejado la habitación...

—¿Y por qué lo has sabido? ¡Responde, Mathilde, es importante!

—Un poco excesivo —responde Mathilde con ironía.

Como siempre, se hace rogar. Hubo una época en la que eso me divertía, o me picaba la curiosidad, pero ahora no aguanto más las medias palabras y los misterios. Abro la ventana de par en par ante el cielo azul de invierno, porque me falta el aire.

—¿Qué te dijo, Mathilde?

—Nada... Quería darme las gracias por la habitación con un ramo de flores, fue amable.

—Y hablaste con él.

—Naturalmente. Ya que a ti no te ha parecido bien hacerlo. Ni siquiera sabía lo de Thomas...

—¡Tú no eras quién para decírselo!

—Era necesario que alguien lo hiciera, Pierre. Es un pobre chico, un pequeño delincuente al que le has prometido el oro y el moro, porque te creías, con toda tu buena voluntad, que ibas a servirle de padre. No se le puede acusar si ha intentado aprovecharse.

Pese al viento glacial que se mete en la habitación, aún me cuesta regular la respiración.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho, Mathilde? ¿Lo que has destruido?

Su mirada descolorida, ausente, recupera por un instante un rayo de ira.

—¿Tú me acusas a mí de destruir? Desde que volviste al trabajo, nadie entiende qué te pasa. Ressigeac se mata para permitir que mantengas tu puesto y tú, ¿tú que haces? Te encaprichas de un pobre delincuente, un Mozart de los suburbios, incapaz de alinear tres frases, por el que estás dispuesto a perderlo todo.

Lo más triste es que no tengo nada que responderle.

Hemos ido demasiado lejos.

Recojo las toallas y las vuelvo a doblar en los pies de la cama, como él las había dejado. No quiero que la mujer de la limpieza las encuentre por el suelo, además no me gusta el desorden. Esta habitación recuperará su calma, seguramente para siempre, a no ser que la vendamos; lo mejor que puede pasarle. Mathilde me observa con los brazos cruzados, sin emoción, como si me esperara, como si fuéramos a bajar juntos y a reanudar el curso de nuestra vida. El brillo, otra vez, ha desaparecido de su mirada.

Creo que es la última vez.

Esta noche yo dormiré en esta habitación.

Esperar a una chica a la salida de clase, no me había pasado desde que estudiaba.

—Señorita Benansi, por favor.

Sorprendida, algo preocupada, la novia de Mathieu se separa del grupo de violonchelistas con el que intercambia unas miradas cómplices y luego se dirige a mí. Bonita sonrisa. Bonito caminar. Siempre me ha parecido encantadora.

—Señor Geithner.

—¿Tiene un minuto?

—Por supuesto. —Nos alejamos por el pasillo, lejos del gentío, hacia la primera puerta cortafuegos que da al exterior. No me apetecía llamarla a mi despacho para una conversación que, después de todo, no tiene nada de oficial. Y, sobre todo, tengo una necesidad casi primaria de escapar del encierro, de respirar un aire que no sea acondicionado. Quizá, en algunos momentos, el cuerpo tiene las mismas necesidades que el alma—. ¿Es porque falté el martes? —me pregunta mientras deja el violonchelo—. Lo siento, hubo una fuga en la cocina de mi casa, mis padres no estaban... Pero el señor Pajot me ha dicho que puedo volver a hacer el examen.

—Ni siquiera sabía que había faltado a un examen. Vengo a verla por Mathieu.

Un velo de disgusto —o quizá de tristeza— pasa por su mirada.

—Creo que no podré ayudarlo. Mathieu y yo ya no estamos juntos.

—Ah. Le ruego que me perdone, creía...

La última esperanza de razonar con ese cabeza de mula de Malinski desaparece con su pareja. Ahora lo conozco lo suficiente como para saber que, una vez metido en su caparazón, solo pueden sacarlo el tiempo y la reflexión. Pues yo no dispongo de lo uno ni de la otra.

—¿Qué quería saber?

—Mathieu ha abandonado el estudio sin avisarme y me ha dejado una carta. Lo deja, tira la toalla... a dos días del concurso.

—¡No es posible! —exclama la chica.

—Yo esperaba que usted supiera algo o que pudiera hablar con él. Para el Conservatorio no es el fin del mundo, presentaremos a otro alumno, pero para él...

Anna asiente en silencio y luego levanta hacia mí una mirada cargada de inquietud.

—Espero que no haya sido por mi culpa. Discutimos tontamente... Algo que dije y que le sentó mal.

—¿Algo tan serio como para empujarle a marcharse?

—No lo sé. Espero que no.

Mi mala fe, insidiosa, me incita durante unos instantes a descargar mi responsabilidad en esa chica. Pero resulta demasiado fácil.

—No, usted no tiene nada que ver. Supongo que su discusión no arregló las cosas, pero hay algo más...

—¿Qué? No sé qué podría haberlo disuadido, estaba a tope...

—Ya se lo contará él mismo, si las cosas se arreglan entre ustedes. Por mi parte, yo esperaba que usted pudiera hacerlo entrar en razón, pero esto se presenta bastante mal.

Mecánicamente, levanto la mirada hacia las alas de una golondrina, que dibuja una mancha blanca, casi cegadora, en el cielo azul. Pareciera que estuviéramos en otro lugar.

—Puedo intentarlo —dice la chica de pronto—. No estoy segura de que responda, pero lo intento.

—Hágalo. Mathieu está prendiendo fuego a su futuro por una cabezonería y lo lamentará toda su vida.

—Y con el concurso, ¿qué pasa? Tiene que modificar la inscripción, ¿no?

—Sí, esta noche, si él no da señales de vida, inscribiré a Sébastien Michelet en su lugar.
Olvidando que es una alumna frente a su director, me dirige una mirada furiosa.

—¡Eso no! Deme un poco de tiempo, voy a convencerlo.

Le respondo con una sonrisa un poco decepcionada.

—Como quiera... Después de todo, hemos llegado hasta aquí, y esto no es para detenerse ante una formalidad administrativa.

Otro mensaje más, que vibra en el fondo del bolsillo.

Seguro.

Es el gran día.

Hoy es el día en que Michelet se presenta al Gran Premio a la Excelencia. Y a mí me importa un pito, yo he ido a hacer la compra. Papel del culo, lejía, jabón para fregar y comida: arroz, pasta, tomate concentrado, el más barato de los más baratos. Lata de atún. También he cogido un frasco enorme de salsa boloñesa en oferta, que tardaremos una eternidad en comernos, pero no importa porque caduca dentro de dos años.

Sin esos mensajes que llegan a ráfagas, ya me habría olvidado de París.

¡¡Coño, por lo menos contéstame!!

Vuelvo a meter el teléfono en el bolsillo, con el corazón un poco encogido, pero hay que mantenerse firme, sobre todo hoy. Mañana ya habrá acabado. El concurso habrá pasado y Michelet se habrá dado el gustazo bajo los focos, Anna me considerará definitivamente un perdedor y Geithner no querrá volver a oír hablar de mí. Es mejor así. Para todo el mundo. Yo no tengo nada que hacer en sus vidas. Nunca seré pianista. Pianista no es un trabajo, es un pasatiempo para ricos. No volveré al distrito quinto, a vivir a costa de un tío de luto, que no ha conseguido enterrar a su hijo. Yo no seré su mascota, su arrabalero de compañía, no puedo triunfar por compasión.

Mi vida voy a vivirla aquí.

No importa si me ahogo. Sentado en el banco con las bolsas de la compra. Tengo la sensación de que cada minuto dura una eternidad. Podría subir, por supuesto, pero arriba es aún peor, doy vueltas, tengo ganas de romperlo todo. Así que me quedo aquí, esperando a Kévin o a Driss, o a los dos, pero es muy pronto, a esta hora están planchando la oreja.

Es gracioso como el hecho de no hacer nada se ha vuelto insoportable.

Un grupo de mujeres pasa con sus cochecitos, el viejo del tercero me mira detrás de las cortinas y, en alguna parte, una moto acelera a fondo, con gritos, ánimos, silbidos. Huele a rueda quemada y a testosterona. Un rodeo a las diez de la mañana, hacen horas extras, ¡por todos los cielos!

A mi pesar, enciendo el teléfono para volver a leer otra vez los mil mensajes que Anna me ha mandado en dos días. «Lláname». «No te olvides del Gran Premio». «Si no lo haces por ti, hazlo por Geithner». Lo ha intentado todo, los emoticonos, el ánimo, las amenazas.

Me apetece responderle.

—¿Qué son todas esas bolsas? —dice la voz de Driss—. ¡Pareces un rumano! ¿Duermes en la calle o qué?

Levanto la cabeza, sorprendido de verlo levantado antes de mediodía.

—Muy gracioso.

—Vale, estoy bromeando... ¡Joder, qué coñazo te has vuelto! —Aun así, se sienta y me cuenta que tenía una cita con un tío muy temprano y que no ha aparecido. Luego mira las bolsas y empieza a leer la composición de las latas de atún, porque alguien le ha dicho que no hay atún en el atún. O casi nada, menos del cinco por ciento. Apostamos. Pierde él. Y yo me meto en el bolsillo el billete de diez pavos que no le viene nada mal a mi economía—. No llores por el atún —me suelta Driss, sonriendo—. Muy pronto tu hermano te pagará el alquiler. Ya le oigo montar algún negocillo.

—¿Qué?

—Sí, anda mucho por ahí desde que te fuiste.

Le quito la lata de atún, con una mirada que le borra la sonrisa.

—¿Con quién?

—Vale, no tienes más que ir a ver, está con sus colegas de baloncesto en el aparcamiento.

Cuando salí, hace un rato, David estaba tranquilamente instalado en el salón, con los cascos puestos, haciendo los ejercicios de matemáticas. Pero sé que eso le tienta. Como a todos los chavales de su edad, que sueñan con convertirse también ellos en raperos y conducir buenos coches. Anoche mismo le prohibí que volviera a salir para ir a buscar a no sé qué amigo, que no quiere decirme cómo se llama. Así que me levanto, dejo las bolsas en el banco y voy a echar un vistazo al aparcamiento.

Al principio, no lo veo. Solo unos coches en los que se sientan amontonados los chicos y una pista de carreras improvisada, con motos aparcadas a su alrededor.

Mi hermano pequeño está ahí. En una Yamaha demasiado grande para él, sin casco y haciendo rugir el motor. Con un tío dándole indicaciones, otros dos haciendo fotos y el tubo de escape escupiendo una humareda negra.

Corro, pero él ya ha arrancado.

No sabe conducir y le derrapa la rueda trasera.

—¡David!

Se gira, asustado, acelera demasiado fuerte y la moto da vueltas como un girasol.

Yo grito, empujo, corro con el corazón latiéndome en las sienas y todo el mundo me mira como si ya estuviera muerto. No está muerto, hostias, no puede estar muerto. Está tirado en el suelo y tiene sangre alrededor de la cabeza, creo que voy a vomitar, me arrodillo junto a él, le hablo, lo llamo, pero no me atrevo a tocarlo, porque podría morir porque yo me negué a hacer el coñazo de curso de primeros auxilios en el colegio, porque era una tontería y tenía mejores cosas que hacer.

Es por mi culpa.

Se ha caído por mi culpa, si está ahí es por mi culpa.

—Llamad a una ambulancia —grita un tío detrás de mí.

Yo pongo mi mano en la suya, le busco el pulso, no entiendo de eso, pero aún late, aunque David no se mueva, aunque tenga los ojos cerrados.

Se oyen las sirenas, no sé cuánto tiempo he pasado junto a él, pero ya no siento las piernas y me duelen las rodillas.

—Apártese, señor.

A mi alrededor hay botas, una camilla, una máscara de oxígeno y empiezo a ver el paisaje que me rodea.

—¿Qué tiene?

—No lo sé, señor. Nosotros lo atenderemos.

Me apoyo en un coche, el tiempo para conseguir serenarme y le doy un empujón a Driss que me agarra del hombro. No hay que ocuparse de mí, sino de David; y los tíos ya están cerrando las puertas de la ambulancia.

—Voy con él —digo al sanitario que me impide el paso.

—¿Es familia suya?

—Soy su hermano.

—¿Tiene alguna documentación?

Su compañero, un tío enorme con la cabeza rapada, le hace un gesto para que me deje subir y me da una palmada en la espalda de ánimo, que me da ganas de llorar.

David parece muy pequeñito en la camilla, le han puesto un gotero y huele a éter. Me dicen que me siente cerca de él, que le hable, y la ambulancia arranca con un bramido de sirena. Me acuerdo de mi madre, me gustaría llamarla, pero no quiero soltarle la mano, así que cierro los ojos y hago algo que nunca había hecho en toda mi vida.

Una cosa polaca, una cosa de «nuestra tierra».

Rezo.

La sala de espera de un hospital es algo como para pegarse un tiro. Estás solo con tu angustia, entre cuatro paredes amarillas, desconchadas, asquerosas, en unas sillas de plástico, leyendo por décima vez la misma revista *People*, que tiene arrancadas la mitad de las páginas. Es eso o *Capital*. O un *Science et vie* de antes de que yo naciera, con la portada descolorida.

No sé cuánto tiempo llevo ahí, sin decir nada, con mi madre llorando y yo mirándome los zapatos intentando olvidar. Cuando mi madre llegó, nos abrazamos, sin decir nada, muy fuerte, luego nos sentamos y esperamos.

Mucho tiempo.

Varias veces, se ha abierto la puerta batiente, pero no era para nosotros. La gente entra y sale, los llaman de uno en uno. A nosotros no. Pienso que eso es buena señal, que, si estuviera grave, nos habrían avisado, luego vuelvo a desanimarme y me imagino que es el fin. Driss me ha enviado un montón de mensajes y Kévin, Alexia, Farid y otros más, unos tíos de los que ni siquiera sabía que tenían mi número. Esto no me gusta demasiado, me da la sensación de recibir el pésame.

Coño, me gustaría saber qué hostias hacen en esa sala de operaciones de los cojones.

La última vez que fui a hacer pis, fuera ya era casi de noche.

Por fin, la puerta batiente vuelve a abrirse y, esta vez, es para nosotros. Mi madre se levanta deshecha en lágrimas y yo siento que, de golpe, se me hace un nudo en la garganta, porque el médico aparece más sonriente que si se fuera de vacaciones a las Baleares.

—Lo siento, señor, señora, ha sido un poco largo, el tiempo que exigen las pruebas rutinarias. Cuando hay pérdida de consciencia hay que hacerlas necesariamente.

—¿Cómo está? —pregunta mi madre, que va a acabar por darle un telele.

—Muy bien. Seis puntos de sutura en la frente, por lo demás, está perfectamente. Le falta un poco de magnesio; al margen de eso, todo está bien.

Mientras ella lo machaca a preguntas, yo me derrumbo en la silla con un enorme suspiro de alivio y se me relajan los músculos, uno a uno, hasta casi dolerme los hombros.

—Aún hay que esperar —me dice mi madre cuando vuelve a sentarse con una sonrisa eufórica.

—Si quieres te paso el *Gala*. Yo me lo sé de memoria, te lo podría recitar.

Muertos de risa —aunque tampoco es que sea la broma del siglo, pero hay veces en las que se

necesita eso—, acabamos abrazados y mi madre suelta una frase polaca. No hay que traducirla para saber lo que significa: no quiere que su hijo siga dando tumbos por ahí, con nadie, lo encerrará en un armario.

Instintivamente, miro el móvil, donde se ve otro mensaje de Anna.

Sé que irás.

Si supiera dónde estoy y todo lo que paso del Gran Premio a la Excelencia, se sentiría menos segura. Más que nunca, en esta maldita sala de espera, entiendo que me había perdido, que mi sitio está junto a mi familia.

—¿Es ella?

Apago el teléfono y me pregunto si mi madre ha leído por encima del hombro o si tiene el don de la adivinación, porque he mirado treinta veces los mensajes.

—¿Quién?

—Tu novia.

—Ya no es mi novia, pero sí, es ella.

Su conmovedora sonrisa —no es para menos, lleva tanto tiempo queriéndome ver con pareja— me enfurece un poco porque se niega a entender que esta historia ha quedado atrás.

—Si te pregunta por tu hermano es que aún te quiere.

—No sabe nada de David. Me da el coñazo para que me presente al concurso. ¡Como si no tuviera otro pito que tocar!

De pronto, su mirada se vuelve como la de las notas del cole.

—¿Es hoy?

—Dentro de una hora —digo con una sonrisa irónica.

—¿Y tú qué haces aún aquí, pedazo de animal?

—Te he dicho que no quiero ir...

Cuanto más me fulmina con la mirada menos me creo lo que estoy diciendo. Lo que me ha impedido volver a París es que me cago de miedo. El canguelo y solo eso.

—Mathieu, yo nunca te he regalado nada porque no podía. Ahora, la vida te hace un regalo y tú no lo quieres. ¿Prefieres conducir una Fenwick? ¿Limpiar habitaciones en un hospital como tu madre? ¿Eso es lo que quieres? Muy bien. ¡Quédate aquí con esa revista!

Me suena el *Gala* en los muslos como un latigazo.

—Mamá, es demasiado tarde. Aunque quisiera ya no podría llegar a tiempo.

—¡Inténtalo!

Abre el bolso y, con una mano nerviosa, empieza a rebuscar en la cartera.

—Déjalo, no necesito dinero —le digo mientras me pongo la cazadora—. Ya me las arreglaré.

—Coge un taxi —me ordena metiéndome un billete de veinte en el bolsillo.

Con el corazón desbocado, le planto un beso en la mejilla y salgo pitando por el pasillo con el estrépito de las puertas batientes que golpean en las paredes.

Cincuenta minutos.

Es factible.

Pero el último taxi se acaba de ir, con una abuelita con andador. Y en recepción me dicen que me vaya a la mierda, porque no tengo pinta de sufrir una urgencia médica. Tengo ganas de insultar, de robar una ambulancia, de robar a secas, como una puta paloma porque, desde Saint-Denis, no tengo ninguna posibilidad de llegar en transporte público.

Coño, qué gilipollas soy.

Ahora me despierto.

En la entrada del hospital, intento desesperadamente localizar un taxi, pero la gente me lanza miradas asesinas porque también ellos esperan.

Así que saco el teléfono y llamo al primer número que me sale. Kévin. Kévin tenía una *scooter*, en un sótano en algún sitio. Y si él no tiene puede encontrar alguna.

—Sí, chaval.

—Kévin, aún estoy en el hospital. Te necesito.

—¿Tu hermano está bien?

—Sí, está bien, no te preocupes. Pero necesito que me acompañes a París. Ahora. Urgentemente. ¡No puedo explicarte, no tengo tiempo!

Un silencio y una risita.

—Vale, no te muevas.

Cuelgo resoplando y me tiemblan las manos como si tuviera fiebre. Tengo que calmarme. Aunque solo sea para enviar este puto mensaje:

Voy

Voy

Una palabra, solo una palabra, sin puntuación, sin siquiera una carita, una de esas jodidas caritas que pone continuamente, la de la sonrisa, la que llora, la que frunce el ceño. Nada. Lo único que Mathieu Malinski, candidato al Gran Premio a la Excelencia, se ha dignado decirme después de cinco días de silencio, de amargura, de rabia y de tristeza es «voy».

Y lo peor es que eso me alegra.

A lo mejor, todos tienen razón.

Eso no impide que la gente ya esté entrando en el salón, después de haber hecho cola en el guardarropa. Una enorme oleada de esmóquines, de trajes y de vestidos de noche se apresuran por las escaleras y los profesionales aún pisotean la alfombra roja del vestíbulo. Es el momento de saludarse, repartir besos y de desear buena suerte a los candidatos que querrías ver muertos. Una china con vestido de bebé y aires de joven modelo da las gracias sonriendo tímidamente. Otro lleno de granos con el pelo aplastado hacia atrás imita a los mayores saliendo a fumar el último pitillo. Este habla inglés, el otro habla ruso. Y tres mujeres me hacen señas aparatosas, pero yo no consigo recordar dónde las he conocido. En la Ópera, quizá, no lo sé, pero aun así les hago un cumplido, están resplandecientes esta noche.

No sé qué coño hace, pero ya es hora de que venga.

El todo París se apresura para la última escala en los cuartos de baño y, como no me libro de nada, el periodista de *Le Monde* se coloca en el meadero de al lado. Pese a que no deja de ser irónico mear al lado del tipo que me ha echado a los leones, le dirijo una sonrisa educada.

—No le estrecho la mano —dice el periodista riéndose socarronamente de su propia broma. Incluso en otras circunstancias, no se la estrecharía—. Así que ¿la gran noche? —continúa sacudiéndose el aparato—. Parece ser que va a sorprendernos.

—Como siempre.

Él ríe, yo río, nos lavamos las manos y ambos sabemos que, si yo pudiera ahogarlo en el lavabo, lo haría sin dudar.

El vestíbulo empieza a vaciarse. Por las puertas, aún abiertas, se ve la enorme sala blanca rebosante de gente de la alta sociedad y, al fondo, el escenario, magistral, imponente, presidido por un órgano monumental. La sala Gaveau es magnífica. Clara, etérea. Quizá un poco excesiva. Siempre he pensado que esta decoración, sin tener en cuenta al público, debe de aterrorizar a los candidatos. Por más que se diga que en el momento de empezar a tocar todo se borra, hay imágenes más difíciles de borrar que otras.

Y Mathieu aún no ha venido.

—¡Pierre! —Ressigeac ha desempolvado el esmoquin, un error de cálculo que repite en cada gala, porque siempre parece un mayordomo. Así es, una injusticia, la gran lotería del destino, pero

se vistan o no en grandes modistos, a algunos les sienta mal. Me acerco para saludarlo con una gran sonrisa, a él y a su guardia pretoriana, los fieles, los lameculos, Payot, Marchetti, el correveidile del ministerio y, por supuesto, Sébastien Michelet, todo guapo con su pajarita—. ¿Y? ¿Ya está preparado tu campeón? —pregunta Ressigeac. Yo no consigo adivinar si le ha llegado algo de la desaparición de Mathieu.

—Está atrapado en un atasco, llega ya.

La noticia hace que Michelet sonría imperceptiblemente.

Lo saben.

—Espero que no esté atrapado demasiado tiempo porque el primer candidato actúa en...

—Diez minutos —dice Michelet mirando el reloj.

—Bueno, vamos a ir tomando asiento por allí —añade Ressigeac.

En el momento de retroceder hacia la sala, el grupito se gira para recibir a un rezagado, pero no el que yo esperaba. Alexandre Delaunay, con el cabello al viento, se ajusta la corbata.

—¡Había olvidado los embotellamientos de París! —grita, mientras estrecha las manos de uno en uno—. He estado a punto de bajarme del Uber y llegar a pie. —Un minuto de lugares comunes entrecortados por miradas furtivas hacia la puerta de entrada. Nadie—. ¿Vamos? —suelta alegremente Delaunay, mientras se escucha un timbre muy largo.

—Voy.

Definitivamente, es la expresión del día. Yo también, voy. Pero soy el único. Esperando que los primeros candidatos se retrasen, rogando que Mathieu esté saliendo del metro, a toda prisa, para que no deje a un lado su destino, como un imbécil.

Ahora ya el vestíbulo está vacío. Todo el mundo ha ocupado su localidad en la sala, excepto dos guardias de seguridad y un espectador obeso que corre hacia el cuarto de baño como si su vida dependiera de ello. Dudo si unirme al grupo, yo también, aunque solo sea para no hacer que se levante toda la fila cuando vaya a sentarme, pero ¿para qué? Si se cierran las puertas antes de que llegue Mathieu, todo lo que luego ocurra me dejará totalmente indiferente.

De pronto, una silueta familiar aparece en lo alto de la escalera, aún más nerviosa que yo. Con un vestido de un rojo impactante, quizá un poco demasiado maquillada, Anna tiene algo de conmovedor, como una cría con un traje de hada. Mientras las puertas de la sala se cierran, Anna mueve la pantalla del móvil articulando las palabras en silencio: «¡Viene!».

Le sonrío.

Sé muy bien que viene.

Falta por saber si vendrá a tiempo.

Coño, Kévin, levanta un poco el pie, ¡nos vas a matar!

—¡A ver si me aclaro! ¿Llegas tarde o no?

Da un volantazo que manda al carajo a Driss en el asiento trasero, adelanta a una furgoneta por la derecha y se mete por el arcén, sin levantar el pie del acelerador.

—¡Coño, esto vuela! —grita Driss, poniéndose el cinturón.

Acaba de cruzar tres carriles, porque el periférico está atestado, es un milagro que sigamos aún vivos. Kévin no ha querido decirme de dónde ha sacado el BMW serie 3 que probablemente no tenga permiso de circulación, pero vuela como un avión. Huele a nuevo, aún lleva el plástico en las alfombrillas del suelo y el GPS solo habla alemán.

—En serio, ¿dónde has conseguido esto?

—Me lo ha prestado el primo de Driss —responde, guiñando un ojo.

Sin hacer ni caso a los insultos que salen a chorros de la parte de atrás, Kévin acelera aún más, a 120 por la vía de salida de la Porte d'Asnières. Semáforo en rojo, lleno de coches, no disminuye la velocidad, yo cierro los ojos. Cuando vuelvo a abrirlos, ya lo hemos pasado, no sé cómo, pero le damos caña siguiendo recto la línea roja de la pantalla del GPS, con los iconos de embotellamiento parpadeando por el camino.

—Venga, dile que evite los Campos Elíseos —me suelta Kévin, cambiando a tercera.

—No entiendo nada, ¡está en alemán!

—Espera —interviene Driss, contorsionándose para llegar a la pantalla.

—¿Espera qué? ¿Hablas alemán?

Toca por todas partes, el GPS se descontrola y empieza a echarnos la bronca en su idioma.

—¡Coño, Driss!

—Da lo mismo —dice Kévin—. Ya he localizado la ruta.

Yo ni me atrevo a mirar la hora. En cambio, aprieto los dientes, porque pasamos tan cerca de un autobús que el radar de aparcamiento empieza a sonar.

—Si llegamos vivos, te invito a cenar —digo, agarrándome con todas mis fuerzas a la manilla de la puerta.

—¡Joder si vamos a llegar! ¡Son los carros que usan para los *go fast* esos! Nada los puede parar.

—Sí, un autobús.

—¡Vete a la izquierda! —grita de pronto Driss que, como no sabe alemán, ha acabado por buscar en el Google Maps del móvil.

Las ruedas chirrían como en las películas, me golpeo la cabeza con el cristal y Kévin vuelve a acelerar tanto que me dan arcadas. Si se nos cruzara alguien, acabaría pegado en el parabrisas como una mosca en la autopista.

Tengo la sensación de que nos siguen unos girofaros, parpadean en azul por el retrovisor.

—¿Tenemos a la poli detrás?

—No te preocupes, viejo. Si son polis, te dejo en la primera boca de metro.

Miro a Kévin sin poder creerlo, cuando salta un badén para meterse por el carril bus. A lo mejor es el coche, o a lo mejor ha entendido que me juego la vida en este *go fast*, pero es la primera vez que lo veo como quien le gustaría ser: Al Capone.

Los girofaros desaparecen —era una ambulancia— y echo una mirada aterrorizada al móvil.

—Diez minutos.

—De sobra —responde Kévin. Quizá no debería haber dicho eso, porque Driss le grita que vaya más rápido y que no se lo dirá dos veces. Adelanta a un autobús, le toca el claxon al culo de una *scooter*, se salta un semáforo a ochenta mientras el Arco del Triunfo se aleja de nosotros—. Mierda —dice de pronto.

¿Mierda qué? Hasta ahora no lo ha parado nada. Nada excepto el embotellamiento que empieza justo delante de nosotros, un mar de coches, un camión que bloquea todo y los coches con los intermitentes en el carril bus.

Siete minutos.

—Venga, bájate —dice Driss, plantándome su móvil en la mano—. ¡No está lejos!

Me quito el cinturón y me abalanzo a la calle arriesgándome a que me lleve por delante una moto.

—¡Corre, Forrest, corre! —me suelta Kévin, muerto de risa.

—¡Gracias, tíos!

Y correr, corro, con lo ojos fijos en la pantalla, a la derecha, a la izquierda, otra vez a la derecha, pero no, puedo atajar, ya no voy en coche y todas las calles se parecen. Me paro un instante para respirar y le pregunto cómo llegar a un tío que no lo sabe, pues claro que no lo sabe, a todo el mundo se la trae al paio la sala Gaveau, es una cosa de pianista. Así que me fío del Google Maps y empiezo a correr otra vez, con el sudor cayéndome por la espalda y la rabia, la rabia que me empuja, la rabia de haber hecho todo esto para nada.

Una calle. Un bulevar. Otra calle.

Coño, ahí está. Sala Gaveau escrito en grande en la fachada y delante la Condesa, con un vestido negro, tacones bajos, fumando nerviosa. Al verme, grita: «¡Por fin!», y tira el cigarrillo sin tomarse la molestia de apagarlo. Me gustaría decirle algo, pero no puedo, estoy sin aliento y de todos modos ella me empuja hacia adentro, donde un vigilante con un auricular abre los brazos para impedirme el paso.

—¡Señor, por favor!

Le quito bruscamente la mano que me pone en el hombro —estos pitbulls están empezando a tocarme los huevos— y, por supuesto, él se enfada, pero la Condesa interviene soltándole un grito como si hubiera nacido en La Courneuve.

—¡Déjele pasar, pedazo de imbécil! —El gilipollas ese se aparta para dejarnos pasar, murmurando un «lo siento, señora» que le va a costar muy caro—. Podría haberse puesto una chaqueta —susurra la Condesa mientras entramos en la sala. Yo le respondo que no he podido, ella encuentra el modo de sonreír y luego me empuja otra vez por un pasillo, entre dos filas de asientos. Apenas tengo tiempo para darme cuenta de que la sala es enorme, con dos palcos, abarrotada de gente, que yo voy a tocar aquí, solo, en ese escenario, delante de todos esos pingüinos—. No lo olvide, Mathieu, ¡no más rápido que el tempo!

No lo olvido. No me olvido de nada.

Una voz anuncia algo desde un micro, creo entender el nombre de Michelet, pero no hago caso, ya no oigo nada. En algún sitio en medio de la sala, Geithner se levanta y se acerca a mí aplastando los pies de toda la fila. Se quita la chaqueta y me la da, me la pongo encima de la sudadera sacando la capucha. Es muy grande, parezco un tonto, pero me importa un pito, no van a juzgarme sobre eso.

Una última mirada hacia Geithner, me gustaría decirle que lo siento, pero es demasiado tarde, todo el mundo nos aguarda, además leo en sus ojos que le importan un bledo las excusas, que está orgulloso de mí, que vamos a joderlos a todos.

—Vamos —me dice en voz baja—. Demuéstrelo.

Saludo, como me dijeron que hiciera.

La gente aplaude.

Me siento al piano, con la impresión de que el estómago se me retuerce como una esponja al escurrirla, de que no me circula la sangre por los dedos, nunca lo conseguiré. Respirar. Tengo que respirar. Una última mirada a la sala. No encuentro a Anna, sí, está arriba, con un vestido rojo y una sonrisa que solo me dedica a mí. Le guiño un ojo y luego coloco en el soporte la partitura que no leeré. La cara se me refleja en la laca, me cruzo mi propia mirada y, poco a poco, olvido los murmullos, la luz y mis miedos, mi rabia, mis esperanzas. Rozo con las manos el teclado, los pedales se calan en mis pies. Este piano es mi ancla. Solo está él, él y yo, y las notas que duermen, suspendidas en su interior.

Respiro profundamente.

Cierro los ojos.

Y me libero.

Sin la luz anaranjada que se desliza por entre las cortinas, solo habría noche. Una noche oscura, dulce, apaciguadora, a la que mece el zumbido lejano del frigo en la cocina. Cada ruido es una voz, un compañero que vela. Y poco a poco, todo se dibuja en la penumbra, los muebles, las cajas, los recuerdos de otra edad.

El chico se ha tumbado en la cama con los ojos muy abiertos, fijos en el techo que durante mucho tiempo fue un cielo, un mar; un campo de asteroides. Piensa en las horas que acaba de vivir, en los aplausos que aún resuenan en su cabeza, como fuegos artificiales. Vuelve a ver la gran sala blanca, al público levantándose, su torpe saludo y la emoción que le hace que se le salten las lágrimas. Aún siente las notas desgranándose entre los dedos, escapándose, enrollándose, bailando al ritmo de su corazón.

Sonríe en la oscuridad.

Con la punta de los dedos, enciende la lamparilla de noche, con la vieja pantalla llena de polvo, y mira. Mira esa habitación que ya no es realmente la suya, los libros que nunca ha abierto y el piano, su viejo piano descascarillado, cicatrizado, que nunca le dejará. Todo lo que está vivo en ese piano, las cuerdas, los martillos, el polvo y las notas.

Se levanta y se sienta al teclado para sentir bajo la mano la dulzura de la tapa.

La levanta, despacio.

Aquí está el sobre, encima del marfil, sellado desde siempre, con su nombre subrayado con tinta azul. Está un poco desgastado, con el tiempo, se ha vuelto gris, pero las palabras del interior aún se arremolinan. Esta noche ha regresado por el sobre.

Para dejar al fin que el hombre que vive con la música levante el vuelo.

Porque ya es hora.

Porque ya no está solo.

Y si llora, no es de tristeza.

Agradecimientos

Gracias a Ludovic por este bonito encuentro con una historia que se ha convertido en la mía.

A Éléonore, que nunca ha perdido el humor del lado oscuro de la fuerza.

A Élodie, por la energía en el seno de la ola.

Y a Ana, que me ha abierto la puerta de la auténtica vida.

Una inolvidable novela de superación para aficionados a historias como *Intocable* y *El indomable Will Hunting*.



En medio del bullicio de la Gare du Nord de París el *Preludio y Fuga n° 2 en Do menor* de Bach se escucha claramente. Frente al piano de uso libre de la estación se sienta Mathieu, de 20 años. La música es su secreto, del que no habla en el barrio de la periferia donde vive. Allí pasa el tiempo con sus colegas mientras tratan de montar dudosos «negocios», vigila a su hermano pequeño y ayuda a su madre, que trabaja día y noche.

Pero una tarde uno de los golpes de Mathieu y sus amigos acaba mal y este no sabe a quién pedir ayuda. Salvo quizá a ese desconocido, Pierre, quien tras haberle escuchado tocar en la estación le entregó su tarjeta. Pierre solo pone una condición: deberá cumplir sus horas de servicio a la comunidad haciendo la limpieza del Conservatorio Nacional Superior de Música, del que es director.

A regañadientes, Mathieu acepta, pero Pierre en realidad tiene otra idea en la cabeza: el chico es un genio de la música y su instinto le dice que este puede ser el último tren para relanzar su carrera. Pero ¿están ambos preparados para dar un giro a sus destinos? ¿Tenemos todos derecho a una segunda oportunidad?

Sobre el autor

Gabriel Katz ha publicado numerosas novelas y es además guionista de televisión.

Título original: *Au bout des doigts*

© Librairie Arthème Fayard, 2018

La novela ha sido adaptada de la película *Au bout des doigts (La clase de piano)*, realizada por Ludovic Bernard / Guion de Ludovic Bernard y Johanne Bernard, a partir de una idea original de Catherine Bernard y Ludovic Bernard.

Una coproducción Récifilms - TF1Studio - France2Cinéma.

© 2019, Martín Schifino y Sofía Tros de Ilarduya, por la traducción

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-9129-375-0

Adaptación del diseño original de Jeanne de Nîmes: Penguin Random House Grupo Editorial

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

www.mtcolor.es

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

[La clase de piano](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)